



TRABAJO DE FIN DE MÁSTER

Un retortijón en el alma:
Once cuentos al estilo de Raymond Carver

Alumno: Javier Quintana Porras
Tutor: José Carlos Carmona Sarmiento
Modalidad: TFM de creación literaria
Convocatoria: 2019-2020

Máster en Escritura creativa
Facultad de Comunicación,
Universidad de Sevilla

Vº Bº Tutor
(Firma del profesor)

CARMONA
SARMIENTO
JOSE CARLOS
- 25059458S

Firmado digitalmente por
CARMONA
SARMIENTO JOSE
CARLOS - 25059458S
Fecha: 2020.11.09
23:24:47 +01'00'

ANEXO V

DECLARACIÓN DE AUTORÍA Y ORIGINALIDAD DEL TRABAJO FIN
DE MÁSTER

FACULTAD DE COMUNICACIÓN

Considerando que la presentación de un trabajo hecho por otra persona o la copia de textos, fotos y gráficos sin citar su procedencia se considera plagio,

Yo, Don/Dña. JAVIER QUINTANA PORRAS....., con DNI
49396879-D..... estudiante del MÁSTER en
ESCRITURA CREATIVA..... de la

Facultad de Comunicación de la Universidad de Sevilla, **ASUMO LA AUTORÍA RESPONSABLE Y DECLARO** que el Trabajo de Fin de Máster que presento para su exposición y defensa titulado

"UN RETORTIJÓN EN EL ALMA: ONCE CUENTOS AL ESTILO DE RAYMOND CARVER"
.....y cuyo tutor es D./Dña.
JOSÉ CARLOS CARMONA SARMIENTO.....

**ES ORIGINAL Y QUE TODAS LAS FUENTES
UTILIZADAS PARA SU REALIZACIÓN HAN SIDO
DEBIDAMENTE CITADAS EN EL MISMO.**

Así mismo, acepto que el profesorado podrá utilizar las herramientas de control del plagio que garanticen la autoría de este TFM.

Sevilla, a 10.....de NOVIEMBRE.....
de 2020

Firma



ÍNDICE

RELATOS	TEMÁTICA	
<i>Hermanos</i>	(Evasión)	1
<i>Parecidos</i>	(Añoranza)	13
<i>Regresión</i>	(Derrota)	20
<i>Dueño, amo y señor de uno mismo</i>	(Tropiezo)	31
<i>Un retortijón en el alma</i>	(Deseo)	37
<i>Vigilia</i>	(Catarsis)	48
<i>Leptospirosis</i>	(Libido)	54
<i>Esos quince minutos que paso a oscuras en el garaje</i>	(Discordia)	60
<i>Jaulas</i>	(Evolución)	67
<i>Apariencias</i>	(Hipocresía)	73
<i>Hogar sano, muebles brillantes</i>	(Compañía)	79
MEMORIA JUSTIFICATIVA		
1.- Punto de partida de la creación: objetivos y fundamentos		89
1.1.- Objetivos		89
1.2.- Fundamentos		89
2.- Estructura de la composición		93
3.- Técnicas y estilos ensayados		95
4.- Dificultades y soluciones		101
5.- Resultados		109
6.- Bibliografía consultada y aplicada		111

HERMANOS

La campana del colegio indica el fin de la jornada escolar. Miguel emprende el camino de regreso a casa. Los adoquines de las calles del pueblo están húmedos y resbaladizos. Hace varios días que una capa de nubes grisáceas impide brillar al sol, pero nunca termina por llover. Es como el preludio sempiterno de algo que nunca llega. A nadie parece gustarle este tiempo: todo el mundo se queja del pelo encrespado y del frío que te cala los huesos. Los pastores en especial maldicen tener que llevar al monte a las ovejas en tales condiciones. «Ahí arriba hace tanto frío que me salen carámbanos en los pelos del bigote», le había dicho el pastor José a Miguel. Se trata de un señor afable y bonachón, siempre sonriente. Pero no ese día. Ese día José estaba inusualmente serio mientras hablaba con el chico. Su hermano mayor, Víctor, dice que la gente mayor se deprime con más facilidad en días así. También sus padres están más apagados últimamente, y Miguel los oye discutir con frecuencia a través de las paredes. Su madre siempre menciona el nombre de otra mujer, y siempre que ese nombre sale a colación, su padre o bien calla o estalla en gritos de cólera. Víctor suele llevarlo de excursión por el pueblo o la montaña cuando eso sucede, por lo que nunca tiene ocasión de escuchar la discusión entera. Cuando vuelven, ya pasado el crepúsculo, encuentran a sus padres preparando la cena. Ya no discuten, pero tampoco hablan entre ellos. Y tienen la tez mortecina, como los días sin sol en los que se ha sumido todo el pueblo.

Miguel está pensando en ello cuando Borja y Rafa lo sorprenden por la espalda. Lo toman de los hombros, uno a cada lado.

—Mira a quién tenemos aquí —dice Borja—, es Miguel, ¡el escurridizo!

—¡Y que lo digas! —corroborra Rafa—. No veas cómo se las piró en cuanto nos vio aparecer hoy en el recreo...

—Sí, le faltó tiempo para ponerse detrás del profe de turno...

—¿Qué pasa, Miguel? —Rafa le da un codazo—. ¿No éramos amigos? ¿No nos dijiste que ibas a compartir con nosotros tus desayunos? El otro día parecías tan dispuesto...

—Tí-tíos, yo... —dice Miguel, pero Borja lo corta:

—Sí, y encima hoy el cabrón traía un paquete tremendo de galletas Oreo. Seguro que nos rehuyó para comérselas todas solo el muy hambrón...

—Conque Oreos, ¿eh, Miguel? —Le da un codazo algo más fuerte.

—A-a-aún tengo al-algunas en la mochila si...

—Ya no las queremos, Miguel. Ya no tenemos hambre...

—¡Yo sí! —exclama Borja.

—El momento de compartir y mostrar generosidad ha pasado. Y la has cagado, pardillo. La has cagado bien.

Lo agarran del cuello y lo tiran de bruces al suelo. Miguel frena la caída con las manos, que se les raspan del roce con el asfalto.

—Te cedo la primera, Borja —dice Rafa haciendo una reverencia.

Borja le propina una patada al chico en pleno estómago. Miguel suelta una exhalación ahogada. Luego, recibe un puntapié de Rafa, esta vez en las nalgas. Podría distinguir de quién es cada golpe con los ojos cerrados: Borja siempre le zurra a desgana y por orden de Rafa; pero Rafa le atiza con todas sus fuerzas, pone toda su energía en cada impacto y suelta pequeñas exclamaciones al golpear, como los tenistas. Las patadas de Borja le duelen; pero las de Rafa hacen que se le salten las lágrimas. Enseguida se ve envuelto en una vorágine de porrazos, y ya ni siquiera es capaz de discernir de dónde le vienen. Pero sigue apreciando el toque personal en los de Rafa, y en ese momento, mientras está tirado en el suelo recibiendo patadas por delante y por detrás, le da por preguntarse qué puede haber hecho para que ese psicópata la haya tomado con él en concreto.

Cuando los golpes cesan, siente un alivio infinito, pese a que tiene dolores como punzadas por todo el cuerpo. Nota una sacudida por detrás, en la mochila.

—Pensándolo mejor, nos las llevamos. —Es la voz de Rafa. Viene de muy lejos—. El ejercicio me ha dado apetito —dice, y se echa a reír—. Todo tuyo, Borja. Ríégalo —dice luego.

Miguel oye un sonido ínfimo, como el rumor de un río lejano. Y después la risa de Rafa de nuevo.

—Joder, Miguel, hoy vas a dormir calentito. —Se echa a reír otra vez, y Borja se le une.

—Oye, no te comas todas las Oreos —se queja Borja—. Dame algunas, tío.

—Cuando te hayas lavado las manos —replica Rafa.

Luego, se alejan, y Miguel deja de escuchar sus voces al fin.

Tarda un poco en incorporarse; siente como si todo su cuerpo fuese una gran bola de dolor pulsátil. Consigue sentarse con dificultad. Entonces nota la espalda mojada y oye como un goteo...

—No, no, no... —dice. Se quita la mochila a toda prisa—. Joder, no... —dice al ver que es ésta la que gotea—. ¡Joder, joder, joder! —dice luego, cuando la huele y comprueba que se trata de pis de Borja. Saca los libros lo más rápido que le permiten sus magulladas manos; pero éstos están también empapados en meado—. ¡Menuda mierda, joder!

Al cabo de unos minutos, Miguel se resigna y reemprende la marcha cojeando, dolorido y apestando a orina.

Cuando Miguel llega y abre la puerta, encuentra la casa vacía. Aprovecha para poner una lavadora con la ropa sucia y la mochila. Luego, lleva los libros al baño del segundo piso y les da por encima con el secador. Todavía huelen raro, pero al menos están secos. Después, se lava las manos con jabón —aprieta los dientes: los rasguños le escuecen— y se echa Betadine en las heridas. Finalmente, se aplica un poco de pomada en los moratones de la barriga y en las zonas de la espalda adonde le alcanzan las manos, y se pone ropa limpia. En ese momento, oye abrirse la puerta principal. Se asoma: son sus padres, cargados con las bolsas de la compra. Tienen el rostro cetrino y parecen agotados.

Miguel baja las escaleras.

—¿Queréis que os eche una mano, mamá?

—No, cielo, no te preocupes. ¿Has puesto tú esa lavadora?

—Sí. Resbalé volviendo a casa y me pringué de barro. Perdona.

—Ah, bueno. Qué se le va a hacer... Anda, sube a tu cuarto o ponte a ver la tele; en un rato estará la comida.

Miguel se marcha a su habitación. Escucha a su padre decir:

—Podrías haberle preguntado si se ha hecho daño o algo. Igual se ha magullado las rodillas.

—¿Y por qué no se lo has preguntado tú? —dice ella—. ¿Por qué tengo que ser yo la que caiga en la cuenta de todo?

—Olvídalo —dice él—. No estoy de humor para otra discusión.

—¡Claro! ¡Olvidémoslo todo, ¿por qué no?!

Luego, su madre enciende el extractor y éste se traga el resto de la conversación.

Un rato después, su hermano vuelve del trabajo. Saluda a Miguel desde el umbral de la puerta.

—¿Qué tal en el cole, enano? ¿Algo digno de mención? —le pregunta.

—Todo como siempre —dice Miguel—. ¿Qué tal en la carnicería?

Víctor trabaja como ayudante del carnicero del pueblo. El carnicero es un viejo conocido de la familia; le ofreció el puesto en cuanto terminó el instituto. El muchacho nunca había sido muy amigo de los libros ni del estudio, por lo que aceptó el trabajo sin contemplaciones.

—Ya sabes —dice él—. El jefe siempre se lleva la mejor parte: él corta, degüella y despelleja. Yo sólo me deshago de las sobras malolientes y esas cosas. —Miguel no puede evitar sonreír: le hace gracia el modo en que su hermano habla siempre del oficio—. Por cierto, esta tarde subiré al monte, a cazar unos cuantos conejos y alguna perdiz. ¿Te apuntas? Te enseñaré a poner trampas si quieres.

Un par de días a la semana, Víctor sale de caza. Todas las piezas que recolecta las lleva luego a la carnicería, y su jefe se lo hace notar en el sueldo.

—¡Claro! —contesta Miguel.

—¿Qué te ha pasado en las manos? Las tienes llenas de cortes...

—Tropecé mientras volvía; el suelo resbala.

—Deberías tener más cuidado, Miguel —dice enarcando las cejas, y se va.

Miguel se mira las manos y se sopla en las heridas. Piensa en cuando se hayan curado y ya no le molesten al agarrar cosas.

* * *

El almuerzo transcurre en silencio, como de costumbre.

—Voy a preparar el equipo, Miguel —dice Víctor una vez han terminado—. Mientras tanto, cepíllate los dientes y piensa qué se te apetece para merendar. Podemos pararnos en la pastelería y comprarle algo a Beca, si te parece bien; nos coge de camino.

—¿Os vais? —inquire su madre—. ¿Adónde?

—A cazar bichos al monte. —Víctor deja su plato vacío en la piletta.

—¿Al monte? ¿Con este tiempo? Podría diluviaros en cualquier momento.

—Déjalos, mujer —interviene el padre—. Que hagan ejercicio, les sentará bien.

Ella vuelve la cabeza hacia él.

—Te lo haré recordar cuando tengamos que comandar una patrulla para ir a buscarlos.

—Por favor, no empecéis —dice Víctor—. El tiempo lleva así toda la semana, nuboso, sin lluvia. No pasará nada.

—En fin, haced lo que queráis —dice ella—. Al fin y al cabo, nada puedo hacer por remediarlo: salís a vuestro padre.

El padre, que está sacudiendo las migas del mantel, se detiene al oír eso.

—Eh, ¿qué es lo que insinúas? —Su tono ya no es el de una conversación.

Miguel contempla la escena sin decidirse a subir las escaleras.

—Miguel, los dientes —dice Víctor con firmeza. Miguel obedece. Alcanza a oír a Víctor decir en voz baja—: Por favor, nos iremos enseguida; pero delante de él no, por favor.

Luego, nadie dice una palabra más; pero el mantel es sacudido con más fuerza de la necesaria y los platos de la pila hacen más ruido del que debieran, como si alguien los hiciera chocar entre sí a propósito.

Deciden parar a comprar dulces y pastelitos salados en la pastelería. Beca los atiende con su habitual sonrisa. Tiene la edad de su hermano, y está estudiando para ser enfermera; entretanto, colabora en el negocio familiar. Víctor siempre encuentra una excusa para ir a la tienda. Miguel nota que su hermano se comporta diferente cuando Beca está presente: habla más despacio, como si midiera sus palabras, y suele agachar la cabeza cuando ella lo mira directamente a los ojos. Pero nunca hablan de ello.

Al salir de la tienda, Víctor vuelve a ser Víctor.

—Vamos —dice—, aprovechemos las horas de claridad.

Y aprietan el paso hasta adentrarse en el bosque. Víctor lo lleva por los caminos acostumbrados. Su hermano suele alardear de haber desarrollado un mapa mental del coto —a veces delante de Beca, aunque a la chica no parece impresionarle mucho—, y lo cierto es que en muy pocas ocasiones ha regresado a casa con las manos vacías.

En cuanto empiezan a ganar altura, dejan de conversar y, cuando han de comunicarse, lo hacen mediante susurros. Víctor le ha explicado que la mayoría de animales tiene un oído dos o tres veces más agudo que el de los humanos. También le ha enseñado a caminar sin hacer ruido. «Cuando juegas al fútbol, ejercitas las piernas; cuando echas una partida de ajedrez, fortaleces el cerebro; y cuando sales a cazar, desarrollas la paciencia». Es algo que dice a menudo.

Ascienden en silencio durante veinte minutos; luego, Víctor para en seco y le hace señas a Miguel para que se acerque.

—Mira, ahí —dice en voz muy baja, y apunta con el dedo unos metros más allá—. ¿Lo ves?

Miguel mira en la dirección que indica. En un pequeño escalón de tierra pedregosa, divisa un agujero: ¡una madriguera!

—¿Conejos? —inquire.

—Seguramente. Ahora será mejor que nos alejemos un poco: preparar la trampa hará un poco de ruido. Ven, por aquí.

Desandan un trecho del camino. Víctor examina los árboles del entorno hasta dar con un tronco con una rama baja que le llega a la altura de los hombros. Luego, saca varios artilugios de su mochila y empieza a montar la trampa.

—Ven, ayúdame. Sujeta este trozo de cuerda y ténsalo cuando te indique. Ésta que voy a enseñarte es un poco más aparatosa que las anteriores —explica—; pero merece la pena porque mola un montón. —Sonríe y le guiña un ojo.

La trampa consiste en una pequeña red oculta bajo hojarasca. Víctor ha usado la rama baja del árbol para atar una cuerda que conecta directamente con la red.

—Creo que me hago una idea de lo que va a pasar —dice Miguel.

—Esperemos que funcione. Es la primera vez que hago una así. Los cazadores del pueblo no han sabido orientarme sobre este tipo de cepos: decían que son muy

rudimentarios y que ya apenas se usan. Así que he tenido que buscarlo por internet. Crucemos los dedos.

Víctor saca un matojo de hojas verdes y las coloca con cuidado por encima de la hojarasca que cubre la trampa.

—¿Tallos de zanahoria? —pregunta Miguel.

Víctor asiente.

—Los vuelve locos —dice—. Bueno, esto ya está. Sabes lo que toca ahora, ¿no?

—Esperar —contesta Miguel. Recoge su mochila del suelo y se la echa al hombro de nuevo.

Los hermanos se alejan a una distancia prudencial. Se esconden tras unos matorrales y se acomodan como pueden.

—Desde aquí no nos olerán. Y tenemos una buena panorámica —dice el mayor echando un vistazo—. ¿Qué te parece: merendamos entretanto?

—Claro —dice Miguel, y procede a sacar los dulces que compraron en la tienda de Beca—. ¿Cuál quieres tú? —inquire tendiéndole la caja con los dulces.

Hay palmeras de huevo y chocolate, napolitanas, cañas y un pedazo de tarta de calabaza.

—Me da igual, todos me gustan. Escoge tú.

Miguel se decide por la palmera de huevo. Víctor parte por la mitad una de las de chocolate y le da un gran mordisco.

—Ojalá supiera hacer estas cosas —comenta—. Aunque nunca me quedarían igual; Beca tiene un don para la repostería. Fijo que cuando deje la tienda para ser enfermera, las ventas se resentirán.

—Si fuera tu novia, podría enseñarnos cómo lo hace.

Su hermano se atraganta al oír eso. Hace por toser bajo, para no espantar a los conejos. Miguel le da unas palmadas. Cuando se recompone, le echa una mirada. Está un poco rojo; Miguel se pregunta si será por la tos.

—¡Qué ideas tienes! —exclama. Y agacha la cabeza de nuevo hacia la palmera.

Al cabo de un rato, ya sólo queda el pedazo de tarta de calabaza. A ninguno de los dos les gusta demasiado; pero Víctor siempre suele comprar un trozo porque, según Beca, es una de las especialidades de la casa.

—Podríamos dársela a los conejos —propone Miguel.

—Eso sí que sería tenderles una trampa —dice el otro, y ambos ríen bajito.

Miguel echa un vistazo a las nubes, que viajan veloces por encima de las copas de los árboles.

—¿Crees que nos lloverá?

Víctor se encoge de hombros.

—No me preocupa. Esto está lleno de grutas y agujeros. En caso de que lloviese, tendríamos donde resguardarnos.

—Supongo —musita el pequeño.

Después los dos guardan silencio por varios minutos. A Miguel se le están empezando a quedar dormidas las nalgas cuando ve a Víctor revolverse y girarse rápidamente.

—¡Mira! —dice—. ¡Mira ahí!

Miguel observa. Al principio, no ve nada. Luego, cuando presta más atención, divisa a lo lejos a un conejo aproximándose de forma suspicaz hacia los tallos de zanahoria.

—Que funcione, por favor, que funcione... —dice Víctor mirando al conejo sin parpadear.

El animal continúa con su marcha parsimoniosa, prudente, olisqueando activamente con el hocico a cada paso que da. Miguel nota la expectación de su hermano en su absoluta inmovilidad, en la forma en que contiene la respiración. «Parece un león acechando a su presa», piensa Miguel. Sólo unos centímetros separan ya al conejo del cepo. Finalmente, el conejo llega hasta las hojas y empieza a mordisquearlas. Víctor lo mira boquiabierto.

—¿Qué? —dice—. ¿Por qué no se activa? Se supone que debería activarse. ¡Mierda! —exclama, un poco más ruidosamente de lo que pretendía.

En ese momento, el conejo se tensa y mira en dirección a ellos. De pronto, suena un restallido como de madera al quebrarse y, acto seguido, el conejo es envuelto en una red de cuerda y hojarasca que lo eleva en las alturas y lo deja suspendido en el aire, retorciendo las patas y estirando el cuello en un intento desesperado por escapar.

Víctor se incorpora de golpe y da un grito triunfal.

—¡Vamos, Miguel! —dice, y echa a correr hacia el conejo—. Voy a cortar la cuerda. Agárralo cuando caiga, ¿de acuerdo?

Miguel asiente con la cabeza. Víctor saca una navaja de la mochila y empieza a segar la cuerda. El conejo cae, y Miguel lo atrapa al vuelo. Siente los movimientos y la respiración acelerada del animal. Lo mira a los ojos —tiene los párpados muy abiertos y las pupilas contraídas— y siente su miedo.

—Muy buena, hermano —le dice Víctor—. Ahora ponlo en el suelo; pero no lo sueltes, no sea que se abra la red y escape.

Miguel se arrodilla y obedece. Víctor se pone también de rodillas junto a él. Aún tiene la navaja en la mano.

—Ahora hay que rematarlo, porque, como ves, este tipo de trampas no hace el trabajo sucio por nosotros —dice—. Será rápido, no sufrirá.

Aproxima el filo de la navaja al cuello del conejo, que sigue hinchando el pecho y pataleando de manera intermitente, aun cuando sabe que no hay escapatoria, aun cuando sabe que es el final...

—¡Para! —exclama Miguel de repente.

Víctor retrocede un poco, contrariado por su reacción.

—¿Qué? Miguel, hay que rematarlo, no podemos llevárnoslo así...

—No. No lo hagas, por favor —dice Miguel con lágrimas asomando por las comisuras de los párpados.

—Miguel, con lo que nos ha costado, no pretenderás que...

En ese momento, un poderoso trueno los sorprende. Víctor levanta la cabeza. Miguel aprovecha la distracción para arrebatarse la navaja. En un abrir y cerrar de ojos, corta la red y el conejo se echa a la carrera. Víctor se vuelve bruscamente.

—¡Miguel, pero ¿qué coño...?! —Restalla otro trueno aún más fuerte que el anterior. El viento empieza a soplar. Poco después los ciega el resplandor de un rayo—. Mierda, va a empezar a llover de un momento a otro —dice Víctor—. No nos da tiempo de volver a casa. Tendremos que esperar a que escampe en una de las grutas. Vamos, en pie; si no recuerdo mal, había una por aquí cerca desde la que se veía todo el pueblo. —El hermano mayor se pone en pie. Luego, mira a Miguel, lo señala con el dedo índice y dice—: No vuelvas a joderme así. Jamás. Y me debes un puñetero conejo.

Cuando Víctor se vuelve, Miguel mira la red vacía y sonrío. Echa un vistazo a sus espaldas; pero como es de esperar ya no hay ni rastro del animal. Entonces se pone en pie y apura los pocos pasos que lo separan de su hermano.

* * *

Logran llegar a la gruta antes de que empiece a llover. Los truenos son cada vez más ensordecedores, y todo se tiñe de blanco durante unos segundos cuando caen rayos.

—Nos quedaremos en la entrada, ¿vale? Sería peligroso entrar en las grutas sin una linterna.

Los hermanos sueltan el equipaje y se sientan a reposar. Tal como dijo Víctor, todo el pueblo es visible desde la altura a la que están. Miguel vuelve la mirada hacia el interior de la gruta: está oscuro como boca de lobo, se escuchan goteos y extraños ecos.

—No tardará en empezar.

—¿Qué? —dice Miguel volviendo en sí.

—La lluvia, quiero decir.

—Ah.

Víctor inspira profundamente y deja escapar el aire. Se vuelve hacia Miguel.

—Oye..., ¿a qué ha venido lo del conejo? Ya hemos cazado otras veces y nunca te había visto tan impactado ante la idea de matar a una presa. —Miguel guarda silencio—. ¿Miguel?

El chico levante la mirada.

—Me parecía injusto —dice.

—¿Cómo?

—Éramos dos. Le habíamos tendido una trampa. Estaba atrapado y muerto de miedo y... y no tenía ninguna posibilidad.

—Miguel, no te entiendo. ¿Hay algo que no me estás contando?

Escuchan el suspiro del viento. Una ráfaga se cuela por la boca de la gruta, les revuelve el pelo y levanta motas de polvo del suelo.

—Creo que no quiero volver a cazar —dice el chico—. Me hace sentir un...

—¿Un qué?

—Un abusón.

Víctor enarca las cejas.

—Miguel, te juro que estoy intentando comprenderte. Pero si no confías en mí, yo...

Miguel lo mira a los ojos, evaluando la situación. Al final, dice:

—En el colegio me dan palizas. Pero no puedes decirlo en casa, o pelearán más todavía. Por eso lo del conejo, creo que por un momento he comprendido lo que sienten

los animales que matamos. —Víctor no contesta. Miguel levanta la cabeza y lo mira. Tiene los puños apretados y el rostro enrojecido—. ¿Víctor?

—¿Quién?

—¿Qué?

—¿Quiénes son los que te pegan?

—Rafa y Borja.

—Se van a cagar.

—Víctor, no. No quiero más problemas.

—Miguel, no puedes tolerar que te den palizas, ¿me oyes? Me da igual que papá y mamá discutan. Ellos deberían haber sabido que hay un problema. Pero no. Se pasan el día tirándose de la lengua el uno al otro. ¿Crees... crees que eso son unos padres? Se supone que deberían protegernos. O protegerte. Yo ya he aprendido a cuidarme solo.

—A Víctor se le quiebra la voz. Miguel se arrima un poco a él.

—Sé que debería haberlo dicho antes.

—Claro que deberías haberlo dicho, Miguel.

—Lo siento.

—No tienes que disculparte. Yo lo siento. También debería haberme percatado. Pero te prometo que no va a volver a ocurrirte nada malo, ¿vale?

—Vale —dice Miguel.

Víctor resopla.

—¿Sabes? Últimamente he estado pensando y... creo que voy a dejar el trabajo en la carnicería. Estudiaré una carrera. Magisterio, o tal vez Educación física, no lo sé aún... Pero no me veo toda mi vida entre cadáveres sangrientos. Así no ligaré nunca. A las chicas no les gustan los carniceros. Podríamos irnos a vivir juntos a la ciudad, cuando cumplas la mayoría. Los dos juntos en un piso. Sería divertido, ¿no te parece?

Miguel sonríe.

—Lo sería —dice.

Víctor sonríe también.

—Oye, Miguel —dice.

—¿Sí?

—No quiero que lo olvides nunca.

—¿Que olvide qué?

—Que somos hermanos. Ahora y siempre, tú y yo somos hermanos.

Y entonces empieza a llover. Las nubes descargan toda el agua que habían estado conteniendo durante días. Los hermanos contemplan la tormenta, a salvo bajo el techo de roca de la gruta. Y, por primera vez en mucho tiempo, los dos se sienten reconfortados, ligeros y vacíos como las nubes del cielo.

PARECIDOS

Eduardo, cargado de carpetas y papeles, atraviesa a toda prisa los pasillos de la universidad en busca del aula donde le toca impartir clases. Cuando por fin da con ella, encuentra a los alumnos hablando y formando barullo. Entra, pide un poco de silencio y se sacude la camisa repetidas veces para refrescarse. Es septiembre, comienzo de curso. Y el curso, al igual que el resto de años, empieza con el aire acondicionado estropeado y dos enormes cercos de sudor bajo las axilas. Echa un vistazo a las caras de su auditorio: son estudiantes de primer curso, algunos sonríen, otros lo miran expectantes y la mayoría tiene granos en cada rincón de la faz.

—Bueno —dice Eduardo—, muy buenas a todos y a todas. Me llamo Eduardo José Cavanillas. Historia del Derecho no es una asignatura fácil ni demasiado amena, pero, por suerte para vosotros, yo soy muy buen profesor.

A continuación, Eduardo pone en el proyector la misma presentación con diapositivas que utiliza todos los años y comienza a explicar los criterios de evaluación de la asignatura.

—Profesor. —Una alumna levanta la mano.

Eduardo se vuelve hacia la clase.

—¿Sí? ¿Quién ha preguntado? —dice buscándola con la mirada.

—Yo, profesor. —La chica vuelve a alzar el brazo.

Cuando Eduardo la localiza, se queda contemplándola con la boca entreabierta durante varios segundos, en silencio. La clase los mira con curiosidad. La chica se remueve en su asiento y carraspea.

—Esto... ¿Profesor? —vuelve a decir con la frente arrugada y las mejillas sonrojadas.

—Sí, perdón. —Eduardo se aclara la voz—. Dime, Elisabeth.

—En realidad, me llamo Cecilia.

—Cecilia —repite Eduardo.

Se oyen algunas risas ahogadas entre los oyentes.

—Sí, yo... quería preguntarle por la asistencia a las clases teóricas. Verá, yo es que tengo un trabajo y...

—¿Me estás preguntando si puedes faltar? —la interrumpe él.

—Sólo a las clases teóricas —dice Cecilia—. A las prácticas ya me las arreglaría para poder venir...

Eduardo niega con la cabeza.

—De ningún modo. La asistencia es de carácter obligatorio.

—De hecho —interviene un chico rubio sentado dos filas por detrás—, en la guía de la asignatura... en *esa* guía —señala la diapositiva que está proyectada en ese momento— pone que es opcional...

Todas las cabezas se giran hacia Eduardo. El profesor se airea la camisa. Tiene la frente perlada de gotas de sudor.

—Sí, bueno, la guía. —Ríe—. Podéis faltar, en efecto; pero es altamente desaconsejable que lo hagáis, dado que... puntuaré vuestra asistencia a la teoría.

—El año pasado no lo hizo —dice una chica de la primera fila.

—Ah, hola, Alicia. No te había visto —dice Eduardo—. Encantado de tenerte de nuevo por aquí. —Alicia tuerce la boca—. Ya. Eso es porque he decidido empezar a hacerlo este año. —Se oyen algunos resoplidos. Eduardo saca un folio en blanco de su maletín—. De hecho, tomad. Firmad ya, que luego se olvida. Así que, resumiendo, Elisabeth...

—Cecilia —replica la aludida.

—Sí, eso, Cecilia. La cuestión es que te sugiero que vengas. La asignatura no es sencilla, Alicia te lo puede corroborar. Las clases teóricas son indispensables para comprender el material objeto de examen.

—Dios, pues no sé cómo lo voy a hacer... —dice Cecilia con la cabeza gacha.

—Confío en que encontrarás la manera. —Eduardo le dedica una sonrisa—. Me disgustaría no verte por mis clases, Elisa... Cecilia —se corrige. Cecilia lo mira a los ojos. Luego, baja la mirada hasta el cuaderno—. Bien, ¿por dónde íbamos? —dice Eduardo—. Ah, sí. —Y prosigue con la explicación.

—... y éstas serían, en definitiva, las directrices del trabajo que quiero que me entreguéis antes del examen. ¿Alguna pregunta? —La clase guarda silencio. Se oyen las dos o tres

toses propias del mes de noviembre—. Entonces, podéis marcharos —sentencia Eduardo, y empieza a borrar la pizarra.

Luego, se sacude las manos, se da la vuelta y echa una ojeada a los rezagados que aún están recogiendo sus cosas.

—¡Hombre, Elisabeth! —exclama con una sonrisa, y se acerca al pupitre de la estudiante, que trata de dar un poco de orden a sus apuntes antes de meterlos en el archivador—. Me alegra que al final estés pudiendo asistir a las clases.

—Cecilia —dice ella.

—¿Eh? —Eduardo frunce el entrecejo.

—Me llamo Cecilia, no Elisabeth.

—Ah, sí, por supuesto. Discúlpame, es una manía que tengo —se excusa el profesor—. Y dime, Cecilia, ¿qué tal? ¿Cómo van las clases? ¿Te enteras de todo?

—Bueno, eso intento —responde la chica mientras guarda papeles—. Aunque a veces me hago un cacao con tantas fechas.

—Bueno, no te agobies; todo se trata de amoldar la memoria.

—Claro. Supongo —dice ella. Casi ha terminado de recoger.

Eduardo carraspea.

—¿Y qué hay del trabajo? —dice al cabo—. Si tienes alguna duda, te puedes pasar por el despacho cuando quieras.

—No, gracias, no creo que me haga falta. Me ha quedado bastante claro.

—¿Estás segura? —inquire Eduardo—. Ten en cuenta que es el 30 % de la nota. Además, puede que hasta te ofrezca una taza de té si me pillas de buen humor. Lo hago yo mismo, ¿sabes? La mayoría de los profes se conforman con beber ese lodo de las máquinas expendedoras que hacen pasar por café. —El profesor ríe—. En fin, piénsatelo.

Cecilia se levanta. Se echa la mochila al hombro.

—Lo tendré en cuenta, gracias —dice. Esboza una leve sonrisa y se despide de él.

Se reúne con una amiga que la espera en el umbral de la puerta. Eduardo alcanza a escuchar un extracto de la conversación.

—Tía, ¿qué coño hacías? —dice la amiga.

—Perdona, Lu, es este profesor. Creo que se está enamorando de mí o algo así —responde Cecilia. Y luego una de las dos finge tener una arcada.

* * *

—... y tampoco ha incluido usted ninguna fecha clave. Entenderá ahora el porqué de la nota que le he puesto, ¿verdad?

Mientras el estudiante contempla su examen suspenso, Eduardo se sirve una taza de té y coloca las manos alrededor de la tetera portátil. Es diciembre, y su despacho no dispone de ningún sistema de calefacción. Las ventanas están cerradas, lo cual no impide que algunas briznas de gélido aire se cuelen por las rendijas y le provoquen escalofríos.

—Comprendo todo lo que dice, pero... —El joven se mira las rodillas—. No sé, estoy a tan pocas décimas de la nota mínima. Y creo que algunas preguntas están mejor de lo que me las ha puntuado. ¿Qué hay, por ejemplo, de ésta? Me parece que la respuesta es bastante completa pese a que no haya puesto fechas...

Eduardo coge el examen y lee por encima la pregunta que le indica el muchacho. Después, levanta la vista del papel y dice:

—¿Sabe qué? No tengo por costumbre hacer esto; pero me ha cogido con el espíritu navideño a flor de piel. —Saca un boli rojo del lapicero y garabatea en la primera página del examen—. Sólo por esta vez voy a obviar la ausencia de fechas y voy a subirle un par de décimas la puntuación. Créame, no va a recibir usted mejor regalo estas Navidades.

El estudiante se agarra a los brazos de la silla y se inclina hacia delante.

—Entonces... ¿eso significa que estoy aprobado?

—No se confíe y estudie más y mejor para el siguiente cuatrimestre —dice Eduardo—. Y ahora, si es tan amable, haga pasar al siguiente.

El profesor lo despide con un aspaviento. El estudiante se levanta con pesadez y abandona el despacho. Antes siquiera de que la puerta termine de cerrarse, un grito triunfal recorre todo el pasillo. Eduardo niega con la cabeza y resopla. Instantes después, entra en el despacho Cecilia. Lleva carmín rojo en los labios.

—¡Dichosos mis ojos! —exclama Eduardo—. Mira quién se ha dignado por fin a hacerme una visita...

—Qué remedio... —murmura Cecilia, y toma asiento.

—¿Quieres un poco de té? —inquire él—. La última vez que hablamos te prometí una taza.

—No, en realidad...

—Insisto —dice Eduardo, y vierte un poco de líquido humeante en un vaso de cartón desechable.

—De acuerdo. Está bien. —Cecilia toma un sorbo y deja el vaso encima del escritorio. La silueta de su labio inferior ha quedado estampada en rojo en el borde del recipiente.

—Muy bien, echemos un vistazo a tu examen. —El profesor coge la pila de exámenes y comienza a buscar el de la alumna—. Hum... Qué extraño... —dice al cabo de unos segundos—. No encuentro tu examen. ¿Estás segura de habérmelo entregado?

—Completamente —dice ella—. Pero ¿está buscando a Cecilia o a Elisabeth?

Eduardo se golpea la frente con la palma de la mano.

—¡Por supuesto, por supuesto! —dice, y se ríe—. Cecilia. Perdóname, estoy empeñado... ¡Ah! Aquí está tu examen. Cuatro con seis, ¡por qué poco! —Chasquea la lengua y a continuación bebe un poco de té—. A ver, a ver... —dice ojeando sus correcciones—. Ah, las fechas, justo lo que le ha pasado al anterior... ¿Qué os pasa con las fechas?

—Ya le dije que se me atascaban —dice Cecilia.

—Aparte de eso —prosigue Eduardo—, algunas respuestas están desarrolladas muy pobremente y...

—Profesor —lo corta la estudiante—, sé que oírás esto muy a menudo, pero es que... necesito aprobar esta asignatura. Lo necesito de verdad. ¿Recuerda que el primer día de curso le dije que trabajaba? Pues tuve que dejarlo para poder venir a sus clases. Le he dedicado tantas horas a esto... Probablemente, sea la asignatura en la que más tiempo he invertido. Y es que... estoy tan cerca del aprobado... ¿No sería posible rascar puntos de alguna pregunta? —La chica tiene las manos entrelazadas, como si suplicase.

Eduardo se echa hacia atrás, dejándose caer sobre el respaldo de su silla almohadillada. Junta las yemas de los dedos de ambas manos y mira fijamente a Cecilia, en silencio. Fuera, el viento sopla con fuerza, haciendo traquetear la ventana del despacho en un par de ocasiones. La joven le da pequeños pellizcos a la tela de sus medias mientras espera una respuesta. Finalmente, el profesor separa las manos, entrecierra los ojos y suspira.

—Cecilia —dice—, nada me gustaría más que verte salir por esa puerta con un aprobado; pero me temo que no puedo hacer eso. ¿Qué clase de profesor sería si le regalase las décimas restantes a todo el que entra en mi despacho?

La chica se queda callada. Deja caer los hombros y la cabeza, y se queda mirando al suelo durante unos instantes. Luego, le entra el llanto y algunas lágrimas resbalan por sus mejillas, llevándose consigo los polvos del maquillaje.

—Oh, no. No llores. —Eduardo se inclina hacia delante—. Cecilia. Cecilia, mira. —La alumna levanta la mirada. El profesor le ha dado la vuelta a un marco de foto que tiene en la mesa. En la fotografía aparecen él y una adolescente muy parecida a ella, aunque varios años menor—. Ésta es Elisabeth. Mi hija. Por eso yo siempre... —Sonríe—. Es asombroso lo mucho que os parecéis. El primer día de clase incluso se me pasó por la cabeza que podías ser ella. Yo... hace mucho que no la veo.

—¿Por qué? —pregunta Cecilia, haciendo lo posible por contener el llanto.

—Ella se... se puso de parte de su madre en el divorcio. Me dejó bien claro que no quería que me acercase más a ella, y yo... no quise presionar la situación. Pero sois clavadas. Como dos gotas de agua. —El profesor se ríe—. Es... reconfortante ver una cara como la suya después de tanto tiempo. ¿Sabes?, me has... me has ayudado mucho sin siquiera pretenderlo. Gracias, Elisabeth.

Ambos guardan silencio durante algo más de un minuto. Eduardo observa la fotografía con su hija y, de vez en cuando, esboza sonrisas sutiles. Cecilia, aún con lágrimas en los párpados que no se deciden a resbalar, mira por la ventana y se muerde el labio inferior. En alguna calle cercana, empieza a sonar el pitido de la alarma de un coche.

—Ayúdeme —dice Cecilia de repente, rompiendo el silencio y la atmósfera.

—¿Cómo dices? —pregunta Eduardo, recuperándose de su ensimismamiento.

—Usted dice que yo le he ayudado. Pues bien, ayúdeme ahora usted a mí. Así estaremos en paz.

—No, oye, esto no funciona así. —Eduardo devuelve el marco a su sitio—. Te ayudaré siendo generoso al puntuar tus exámenes el curso que viene, cuando me hayas demostrado que puedes hacerlo mejor.

—Mejor... —murmura Cecilia—. Gracias por todo —dice de improviso, y se levanta de un salto.

—Haz pasar al siguiente si eres tan...

—Yo era la última —dice con sequedad.

Cecilia agarra el picaporte.

—Elisabeth, espera. No te vayas.

Cecilia se gira. Sus ojos brillan unos instantes; pero se apagan al ver al profesor tendiéndole el vaso de cartón con té.

—Te olvidas tu té —dice.

—Quédeselo —le espeta, y desaparece tras un pequeño portazo.

Eduardo mira el vaso de cartón. Aún está caliente. Arrastra su silla junto a la ventana y se sienta a contemplar el paisaje, con la bebida de Cecilia entre las manos, cerca de la entrepierna. Vuelve a bajar la vista al vaso. Observa el carmín pegado al cartón. Pasa un dedo por encima de la marca, y éste se impregna del pintalabios. Luego, se lo coloca bajo las fosas nasales y lo huele, y después se lo mete en la boca. Cuando el dedo sale, aunque húmedo, ya no hay ni rastro de carmín.

—Elisabeth, Elisabeth... —dice Eduardo mirando por la ventana—. Mi pequeña y dulce Elisabeth...

El vaso de té aún despide pequeñas nubes de vapor que se pegan al cristal de la ventana y lo empañan. Las formas que ahora se ven a su través son grises y obtusas, se confunden unas con otras y casi ninguna es lo que aparenta.

REGRESIÓN

22 de mayo de 2018

—Nena, definitivamente tu madre acertó con el vestido: estás arrebatadora —dice Luci. Permanece unos segundos más contemplándola con sus grandes ojos azules. Luego, se aproxima, la atrae hacia ella cogiéndola por la cintura y le planta un beso en los labios—. Quién sabe, lo mismo hasta mojas esta noche y todo.

Ella le sonríe. Se vuelve para verse en el espejo de la habitación. El vestido es de color verde esmeralda, con tirantes y lentejuelas, y bastante ceñido. Le aprieta un poco en la zona del pecho y, de vez en cuando, alguna lentejuela se le clava en las nalgas. Sin embargo, su madre ha insistido tanto en que ése era *el* vestido que al final tuvo que ceder y resignarse. Su madre es de esas mujeres que dicen que para lucir hay que sufrir, y siempre que la ha visto ir en chándal a la facultad, ha suspirado. Hoy es su graduación, y su madre no deja de sonreír y llevarse las manos a la boca cada vez que entra en la habitación y la ve con el vestido.

—Reconoce que una graduada con mención honorífica no puede subir al escenario vestida de cualquier manera —dice—. Que no te dé reparo destacar, cariño. Al fin y al cabo, eres la biotecnológica más joven de tu promoción, ¿no es así?

—Biotecnóloga, mamá. Se dice biotecnóloga.

—Bah, como sea —replica ella, y se afana en dar los últimos retoques al peinado de la joven.

Luci se ríe desde el umbral. Cuando su madre no mira, le hace un par de guiños sugerentes y algún que otro gesto obsceno y prometedor con la pelvis. Luci siempre bromea con el sexo, excepto cuando lo practican.

Una vez en el acto de graduación, todo son *flashes* de cámara, estrechamientos de manos y besos en las mejillas. Su madre no se despegaba del teléfono móvil, arrastrándola

aquí y allá para hacerle fotos, como si fuera una muñeca de porcelana portable. Por otro lado, Luci no para de darle apretones en el culo cuando nadie la ve, lo que hace que se sobresalte y que las lentejuelas del vestido se le vuelvan a clavar allí donde la ropa interior no alcanza. Ella le da un manotazo cuando vuelve a intentarlo, lo que a la otra chica le provoca una carcajada. Luci la toma por la cintura y le estampa un enorme beso en la cara.

—Eres una pesada —le dice ella, y acto seguido la agarra también de la cintura.

—No sabes cuánto, Amanda. Ni te lo imaginas. Sobre todo, con las chicas guapas.

—Amanda le da una palmada en el trasero a su novia a modo de réplica. Luci da un respingo. Luego, acerca la boca a su oreja y le dice—: Si vuelves a hacer eso, conseguirás ponerme cachonda, Amandita.

—Tú naciste cachonda —contesta Amanda.

—Correcto; pero tu pobre madre no tiene por qué enterarse hoy.

Eso hace reír a Amanda.

—Anda, déjame en paz un rato.

—Vale. Pero sólo un rato —dice Luci, y se aleja.

Un poco después, el acto da comienzo. Cuando pronuncian el nombre de Amanda, la chica se levanta, sube al escenario y recoge el diploma que le tienden los profesores entre besos, sonrisas, apretones de manos y alabanzas. Posa con el diploma para el público, que aplaude con vehemencia. Su madre dispara fotos a diestro y siniestro, como una Clint Eastwood con *smartphone*; Luci llora y sonríe al mismo tiempo. Todo a su alrededor brilla: las luces, los *flashes*, los rostros de los asistentes... Incluso ella: las lentejuelas del vestido reflejan el resplandor de los focos y despiden pequeños destellos verdes en todas direcciones. En sus discursos, los profesores hablan de Amanda Robles como «una alumna ejemplar» y le auguran «un porvenir repleto de oportunidades, crecimiento y realización». Amanda Robles es, dicen todas las bocas, una promesa para el panorama de la biotecnología, un prodigio abocado al triunfo más rotundo.

11 de abril de 2019

Son las seis de la tarde. Amanda sigue en pijama. Se ha levantado para desayunar. Luego, ha pasado alrededor de veinte minutos en el baño. Después, ha regresado a la

cama, donde ha permanecido durante el resto de la mañana. Al rato ha salido de la habitación para almorzar y, al terminar, ha vuelto a meterse entre las mantas. Ahora está con el móvil: escribe tuits, mira vídeos en YouTube y cotillea las fotos de las personas a las que sigue en Instagram. Alguien llama a la puerta.

—¿Puedo pasar o te estás haciendo un dedo? —pregunta Luci.

—¿Contraseña? —Amanda bloquea la pantalla del teléfono y se incorpora un poco.

—Traigo tus putas piruletas. —Luci agita una bolsita de plástico.

—Me vale. Adelante.

Luci entra y le lanza la bolsa de caramelos a la cama. Se quita la chupa de cuero y cuelga el bolso en el respaldo de una silla.

—Joder, Amanda. Pareces una leona en celo. ¿Has oído hablar de los beneficios de ducharse?

—La higiene personal está sobrevalorada. —Saca una piruleta de la bolsa y se la mete en la boca—. Además, tenía entendido que mi sudor te atraía...

—¿Me quieres hacer creer que el rollito de vagabunda es por mí?

—Es todo para ti —dice Amanda adoptando una pose sensual con la piruleta.

—Ya, pues no cuela. Prefiero a la princesita aseada. —Luci se deja caer en la cama.

—Descuida. De todas maneras, tenía pensado meterme en la ducha cuando has llegado.

—Sin duda. Eras toda determinación.

—Calla, bocazas. O tendré que hacerte callar.

Luci suelta una carcajada.

—Sí, claro —dice—. Me encantaría verte intentarlo.

—Tan sólo tendría que sentarme encima de esa charlatana boca tuya y dejar que las feromonas hiciesen el resto del trabajo...

—Me callaré entonces. A juzgar por tu estado, no creo que sepas a almizcle y limón precisamente...

Ambas se echan a reír. Amanda mete las manos en las axilas de Luci y empieza a hacerle cosquillas. Ella se retuerce. Se abrazan. Se miran. Se besan. Luego, Amanda sigue lamiendo la piruleta.

—Por cierto —dice Luci—, ¿qué tal va tu relación con el mercado laboral? ¿Habéis intimado ya algo más?

Amanda suspira y se cambia de lado.

—He estado echándoles un ojo a algunos de los puestos que me sugirió la amiga ésa de mi madre, pero...

—Ya, ninguno es como la beca, ¿no?

Amanda tuerce la boca.

—Es que sigo sin entender por qué no me cogieron...

—Cielo, ya sabíamos que era muy complicado. Hasta tus profesores lo decían...

—También decían que yo era una promesa... Y mírame... Hasta los más mediocres de la promoción están ya haciendo algo. En cambio, yo... no he vuelto a tocar algo de biotecnología desde antes de la graduación.

—Amanda, no te tortures. Aún no ha pasado ni un año. Tenías muchas esperanzas puestas en esa beca y te has llevado un chasco. Es normal que te hayas desmotivado.

—Ya, Luci, pero no es sólo eso... Siento que he pasado de estar en lo más alto a no dejar de rodar colina abajo... No sé, pensaba que a estas alturas de la vida al menos habría conseguido independizarme. Pero ya me ves, aquí sigo, con mi madre y haciendo vida en la misma habitación en la que tuve mi primera menstruación. —Amanda rompe lo que queda de piruleta con los dientes y mastica los pedazos de caramelo, produciendo pequeños crujidos.

—Ahora mismo no ves las cosas con claridad. Tú no eres ninguna fracasada, Amanda. Sólo necesitas... rebajar tus expectativas.

—Puede. —Amanda deja escapar un suspiro, desecha el palito de la piruleta y se incorpora de un tirón—. En fin, nena, me voy a despulgar a la leona. ¿Me esperas o te vienes?

—Suenan tentador, pero me duché antes de salir. Te espero.

—Tú te lo pierdes —dice Amanda. Le guiña un ojo y sale de la cama.

—¿Sabes? —dice Luci—, siempre me han gustado tus pijamas. —Amanda lleva un pijama de franela, con camisa y pantalones largos. Liso, sin motivos y de color gris verdoso—. Te hacen parecer una chica madura y responsable.

—¿Disculpa? ¿Cómo que «me hacen parecer»? —Amanda enarca una ceja.

—Bueno, ya sabes a lo que me refiero, so tiquismiquis. —Luci se acomoda al espacio que Amanda ha desocupado: coloca ambos brazos bajo la nuca y estira las piernas.

—Conque sí, ¿eh? Una pena. Pensaba quitármelo delante de ti; pero eso no sería propio de una chica madura y responsable, ¿verdad?

—Quien se pica ajos come, Amandita —dice Luci.

—Ya te las verás conmigo cuando vuelva...

—Perro ladrador, poco mordedor.

—Por Dios, Lucía, para. Me recuerdas a mi abuela con los refranes.

—Hmmm... ¿Y eso te excita? —dice Luci poniendo voz picacona.

Amanda le enseña el dedo corazón y hace amago de irse; pero regresa a por la bolsa de piruletas.

—Una más para el camino —aduce.

—Sí que te ha dado fuerte por esas mierdas, ¿eh?

—Estas mierdas están deliciosas. De pequeña me encantaban. En realidad, jamás debería haberlas dejado.

—Contrólate o morirás de diabetes. Me niego a ser la viuda lesbiana más joven de la historia.

—Para eso tendríamos que estar casadas. Y antes de eso, necesito encontrar un trabajo.

—Empieza por adecentarte y quizá —Luci separa las piernas—... yo misma te dé uno.

Amanda pone los ojos en blanco y se encamina a la ducha, caramelo en boca. Cuando oye correr el agua, Luci se levanta, echa un vistazo al desorden de la habitación y suspira. Coge las sábanas, se las acerca a la nariz, tuerce el gesto. Quita las sábanas, las echa en el cesto de la ropa sucia y viste la cama con sábanas limpias. Luego, recoge un poco la ropa que Amanda ha acumulado a lo largo y ancho de la habitación sin ton ni son. Se sienta al terminar, vuelve la mirada hacia la bolsa de las piruletas y deja caer los hombros. Se frota los ojos con las palmas de las manos, y se queda mirando en silencio por la ventana hasta que Amanda regresa.

3 de septiembre de 2019

Amanda, sin despegar los ojos de la pantalla del ordenador, oprime con violencia los botones del *joystick* inalámbrico. Lleva enganchada al mismo videojuego todo el

verano. Se trata de un juego de lucha y supervivencia *online* que busca estimular el instinto de competitividad de sus usuarios. Amanda, que suele resolver con tacto y delicadeza las situaciones problemáticas del día a día, hace gala mientras juega, sin embargo, de todo un arsenal de maldiciones y palabrotas, amén de los golpes en la mesa y los puntapiés a la papelera —que presenta ya algunas abolladuras— cuando algún jugador hace que pierda la partida. Lleva puesto un pijama nuevo de manga corta que, a diferencia de su adusta colección de ropa nocturna, exhibe un simpático Winny de Puh en el pecho. Luci le preguntó al respecto cuando la vio metiéndolo en la cesta de la compra. «¿Y esto?», dijo. «¿Desde cuándo eres fan de este sosainas amarillo?». «Es mono», dijo Amanda, y se encogió de hombros.

Luci, desde la cama, mira el dibujo del oso lamiendo sus manos rebosantes de miel; y luego a Amanda, que vuelve a tener otra piruleta en la boca. Deja caer la cabeza sobre la almohada, le da la espalda y se pone a mirar el móvil. Amanda, que lleva cascos para hacer la experiencia más inmersiva, no escucha los reiterados suspiros de su pareja.

Al cabo de un cuarto de hora, Luci da un respingo cuando Amanda, de súbito, empieza a insultar en inglés a algún pobre diablo. Se quita los cascos de un tirón y arroja el *joystick* de mala manera.

—Putos chupones —dice mientras rasga el envoltorio de otra piruleta—. Así no hay forma de trabajar en equipo.

Luci se acerca por detrás y le agarra los pechos. Amanda se sobresalta levemente.

—Yo soy buena con los trabajos en equipo, nena —dice Luci cerca de su oído—. Tengo referencias. Anda, deja eso y vente un rato a la cama...

Amanda mira de soslayo el videojuego, aún con las manos de Luci sobre sus tetas, formando un cerco alrededor de Winny.

—Vale —resuelve finalmente—. Adelántate tú, enseguida voy.

Luci regresa a la cama mientras Amanda desconecta los dispositivos y pone el equipo en suspensión. Luego, mira en dirección al colchón, donde Luci yace de costado, esperándola con ojos brillantes y sonrisa húmeda. Amanda se sienta a su lado, con las piernas cerradas y las manos sobre las rodillas. Luci se incorpora y se coloca frente a ella, quedando a escasos centímetros de su boca. Amanda nota la respiración de Luci sobre su cara, y aprieta más las rodillas. Luci introduce los dedos entre los enmarañados cabellos de su novia; la toca, la mira y entreabre la boca al tiempo que su respiración se

acelera. Toma la cara de Amanda entre las manos y le acaricia el labio inferior con el pulgar. Le saca la piruleta de la boca antes de abalanzarse sobre ella y empezar a besarla frenéticamente por todo el cuerpo. Luci deja escapar varios gemidos; Amanda siente cómo los pezones de ella se endurecen y se le clavan en la piel. Pone los dedos sobre uno de ellos, distraídamente, lo que hace que Luci suelte una especie de quejido y se detenga en seco. Luci la mira, con los pelos alborotados y respirando sonoramente, y en un abrir y cerrar de ojos se quita la camiseta y coloca los pechos encima de Amanda. Ésta se lleva los pezones a la boca, y se afana en lamerlos mientras su novia suelta exhalaciones y retuerce las piernas. Amanda relaja la musculatura y adopta una postura más cómoda, sentándose sobre el regazo de Luci y dejando caer la cara sobre su pecho. Abraza la espalda desnuda de su chica y aprieta las mejillas contra el seno caliente, y continúa jugando con el pezón.

Al cabo de unos minutos, siente la mano de Luci sobre su cabeza, empujándola sutilmente hacia abajo. Amanda le coge la mano y la pone entre los muslos de Luci, quien, por un momento, permanece inmóvil.

—¡Eh, eh, un segundo! —Luci coge a Amanda por los hombros y la aparta de sus pechos—. ¿A qué ha venido lo de la manita?

—Eh... —Amanda la mira: tiene el ceño fruncido y los pezones erectos todavía—. Creía que te gustaba lo que te estaba haciendo...

—No, Amanda, no te hagas la tonta. ¿Por qué me has desviado la mano? ¿Querías que me lo montase yo sola? ¿Por qué? ¿Por qué no querías hacérmelo tú? ¿Es que te doy asco?

—¡Joder, Lucía, no! —Amanda se pone en pie—. Deja de sacar las cosas de quicio. Solamente se me apetecía quedarme arriba, ya está.

—¿Por qué? —repite Luci—. ¿Desde cuándo?

—Y yo qué coño sé —la espeta Amanda, y vuelve a meterse en la boca la piruleta medio derretida que Luci había dejado en la mesilla.

—Amanda, por favor, sé sincera. ¿Qué carajos te pasa últimamente con el sexo? De hecho..., ¿qué carajos te pasa conmigo? ¿Por qué has empezado a rehuirme cuando me insinúo? ¡Si siempre te ha gustado! —Amanda desvía la mirada y se cruza de brazos. Resopla y comienza a dar golpecitos en el suelo con el pie—. ¿Por qué...? ¿Por qué desde hace meses no dejas de notar que sobro, que mi presencia te incomoda? ¿Sabes?, a

veces pienso que todo a lo que aspiras en esta vida es a que la gente te deje en paz, a que todos pasemos de tu culo para poder consumirte jugando a ese videojuego y atiborrarte a piruletas.

—Vaya, gracias por tanta honestidad, Lucía...

—No, joder, no te hagas la ofendida. No te estoy atacando, te estoy preguntando qué carajos nos sucede. Amanda, mírame, joder. No estoy bien. Estoy a mil jodidas millas de estar bien. —Luci resopla. Recupera la camiseta que se había quitado y vuelve a ponérsela—. No estoy bien —dice de nuevo. Tiene las mejillas encendidas y los ojos enrojecidos—. Estoy... preocupada por ti, porque no te veo feliz, porque te veo perdida. —Amanda sisea y sigue haciendo ruido con la punta de la zapatilla—. Estoy estresada, porque no sé qué más hacer para ayudarte, porque te siento cada vez más lejos... Y sí, también estoy desesperada desde Dios sabe cuándo por que alguien me eche un polvo en condiciones... —Los ojos de Luci se anegan en lágrimas; Amanda clava la vista en el techo—. Amanda, joder, di algo —Luci se seca las lágrimas con el brazo—, que acabo de abrirte mi jodido corazón, joder.

—¿Qué coño quieres que te diga, Lucía? ¿No te gusta estar conmigo? Pues ahí tienes la puta puerta, tía.

Acto seguido, se coloca los cascos y enciende la pantalla del ordenador. Luci se pone en pie de un salto.

—Joder, ¿en serio, Amanda? ¿Es que tienes quince putos años? —Amanda no contesta—. Estupendo. Estupendo, joder. ¡Fantástico! —Luci saca sus zapatos de debajo de la cama y se encamina hacia la puerta. Agarra el picaporte, y se detiene—. Mira, Amanda, te voy a decir una cosa. Lo he intentado. Dios sabe que lo he intentado con todas mis jodidas fuerzas. Me he volcado en esta relación cuando jamás había hecho algo así por nadie. Y todo porque por fin creía haber encontrado a alguien que valía la pena, y... No. —Luci se interrumpe. Cierra los ojos y se aprieta la sien con las manos—. No, ¿sabes qué? La verdad es que creo que aún mereces la pena. Y que algún día encontrarás a una persona capaz de pelear por ti hasta el final. Pero yo no puedo más, Amanda. Soy débil, lo siento. Y no puedo permitir que me arrastres contigo a ese pozo de pesimismo e inacción en el que te has hundido. No puedo... Lo siento, no puedo.

Y desaparece por la puerta.

Amanda continúa jugando como si nada. De repente, otro jugador la ataca por la espalda y acaba con la vida de su avatar virtual. Amanda se queda contemplando la pantalla de *game over* en silencio. Se levanta lentamente. Le da la espalda al ordenador. Dirige la mirada hacia la cama: las arrugas de las sábanas aún conservan las formas de Luci. Baja la mirada. La papelera. Le propina una patada con todas sus fuerzas. La papelera va a parar a lo alto de la cama. Los papeles se desparraman. La chica da un grito de dolor. Se agarra del pelo. Se tira de él hasta hacerse daño. Se deja caer al suelo y se hace un ovillo. Tira de las sábanas, que cuelgan de la cama, y se cubre con ellas. Se las lleva a la nariz y aspira profundamente.

Unos minutos después, su madre la escucha llorar desde la planta baja y sube a ver qué le pasa.

26 de diciembre de 2019

La puerta del cuarto de baño se abre un palmo; una gran nube de vapor se escapa por la rendija y asciende hasta desaparecer. De dentro sale Amanda envuelta en una toalla de color verde; lleva el pelo húmedo recogido en otra de menor tamaño. Se dirige a su habitación, se arrodilla frente a la cajonera y abre el cajón de los pijamas. Su colección de pijamas infantiles ha ido en aumento en los últimos meses; tanto es así que sus antiguos pijamas, los de franela, se han visto sepultados bajo un aluvión de Snoopys, Hello Kittys y Winnys de Puh. Amanda se decide por su nueva adquisición: un pijama rosa de Minnie Mouse con lentejuelas en el pecho que su madre le regaló por Navidad el día anterior. Se deshace de la toalla, se mete en el pijama y se va a secarse el pelo.

Unos cuantos rugidos de secador más tarde, regresa a la habitación y mira las notificaciones del móvil mientras trata de alisarse el pelo con un peine. Le han llegado dos correos electrónicos en tanto estaba en la ducha. Uno es de Steam, la plataforma virtual donde compra y almacena sus videojuegos. El equipo de Steam le da la enhorabuena: al parecer, las más de diez mil horas que ha invertido jugando le han valido un trofeo, al que puede acceder desde este mismo instante a través de su cuenta. El otro correo es del Instituto Nacional de Empleo; la informan de que su inscripción al paro ya ha vencido y que debe personarse en una de sus oficinas en caso de que desee renovarla.

—¡Au! —Se ha dado un tirón con el peine; el champú le ha dejado múltiples enredones en el pelo.

Bloquea la pantalla del móvil y va hasta el salón. Encuentra a su madre en el sofá, doblando calcetines y bebiendo café.

—Hola, mami —dice Amanda—. ¿Te importa alisarme el pelo? Yo siempre me acabo dando tirones...

—Por supuesto que no, cariño. —Su madre deja a un lado la taza de café—. Ven, siéntate.

Amanda obedece. Su madre toma un mechón y comienza a desenmarañarlo con el peine. El móvil de Amanda vibra. La chica lo desbloquea para consultar la nueva notificación. Es un mensaje de WhatsApp. Y es de Luci, su ex. Amanda despliega el mensaje. Se trata de una parrafada bastante larga. Luci todavía permanece en línea, por lo que debe de acabar de enviarlo. Amanda nota una pequeña presión en la boca del estómago. Empieza a leer el texto mientras su madre, de fondo, tararea un villancico:

«Hola, Amanda. ¿Cómo estás? Sé que hace meses que no hablamos y eso, pero... Dios, probablemente esté cayendo en el rey de los clichés al decir esto, pero... Joder, es Navidad, y ya sabes lo imbécil que me ponen estas fechas y tal... Mira, voy a ir directa al grano, ¿vale? Te echo de menos, Amanda. Te extraño muchísimo y no he sido capaz de sacarte de mis pensamientos en estos casi tres meses que llevamos sin vernos ni dirigirnos la palabra. Y... joder, eso tiene que significar algo, ¿no? Lo he estado pensando, y creo que me precipité al desaparecer así de tu vida. Claro que no estoy diciendo que no tuviera motivos, ¿eh? Pero estaba demasiado cabreada y frustrada, y... puede que no pensara con claridad al tomar aquella decisión. Yo sólo sé que no puedo dejar de pensar en ti, que mi vida se ha ido al garete desde que te saqué de ella y que..., bueno, que en realidad no he dejado de quererte ni un jodido segundo, ¿sabes? Tal vez, si quisieras darme una segunda oportunidad, podríamos..., no sé, volver a intentarlo... Mira, Amanda, detesto las cursiladas, lo sabes bien. No te diría todas estas patochadas ni me expondría a hacer el ridículo de tal manera si no fuera porque, desde que te conozco, tengo la corazonada de que podrías ser la mujer de mi vida. Y eso tampoco ha cambiado en estos tres meses. Supongo que necesitaba que lo supieses, por si (Dios no lo quiera) ésta fuera la última vez que hablásemos. En fin, quedo a la espera de tu respuesta, ¿vale? Feliz Navidad y esas cosas que se dicen...».

—Mamá, ¿me disculpas un segundo? —dice Amanda al terminar de leer el mensaje.

Se levanta y se va a la cocina sin dejar de contemplar la pantalla del móvil. Una vez allí, extrae una bolsa de piruletas de la alacena y se mete una en la boca. Toma el teléfono con ambas manos y hace amago de escribir una respuesta; le tiemblan los dedos. Borra lo que ha escrito. Agacha la cabeza. Respira profundamente. Abre el menú de opciones del chat con Luci. Pulsa sobre «Bloquear contacto». En la pantalla aparece un mensaje: «¿Quieres bloquear a “Luci <3”»? Los contactos bloqueados no podrán llamarte ni enviarte mensajes». A continuación, dos opciones: «Bloquear» y «Cancelar». Observa su dedo, que se ha quedado suspendido en el aire, inmóvil, a medio camino entre «Bloquear» y «Cancelar».

Para cuando Amanda toma una decisión, ya apenas queda piruleta. El dulzor inicial del caramelo se ha vuelto agrio y le ha dejado un mal sabor de boca.

DUEÑO, AMO Y SEÑOR DE UNO MISMO

La habitación de Marina está colmada de amarillos, naranjas, azules y verdes, a imagen y semejanza de la indumentaria que vestía cuando la conocí, hace tan sólo unas horas. Estoy sentado en el borde de la cama, desnudo, cubriéndome el rostro con las manos. Resoplo sonoramente. Agacho la cabeza hasta meterla entre las rodillas. Marina, que oculta su desnudez bajo la colorida sábana, yace de costado junto a mí. Me pone una mano en la espalda y dice con voz suave:

—Tío, te juro que jamás hubiese llegado tan lejos contigo de haber sabido que tenías... —Resoplo otra vez—. En serio, no soy de esa clase de personas. Respeto las relaciones.

—No te rayes, no es culpa tuya —digo recuperando un poco la compostura—. Anoche iba tan pedo que creo que ni acerté a decir bien mi nombre...

—Mmm... ¿Mario? —inquire ella.

—Marcos. Me llamo Marcos. —Marina suelta una carcajada. El sonido de su risa es distante, lejano—. Oh, Dios, esto es tan impropio de mí... —Vuelvo a esconder la cabeza entre las piernas.

—Perdón, perdón. —Marina carraspea. La oigo removerse en el colchón—. A ver, Mario... Marcos —se corrige—, ¿cómo se llama tu chica?

—Nerea.

—¿Y cuánto lleváis juntos?

Bajo la voz al responder:

—Cinco años.

—¿Cinco años?! —Marina, en cambio, lo dice a viva voz—. Pero, tío...

—Lo sé, lo sé... Soy una mierda, estoy avergonzado. Ahora mismo me doy tanto asco...

—Vale, a ver, ayúdame a entender algo. ¿Cómo pudiste olvidarte de tu novia de cinco años en una sola noche?

—No, no es eso. —Mis palabras suenan ásperas, apagadas—. Escucha, Marina, Nerea y yo tenemos una relación seria, ¿vale? Ella y yo vamos... en serio. O íbamos, yo qué sé... La cuestión es que llevaba unas semanas bastante rayado con una idea estúpida y... Eso es lo que me ha traído hasta aquí.

—¿Qué idea? —pregunta Marina.

Me vuelvo hacia ella.

—Esto... Es un poco embarazoso... Verás, Nerea y yo empezamos muy jóvenes lo nuestro y... Bueno, los dos perdimos nuestra virginidad juntos, así que...

—Nunca te habías acostado con ninguna otra chica. —Marina me mira con curiosidad. Tiene una media sonrisa en la cara, pese a que intenta mantener una expresión solemne.

—Sí, exacto. Empecé a comerme el coco y me obsesioné con ello. Me agobiaba la idea de no poder volver a experimentar nada nuevo. Y entonces fui a ese club y me puse ciego de alcohol. Y luego te vi y... En fin, ya conoces el resto de la historia. Lo siento, si pudiera deshacerlo... Todo esto ha sido un tremendo error. Joder, menuda estupidez...

—Vaya, gracias por la parte que me toca —dice ella, y se sube un poco la sábana.

Muevo la cabeza y sacudo las manos en señal de negación.

—No, no, Marina, no lo decía por ti. En realidad, yo... Ni siquiera recuerdo con claridad qué sucedió anoche... Lo tengo... borroso —digo.

—Joder, te acuestas con otra para ver cómo es y el alcohol te hace olvidarlo. ¿Mala suerte o justicia poética? —Su tono es socarrón.

—Visto así, hasta tiene gracia —digo yo—. Ojalá fuese capaz de reírme en estos momentos.

Entra un poco de luz por las rendijas de la persiana. El rayo luminoso recorre parte del suelo y se extingue antes de llegar a la cama, justo ante mis pies. Se oyen los primeros ronroneos de motor de la mañana.

—Pues no estuvo mal —dice Marina con su media sonrisa y la mirada perdida en el estampado de su sábana—. Es decir, no como para entrar en mi top cinco; pero te desenvolviste muy bien para ir tan borracho.

Miro a Marina. Ella me devuelve la mirada. Dirijo la vista al techo y me muerdo el labio.

—Oye, Marina, yo... Me halaga lo que dices, de verdad, pero...

—Olvídalo, Marcos. Sólo era un comentario —dice ella—. Oye, lo entiendo. Ahora mismo sólo eres capaz de pensar en tu chica y en lo que vas a decirle, ¿me equivoco?

Me miro los pies. Muevo los dedos, bañados por la luz del sol.

—¿Puedo ir al baño? —pregunto de improviso.

—No veo por qué no. —Marina enarca una ceja, divertida—. Es esa puerta de ahí enfrente. Como ves, el piso no es muy grande.

—Ya. Oye..., ¿has visto mis calzoncillos? Me da un poco de vergüenza levantarme así...

—Ah, claro. —Se ríe. Otea la habitación—. Están en... Mira, ahí están, encima del baúl. Ve por ellos. Y tranquilo, que no miro. Eso sí, ten cuidado con el...

Pero ya es tarde. Me he tropezado y he caído de bruces al suelo.

—¡Marcos! ¿Te has hecho daño? Intentaba advertírtelo: la madera del suelo está un poco levantada por esa zona y es fácil tropezarse.

—Estoy bien —gruño. Agarro los calzoncillos, me los calzo y entro en el baño.

Subo la taza del váter, me siento, orino. Tiro de la cadena. Me pongo en pie. Bajo la tapa. Me sitúo frente al espejo. Me miro a los ojos. Al poco rato, me entra un sollozo. Acciono el grifo del lavabo. El ruido del agua al correr disimula mi llanto. Me cubro la cara con las manos y lloro con fuerza. Me golpeo los muslos, me doy un guantazo, me insulto. Dejo de llorar, cierro el grifo, salgo afuera.

Marina sigue sin vestir, en la cama, bajo las sábanas. Está mirando el móvil. Lo deja en la mesilla en cuanto me ve entrar en la habitación. Se incorpora un poco, sujetando la sábana para que no se le escurra, y frunce el entrecejo al preguntar:

—¿Has... has estado llorando?

—No. Bueno, sí. No sé qué coño voy a hacer, Marina. ¿Debería contárselo a Nerea? ¿Y si no me perdona y nuestra relación acaba aquí? Menuda forma de terminar con una relación de cinco años, ¿no? Joder, no quiero ni imaginármelo. Ella y yo somos como la pareja de referencia en nuestros círculos sociales. La veterana. La que ve cómo los demás ponen fin a sus relaciones mientras que la nuestra permanece invicta, evoluciona y se hace más fuerte. Que nosotros cortásemos sería... sería como ver morir al amor. —Marina esboza una sonrisa rígida y temblorosa. Está roja, como si estuviera llevando a cabo un gran esfuerzo. Le digo—: Te juro que como te echas a reír me largo de aquí ahora mismo.

Pero no logra contener la carcajada y se echa a reír igualmente.

—Dios mío, lo siento, lo siento —dice ella secándose las lágrimas fruto de la risa—. Dios santo, debo de parecerte una persona horrible; pero es que... Todo eso de la muerte del amor... Dios, sólo te faltaba decirlo sosteniendo un cráneo en la mano.

—Eres desternillante. Graciosísima. Tu humor es visionario.

Me encamino hacia la cama, pero me retracto. Me quedo quieto unos segundos y, finalmente, me siento en la única silla de la habitación que veo.

—Vale, vale —dice Marina—. No, ahora en serio. Te prometo que no me reiré más. Venga, Marcos, déjame ayudarte; por lo general, dicen que doy muy buenos consejos.

La miro a los ojos: está seria, expectante.

—¿Tú qué harías? —digo—. ¿Se lo contarías?

—No —contesta ella instantáneamente.

—¿No?

—No, no se lo diría.

—Pero...

—Mira, Marcos, no dudo de la solidez de vuestra relación; pero una infidelidad es uno de los golpes más duros que una persona puede recibir, y uno nunca está preparado para que le digan algo así. Sí, puede que confesarlo fuese lo más noble y valiente por tu parte, pero también sería injusto. No te conozco de nada, pero no me pareces una mala persona. No creo que merezcas perder al amor de tu vida por un error aislado del que te arrepientes y que, para más inri, fue en gran parte motivado por los efectos del alcohol. Después de todo, tú no saliste anoche con la intención de que esto pasara, ¿no es cierto?

—No, yo... Yo sólo quería darme un respiro. Despejarme y dejar de comerme el tarro durante un rato.

—Exacto. Luego, empezaste a beber para divertirte y tu voluntad se volvió un tanto... inconsistente. Y entonces aparecí yo. Además, fui yo quien te tiró los tejos primero; tú ni siquiera hiciste amago de ligar conmigo al principio.

—Puto alcohol...

—Yo creo —dice Marina— que esto no ha sido más que una serie de coincidencias desafortunadas. No eres el típico tío que va a poner los cuernos a la primera de cambio...

—No, no lo soy.

—No lo eres. Pareces un buen chico. Sensible, empático y... diría que incluso eres de los que da cariñitos después de follar.

—Oh, Dios, no me digas que anoche te di arrumacos...

—No, no, tranquilo. —Marina se echa a reír—. Creo que ya estabas medio sobado cuando... —Carraspea—. Antes de que tus soldaditos abandonasen la trinchera —resuelve.

—Patético —digo llevándome las manos a la cabeza.

—Descuida, los he tenido peores.

Marina sonrío. Le devuelvo la sonrisa de manera automática. Me rasco la coronilla.

—Entonces...

—Entonces, sería una putada que el Marcos de hoy, que es dueño, amo y señor de sí mismo, pagara por los actos del Marcos de ayer, ebrio y que apenas se tenía en pie. Joder, es que no hay más que mirarte; a la luz del día, ni siquiera pareces la misma persona con la que anoche me fui al catre.

Marina suena segura de lo que dice. Observo la silueta de sus piernas por debajo de la sábana. Sus pies forman dos pequeños montículos; tiene unos pies menudos. Pienso que no se parecen en nada a los pies de Nerea.

—¿Sabes qué? —digo al cabo—. Creo que tienes razón. Creo que voy a seguir tu consejo. Aunque todavía no sé muy bien cómo voy a conseguirlo... Eso de mirarla a los ojos como si nada hubiese pasado... Uf, se me revuelve el estómago.

—Bueno, para eso los griegos inventaron el estoicismo.

—Ya, bueno, pero ellos eran unos maestros del sufrimiento. En cambio, yo... Digamos que mi tolerancia a la adversidad es más bien baja.

Marina cambia de postura. De nuevo, se reajusta la sábana alrededor del torso. Tiene algunos lunares dispersos por el hombro izquierdo.

—Tendrás que empezar por perdonarte. Para convencerte de que estás tomando el camino adecuado, primero deberás estar convencido de que el que hizo lo de ayer y tú no sois la misma persona. Además, no tiene sentido torturarse por cosas que no hemos decidido hacer, y ayer tu capacidad de decisión no era más que un cadáver flotante en una piscina de aguas etílicas.

—Sí, lo entiendo. Pero... no sé. —Vuelvo a rascarme la cabeza—. En cierto modo, ¿no es como si estuviera desentendiéndome de lo que sucedió y optando por el camino más fácil?

—No, Marcos, ¡para nada! Es justamente al contrario. Lo fácil sería soltárselo y liberarte así del sentimiento de culpa. Pero eso sería egoísta, porque no es culpa suya, ni tuya tampoco. Ha sido... —Marina se encoge de hombros—. ¿No lo ves? *Ése* es el camino tortuoso. A veces, la opción correcta no es la más sencilla. ¿No decía la Biblia algo así?

Pestañeo. Guardo silencio unos instantes. Las palabras de Marina siguen resonando con fuerza en mi cabeza. De improviso, me pongo en pie.

—Me alegro de no haber desaparecido en cuanto me desperté —digo—; eres una gran consejera. —Y sonrío ampliamente—. El de anoche no era yo. *Éste* sí soy yo. Y ahora puedo tomar las decisiones acertadas, porque, como tú has dicho, ahora soy dueño, amo y señor de mí mismo. Gracias. Gracias de verdad, Marina.

Extiendo los brazos y me dirijo hacia donde está con paso firme.

—¡Marcos, cuidado! —me advierte desde la cama.

Pero vuelve a ser tarde. He vuelto a tropezar. He caído sobre el colchón. Sobre ella. He tirado de la sábana sin querer, y ahora los pechos de Marina están a escasos centímetros de la punta de mi nariz. Son pequeños, turgentes, menudos. No se parecen a los de Nerea. Por un momento, Marina exhala, inmóvil. Es una exhalación ínfima, apenas audible. Pero yo la percibo con total claridad. Y entonces me abalanzo sobre ella, y ella, lejos de rehuirme, me recibe de muy buen grado. Hacemos el amor, y no tardamos mucho en ello. Es rápido, fugaz y apasionado. Pero una vez hemos terminado, ninguno de los dos dice nada. La oigo tragar saliva. Me vuelvo hacia ella, pero ella gira la cabeza, evitando que nuestras miradas se confronten. Así que salgo de entre las sábanas, me siento en el borde de la cama y me cubro el rostro con las manos.

El día se ha nublado, ya no entra luz por las rendijas de la persiana, y los colores vivos de la habitación de la chica con la que acabo de practicar sexo desleal por segunda vez consecutiva no parecen ya ni la mitad de vivos.

—Voy al baño —dice Marina a mis espaldas. Se levanta y se va.

Es entonces cuando me invade la sensación de que, de ahora en adelante, ya nada dependerá enteramente de mí.

UN RETORTIJÓN EN EL ALMA

Los servicios unisex de la discoteca están húmedos y resbaladizos, y huelen a orina y vómito; pero, al menos, están desocupados. Me meto en el último cubículo de la hilera y cierro de un portazo. Alguien ha hecho cosas atroces ahí dentro y no se ha molestado en tirar de la cadena. Acciono la cisterna, y un remolino de agua se traga la inmundicia. Bajo la tapa y me siento encima. Me llevo las manos al estómago, que me duele horrores. Conforme pasan los minutos y el dolor no cesa, voy sintiendo como una sensación de mareo se apodera de mí y me produce sopor.

Me sobresalto cuando oigo a alguien irrumpir en el baño y golpear la puerta de mi cubículo.

—Rubén, ¿eres tú? —Es la voz de Gloria, mi pareja.

—Sí, sí, cariño. Soy yo.

—Llevas más de un cuarto de hora ahí dentro. ¿Vuelves a estar...?

—Me temo que sí.

—Oh, genial. —La oigo suspirar—. Dijiste que esta vez sería diferente, que estarías bien...

—Contaba con ello. No es algo que pueda controlar, ¿sabes? Ojalá pudiera.

—Pues yo creo que, por lo menos, deberías intentarlo. Si te abandonas a la fobia, tú...

—Gloria —la corto, y de inmediato noto cómo el estómago se me retuerce de manera desagradable—, no es una fobia —digo con el hilo de voz que me permite articular el retortijón. Al fin, se pasa—. No es una fobia —repito con un tono algo más firme—, ya lo hemos hablado.

—Pues tú me dirás qué es.

—Un trastorno psicósomá...

—Déjate de tecnicismos, Rubén. Te espantan las multitudes y los sitios con ruido. Es llegar a uno y te empiezan a entrar esos dolores... —Mis vísceras comienzan a crujir otra vez. Aprieto los dientes mientras una nueva oleada de ardiente dolor me recorre por

dentro. Tengo la frente perlada de sudor. Gloria continúa hablando—: Por un momento, me gustaría que también pensases en cómo me afecta esto a mí, en la de noches que he tenido que sacrificar quedándome contigo en casa en lugar de salir por ahí como hace la gente normal...

—Nunca te lo he pedido.

—Pero aun así lo he hecho.

—Pensaba que era algo que te salía de dentro...

—Sí, Rubén, pero aun así cuesta, ¿sabes? Ahora mismo, por ejemplo, nuestros amigos están ahí fuera, extrañados y haciéndose preguntas. Esto que te pasa es muy embarazoso, y no sólo para ti.

El estómago sigue doliéndome. Empiezo a sentir ganas de defecar.

—¿Sabes, Gloria? —digo con una lágrima producto del dolor resbalándome por la mejilla—. En estos momentos, antes que un sermón, preferiría que entrases aquí y me abrazaras. Esto... —Otro retortijón. Contengo un quejido—. Esto es muy duro.

Oigo a Gloria poner la mano sobre el pomo de la puerta; pero, por alguna razón, no se decide a abrir. Al final, dice lo siguiente:

—Rubén, creo que no soy yo quien ha de entrar, sino tú el que deberías salir de ahí. Salir al mundo, conmigo, con los demás. —Se detiene unos instantes; luego, apostilla con estas palabras—: Necesito vivir experiencias. Si esto sigue como hasta ahora, no te puedo garantizar que lo nuestro siga adelante.

La escucho marcharse.

Me escucho llorar.

Un rato después, mi estómago se aplaca y soy capaz de salir del baño. Me veo de perfil al pasar junto al espejo, y lo que veo reflejado dista mucho de ser el aspecto de una persona sana.

Un par de días más tarde, voy en el coche camino del trabajo con la radio encendida. El presentador del programa que estoy oyendo está entrevistado a un tipo: un psicoanalista de origen argentino que lleva, al parecer, varios años afincado en España ofreciendo sus servicios. Se llama Sergio, y aún conserva algunos rasgos propios del habla de su país.

—Y cuéntenos, Sergio, ¿qué es eso del psicoanálisis?

—Bueno, quizá no sea la definición más ortodoxa, pero ¿sabes? A mí me gusta definirlo como un espacio. Un espacio personal donde el sujeto tiene la oportunidad de ser escuchado; pero no sólo de ser escuchado, sino de escucharse a sí mismo.

Subo el volumen de la radio.

—Suenan interesantes —dice el presentador—. Pero ¿a qué te refieres con lo de escucharnos a nosotros mismos?

—Habitualmente, la gente que acude a la consulta viene quejándose de algún síntoma: ansiedad, rituales obsesivos, dolores que no tienen un sustrato orgánico... También recibo a montones de hombres con problemas de erección. —El presentador suelta una carcajada. Sergio ríe también—. Sí, es un contratiempo más frecuente de lo que uno se pueda imaginar *a priori* —dice—. El caso es que, a poco que uno empieza a ahondar en la terapia, se da cuenta de que el síntoma es el menor de sus problemas. En otras palabras, el psicoanálisis se interesa por la *causa* de ese síntoma. Es decir, ¿qué es lo que te está provocando esa ansiedad, ese dolor, esa impotencia?...

—No lo sé, dímelo tú.

Vuelven a reír juntos. Semáforo en rojo. Me detengo.

—Bueno —dice Sergio—, no existe una respuesta universal para todos. Como suele decirse, cada persona es un mundo. Por tanto, la causa variará en función del paciente y de su historia de vida.

—Perdona, Sergio, cuando dices eso... ¿estás aludiendo a los famosos traumas de la infancia de los que hablaba Freud?

—Tal vez. Pero no necesariamente. Quiero decir que la causa de tu actual sufrimiento puede radicar en un remoto episodio de tu niñez, sí..., pero no tiene por qué. Muchas veces, la problemática del sujeto tiene que ver con un conflicto de su entorno inmediato que no sabe cómo gestionar. Cuando uno no resuelve, calla; y cuando se calla, se sufre en silencio; y por lo general el sufrimiento silencioso se acaba expresando en forma de... síntomas.

Oigo el claxon del conductor que me precede; el semáforo se ha puesto en verde hace unos segundos y no me he percatado. Continúo conduciendo.

—Vaya —dice el presentador—, yo conozco a más de uno al que le vendría bien una buena dosis de catarsis. —Esta vez, sólo ríe él—. En cualquier caso, no me cabe duda de que muchos oyentes se identificarán con el perfil que has descrito. —Estoy llegando

al trabajo. Localizo una plaza de aparcamiento libre; me apresuro a ocuparla. Mientras tanto, el presentador le formula al invitado la pregunta de cortesía—: Bueno, Sergio, me temo que ha llegado el momento de despedirnos; pero antes ¿te gustaría añadir algo?

—Ante todo, quisiera dejar constancia de lo agradecido que me siento de mi paso por el programa. Tampoco creo que esté de más decir, por si alguien necesitase de mis servicios, que tengo mi consulta en la calle...

Abro la guantera a toda prisa y busco un bolígrafo y algo donde apuntar la dirección, que no queda lejos de mi domicilio, y el número de teléfono del psicoanalista.

A la hora del almuerzo, comento la entrevista con un compañero y le confieso que estoy pensando en coger una cita. Al decirlo en voz alta, se me hace un nudo en el estómago; pero no es dolor, son mariposas.

Ese mismo día, por la noche, estoy cepillándome los dientes mientras Gloria toma una ducha en el baño contiguo. Oigo el sonido sibilante del bote de gel medio vacío cuando ella lo oprime para apurar las últimas gotas. Y, seguidamente, frotos veloces sobre piel enjabonada.

Sale del baño envuelta en una toalla beige. Yo estoy en la cama, leyendo. Experimento una erección al verla entrar en la habitación. Gloria coge su pijama y regresa al cuarto de baño sin mediar palabra. La escucho secarse el pelo. Vuelve al rato, ya lista para acostarse. Se mete bajo las mantas. Yo aún tengo el libro entre las manos. Aspiro profundamente. Su pelo huele bien; tiene un aroma frutal.

Apago la luz de la mesilla y me recuesto. La rodeo con un brazo. Ella no reacciona. Subo distraídamente una mano hacia su pecho. Entonces reacciona. Me aparta el brazo con suavidad. Me dice que hoy no le apetece. Le digo que vale. Me doy la vuelta. Le pregunto si está enfadada conmigo. Me dice que no. Le pregunto si es por lo de la otra noche. Me dice que ha tenido un día muy largo y que está cansada.

—Está bien —le digo—. Está bien, Gloria, duerme. No te preocupes por mí. Sufriré en silencio, como de costumbre. Total, es lo que siempre acabo haciendo. Ése es mi triste sino.

Gloria me pregunta qué estoy insinuando. Le digo que no me pasa desapercibido cómo me castiga retirándome su cariño cuando hago algo que le molesta, cuando las cosas no salen como ella quiere. Le digo que estoy harto de eso. Harto de sentirme solo

y defectuoso. Le digo que echo de menos la manera en que me miraba cuando nos conocimos, cuando todavía me veía como un ser humano completo y merecedor de su amor. Le digo que ojalá no me despreciara cuando, sin previo aviso, mi estómago se enferma y hace que me retuerza de dolor. Que la noche anterior quisiera haber podido llorar sobre su pecho, al calor de un abrazo y unas palabras de tranquilidad y consuelo. Que, en lugar de eso, tuve que hacerlo a solas, en un baño sucio y apestoso y bajo la presión que me infundió.

—Estoy maldito, Gloria. ¿No te das cuenta? Alguien eligió este modo de vida por mí...

Me tiemblan la voz y los labios. Me echo a llorar. Gloria tarda unos segundos en abrazarme, pero, al final, lo hace. Lloro durante un buen rato, y ella no hace amago de interrumpirme en ningún momento.

Sólo cuando he terminado toma la palabra y me dice que me quiere.

—Te quiero, Rubén —me dice. Pretende continuar hablando, pero rompe a llorar también. La envuelvo con los brazos. Vuelvo a respirar el olor frutal de su cabello. Consigue serenarse un poco y vuelve a empezar—: Rubén, te quiero. Seguro que crees que soy una mala persona por cómo te he tratado; pero... sólo me comportaba así porque tengo miedo. Es que necesito que esto funcione, y... desde que empezaron tus problemas... de estómago o de lo que quiera que sean... no funciona. No quiero hacerte sentir responsable; obviamente, tú no tienes la culpa de lo que te pasa. Pero, Rubén, me conozco. Sé para qué estoy hecha y para qué no. Y no estoy hecha para llevar una vida limitada. Necesito experiencias. Y necesito estar con alguien que sea capaz de seguirme el ritmo...

Le digo que yo puedo. O que podía... hasta que empezó a pasarme esto. Me coge de la mano.

—Busca una solución —me dice—. Haz que funcione. Estaré aquí, amor mío. Si decides ponerle remedio, te prometo que estaré aquí.

La sala de espera del psicoanalista está repleta de estanterías de nogal, todas ellas a rebosar de libros de psicología y manuales de autoayuda desgastados. Hace unos días, llamé por teléfono para pedir hora; fue poco después de que Gloria y yo conversáramos. Me respondió la misma voz que escuché por la radio. Me dio la posibilidad de tener una

entrevista virtual desde casa, vía Skype, pero le dije que vivía cerca y que prefería que fuese en persona. «Ningún problema», dijo Sergio. «Cada paciente tiene sus propias necesidades». Me citó a las ocho y cuarto, lo que me venía bien, pues mi jornada laboral termina unos veinte minutos antes.

Veo abrirse la puerta de la consulta. De dentro sale una señora mayor precedida por el psicoanalista, que la acompaña hasta la salida y la despide. Luego, Sergio me invita a entrar en el despacho. Echo un vistazo a mi alrededor. Es una sala pequeña, acogedora, sin escritorio. Tan sólo hay un gran ventanal, una silla para el terapeuta y el clásico diván. Las paredes son también de madera de nogal. Un par de grandes alfombras con motivos estampados cubren la mayor parte del suelo.

—Bueno —dice Sergio—, ¿me dijiste que te llamabas...?

—Rubén —digo.

—Rubén —repite él—. Por favor —dice señalando el diván—, ponte cómodo.

—¿Tengo que sentarme o...?

—Lo óptimo sería que te tumbases de espaldas a mí... Así, bocarriba, muy bien... De acuerdo, Rubén, cuéntame: ¿qué te trae por aquí?

—Bueno, es... Es algo parecido a lo que dijiste el otro día, cuando hablaste por la radio. Yo... estoy sano, eso dicen los médicos. No obstante..., siempre me pasa en las discotecas...

—¿El qué?

—El estómago. Me empieza a doler horrores.

—¿Y cómo es eso?

—¿Cómo es qué?

—El dolor.

—Ah. Es... No sé. Es muy molesto. Me pasa siempre que me veo arrastrado a sitios con multitudes y mucho ruido.

—¿Cuando te ves arrastrado? ¿Arrastrado por quién?

—Bueno, es sólo una forma de hablar. Quiero decir que...

—Sí, ya sé lo que quieres decir. Podrías haber dicho «cuando voy a sitios así» o «cuando me cito con alguien en un lugar como ése», lo que denotaría un acto de carácter voluntario, una decisión personal. Pero has dicho «siempre que me veo arrastrado»... Eso me suena más a imposición... Así que... ¿quién te está imponiendo su voluntad?

—Bueno, es Gloria, mi novia, a quien le gusta el rollo ése de las discotecas... Pero yo no diría que me lo impone. Es más bien una especie de... acuerdo, supongo.

—¿Un acuerdo? ¿Y cuáles son los términos de ese acuerdo?

—No me estoy expresando bien. Acuerdo no es la palabra. Esto es algo más... Es algo que hago por ella. Voluntariamente, quiero decir. Un pequeño sacrificio en aras de nuestra relación.

—Pero «voluntariamente» implica que la decisión se toma en circunstancias de libertad. En caso de que quisieras poner fin a ese sacrificio, ¿te sentirías libre de revocarlo?

Pienso en ello.

—No lo sé.

—¿Qué pasaría si decidieses dejar de ir a discotecas con tu novia?

—Seguramente, Gloria se enfadaría... Ella se ve a sí misma como un espíritu libre y aventurero. Dice que necesita probar cosas nuevas, no estar parada en el mismo sitio...

—¿Y qué necesitas tú?

Pienso en ello.

—No lo sé.

—¿No lo sabes o te da miedo reconocerlo?

—No... No lo sé.

—¿Te gustan las discotecas?

—No mucho.

—¿Has considerado que tu cuerpo esté tratando de expresar aquello de lo que tú no te sientes capaz?

—No entiendo...

—Pareciera como si tuvieses una lucha interna: te sacrificas por conservar el amor del otro, sacrificas tu deseo en favor del deseo de tu novia; pero renunciar al deseo hace daño, te... anula como individuo. Anula tu identidad. ¿Alguna vez te has preguntado quién es Rubén al margen de Gloria?

—Pero... Pero ¿eso qué tiene que ver con mi estómago?

—Tiene mucho que ver. El síntoma no es más que una voz de tu yo más profundo. Y créeme, tú puedes autoconvencerte de casi cualquier cosa que te propongas; el yo

profundo, sin embargo, es muy diferente. No es fácil de engañar, y es como los niños: siempre te dice la verdad.

—Pero... Pero, vamos a ver, yo lo que tengo es un trastorno psicosomático, es...

—Lo psicosomático no es más que una forma que tiene la mente de hablar a través del cuerpo. Pero tú eso ya lo sabes; al menos, inconscientemente. Por eso estás aquí. Esto no tiene que ver con tu estómago, Rubén, tiene que ver con la mitad de ti que lucha por perpetuar tu existencia, tu individualidad, tu deseo... Rubén, tú no tienes retortijones en el estómago, sino en el alma. Porque quieres seguir existiendo por ti mismo, en lugar de desvanecerte y existir solamente a través del otro.

No se me ocurre nada que decir. Me quedo mirando las grietas del techo por largos minutos. Al cabo de un rato, el psicoanalista rompe el silencio:

—Mucha gente se asusta cuando el autoconocimiento que obtienen a raíz de la terapia los pone en una situación delicada. Es natural. Pero entiéndeme: todo el mundo viene buscando que los libre del síntoma, cuando en realidad sólo existe un modo de eliminarlo, y es yendo a la causa. Pero, claro, todos tratan de evitar toparse con la causa, porque en el fondo no desean ponerle remedio, tan sólo emborronar las evidencias de que está ahí, los síntomas. En el fondo, sólo quieren poder apartar la mirada de la causa para poder seguir viviendo como hasta entonces. Da igual lo dolidos que estén o lo infelices que sean, la gente sólo quiere poder seguir aferrándose a lo que ya conocen. Seguir en la misma realidad de mierda que los anula y que los reprime y que lleva toda la vida impidiéndoles florecer. Así es la gente. Y por eso todo el mundo prefiere que el médico les recete una pastillita mágica que haga desaparecer el dolor antes que emprender un psicoanálisis que los obligue a confrontarse con él.

—Creo que esto no es para mí —digo entonces, de repente.

—Siempre da vértigo al principio...

—No, creo... creo que buscaré otro modo.

El psicoanalista suspira.

—Después de todo, es el paciente quien tiene la última palabra —dice—. Si pasado un tiempo cambias de parecer, siempre puedes volver.

Doy las gracias, pago y me marcho.

Al llegar a casa, me cambio de camisa; durante la terapia, he sudado más de lo acostumbrado. Gloria no está. Eso me deja a solas con el silencio y una vaga sensación de intranquilidad.

La discoteca es un tumulto de gente bailando descontrolada. La música está tan alta que la siento dentro de mí, vibrando, como si todo mi cuerpo fuese un corazón que palpita al ritmo de la canción. Muchos levantan los brazos al bailar; todo huele a sudor mezclado con colonia y polvos de maquillaje. Gloria se lo pasa en grande junto a nuestros amigos. Mi estómago difiere.

Veo a Gloria mover los labios mientras me mira a los ojos.

—¿Qué? No te escucho...

—Digo que vamos a intentar pillar una mesa para fumar algo.

—Oh. Vale.

La suerte les sonrío, y no tardan en encontrar unos asientos desocupados.

—Voy a por la cachimba —dice Ricardo—. ¿De qué sabor la queréis?

Discuten algunas posibilidades. Estamos frente a una gran pared-espejo que le confiere al local una cierta ilusión de mayor amplitud. Contemplo mi reflejo: tengo la cara grasienta y un color plomizo. No consigo que mi sonrisa deje de parecer una mueca.

—Entonces está decidido: ¡sabor sandía!

Las chicas gritan en señal de aprobación. Ricardo aplaude y se aleja. Gloria y Carla entablan una conversación que no alcanzo a escuchar, a pesar de que estoy justo al lado. El estómago me molesta, ahora más que antes. A cada minuto que pasa, el dolor es más tangible, menos psicológico.

Me levanto para ir al baño.

—Rubén —me llama Gloria—, ¿adónde vas?

—Al baño... Voy al baño... Será sólo un segundo...

—Bueno, no tardes; no querrás perderte la cachimba de sandía.

—No, yo... no creo que la pruebe... Sabes... sabes que no me gustan esas cosas...

—¿Ni siquiera una calada? —Gloria me clava la mirada—. Vamos, Rubén, ábrete a *nuevas experiencias*. —Me parece advertir cierto énfasis en sus palabras.

—Bueno... Pero sólo un poco... Pero antes el baño —digo, y me doy la vuelta.

Los servicios de la discoteca siguen oliendo a orina y vómito. Entro en el cubículo más accesible que encuentro. Bajo la tapa, cierro la puerta y me siento. Me aflojo el cinturón, me aprieto la barriga...; pero el dolor no desaparece. Miro el reloj: han pasado dos minutos desde que me excusé. Pienso en Gloria, en su manera de decir «nuevas experiencias», en la cachimba sabor sandía... El dolor está acrecentándose; pronto será demasiado intenso como para disimular y fingir que estoy bien... Le doy un golpe a la pared. Me hago daño en la mano y eso me enfada. Levanto la pierna, dispuesto a darle un puntapié a la puerta. Pero me detengo. Abro la puerta, salgo del cubículo y compruebo que no haya nadie en los servicios. Luego regreso, observo la puerta y le propino una patada tan fuerte que el pomo rompe un pedazo de azulejo al impactar contra la pared.

—¡Joder! —grito.

Me miro en el espejo. Se me han saltado un par de lágrimas y apenas he sido consciente. Pienso en el psicoanalista, en cómo me dijo «Rubén, tú no tienes retortijones en el estómago, sino en el alma». Deslizo mi mano de la barriga al pecho... Miro el reloj: seis minutos y contando. Todavía me duele. Me duele mucho. Pero el recuerdo de Gloria reprendiéndome a través de la puerta me duele más, así que salgo y regreso a la mesa.

Distingo las cabezas de Gloria, Carla y Ricardo a través de una humareda con olor a sandía. Hay tanto humo que al sentarme le aplasto sin querer la mano a Gloria. Ella me da una torta en el brazo y se echa a reír por el susto. Me ofrecen la cachimba. La rechazo. Ellos insisten, entre risas sin fundamento. Gloria me da otra torta en el brazo. Al final me resigno. Cojo la boquilla y aspiro profundamente. El humo me produce un ataque de tos, y éste a ellos un ataque de risa. Me siento mareado, fuera de lugar. El dolor está empezando a volverse ardiente. Me abstraigo de la conversación, que pronto pasa a ser una sucesión de carcajadas sin ton ni son. Mientras yo me encojo sobre mi vientre en un intento por sobrellevar el dolor, Gloria y sus amigos hablan a voces, ríen, beben y sueltan densas nubes de humo por la boca.

Me miro en la pared-espejo: mi rostro apenas es una silueta borrosa entre tanto humo. Al cabo del rato, ya ni siquiera me veo las manos, ni mi reflejo en el espejo, ni al resto de personas de la discoteca. Pero sí veo a Gloria. La cojo de la mano, ella me sonrío. Me siento ingrátido, diminuto. Gloria, en comparación, se me antoja inmensa.

Tanto humo me marea. Pienso en marcharme. Entonces noto la presión de la mano de Gloria. La miro a los ojos. Me quedo en mi sitio. Y finalmente el deseo, todo el deseo, se desvanece.

VIGILIA

Bea prepara el desayuno: cruasanes con mantequilla, tostadas y café. Entretanto, Armando se acicala en el baño contiguo, procurando que su aspecto sea el adecuado antes de irse a trabajar al bufete. El alba acaba de despuntar hace poco. A esa hora, el piso de un matrimonio sin hijos es un lugar apacible y silencioso. La tostadora humea en la cocina. El agua templada corre por las tuberías del lavabo, llevándose consigo la espuma de afeitarse y los desperdicios. Marido y mujer ejecutan con precisión las tareas y quehaceres de una rutina que se ha vuelto rígida e inflexible con el paso de los años.

Cuando Armando llega a la cocina (sus mejillas, perfectamente rasuradas; el peinado, engominado e impoluto; ni un solo pelo del bigote desnivelado), los cruasanes, las tostadas y el café ya le esperan como de costumbre; en el mismo sitio, a la misma hora. Armando y Beatriz son lo que los estándares sociales considerarían una pareja funcional y acomodada, y, según dicen insistentemente a su alrededor, en condiciones óptimas para dar «el salto». Sus padres y sus amigos más cercanos suelen preguntarles con frecuencia por el tema. Por lo general, responde siempre él: «Estamos en ello», dice, y normalmente acompaña esas palabras con una amplia sonrisa.

Armando se sienta a la mesa. Coge una servilleta, la despliega y se cubre el regazo con ella.

—Estás muy guapo esta mañana, querido —dice ella.

—Gracias, cariño —dice él—. Por cierto, todo tiene una pinta deliciosa.

También son frases que utilizan habitualmente.

Bea desenchufa la tostadora y se sienta frente a Armando. Aún no es su hora de desayunar; pero tiene por costumbre hacer compañía a su marido mientras come. Luego, él se despedirá y no volverá al hogar hasta bien entrada la tarde, cosa que hará cansado y sin demasiadas ganas de hablar. Con el tiempo, Bea ha aprendido que el desayuno es el momento del día en el que Armando se muestra más receptivo.

—¿Sabes, cariño? —dice Bea—. Esta noche tuve un sueño.

—¿Un sueño? —Armando se aparta un par de cruasanes—. ¿Qué clase de sueño?

—Pues... al principio era un sueño normal. Un tanto curioso, o extraño tal vez. Pero hacia el final se convertía en una horrible pesadilla.

—Suenan divertido —dice Armando con la boca llena—. Oigámoslo.

—No sé si la palabra es divertido, pero... De acuerdo, te lo contaré. —Armando mastica la comida enérgicamente. Hace ruido al tragar, y su bigote rubicundo sube y baja con cada bocado—. Verás, el sueño comienza conmigo horneando galletas en una casa.

—¿Nuestro piso? —inquieta el marido.

—No, no era nuestro piso. Era... una casa. Una casa pequeña y acogedora y... —Bea ladea la cabeza—. Ahora que lo pienso, era una casa rosa. Todo estaba pintado de ese color: las puertas, las paredes... ¡Incluso el horno era rosa!

La mujer se echa a reír.

—Qué horterada —dice él—. No viviría en un sitio así ni aunque me pagaran por quedarme.

—Tampoco yo. No me gusta el rosa para una vivienda. Pero, por alguna razón, me gustaba la casa de mi sueño... No sé cómo explicarlo, pero allí me sentía a salvo. Era como si sólo yo conociese ese lugar, como si fuera... de mi propiedad.

—Ajá. Continúa.

—De modo que allí estaba yo, en mi casita rosa, horneando galletas. —Bea se palmea las rodillas—. Recuerdo haber echado un vistazo a la bandeja con los moldes antes de meterla dentro. Eran unas galletitas preciosas, Armando. Tenían forma de persona, como esos muñecos de jengibre con botones de caramelo que se hacen en Navidad. Pero los míos eran muy chiquitines, del tamaño de un dedo pulgar —dice Bea exhibiendo su propio pulgar—. Pues bien, metí las galletas en el horno y me puse a esperar. Resulta curioso: en el sueño tenía la certeza de haber seguido todos los pasos correctamente. La temperatura, el tiempo de cocción..., ya sabes. Sin embargo, cuál fue mi sorpresa cuando, al abrir el horno por fin, empezó a salir humo por todos lados. Saqué la bandeja y comprobé con gran pesar que mis galletitas se habían quemado...

—¿Se te quemaron? —Armando frunce el entrecejo—. Qué raro. A ti nunca se te quema nada, eres una excelente cocinera.

Bea le dedica una sonrisa torcida.

—Ya ves —dice en voz baja—. El horno las había reducido a unos feos montículos de carbón...

Armando retira su plato vacío. Coge uno limpio y se sirve tres tostadas. Unta la primera rebanada con mantequilla y mermelada de arándanos y le da un mordisco.

—¿Qué pasó luego?

Bea se remueve en el asiento.

—Bueno, a partir de aquí la cosa se pone un tanto extraña... Estoy recogiendo el estropicio del horno cuando oigo que alguien llama a la puerta. Me acerco a preguntar quién es. Me responde la voz de un varón: «Abra la puerta, señora», dice. «¿Quién es usted?», vuelvo a preguntar. «Señora, abra la puerta y déjeme pasar», exige la voz. «Oiga, no pienso abrirle. Dígame quién es y qué quiere de mí». «¿No es evidente? Vengo a hacer más galletas. Ahora ábrame». «¿Más galletas? Yo no quiero preparar más galletas. Tal vez decida volver a intentarlo mañana o pasado. Vuelva entonces». —Armando engulle la tostada sin despegar la vista de su mujer. Algunas migas se quedan atrapadas entre los pelos de su bigote—. «Ni hablar. Lo haremos en el acto. Y la insto a abrir la puerta voluntariamente; de lo contrario, entraré por mis propios medios».

Su marido suelta una carcajada; se atraganta con la comida, tose un poco y le da un sorbo al café para bajar el bocado.

—¡No te rías! —le regaña su esposa—. En ese momento, yo estaba aterrada.

—Oh, vamos, Bea. No era más que un burdo sueño...

—Para mí era muy real —dice ella con el gesto solemne y la mirada ausente—. Era tan real...

—¿Qué hiciste entonces? —inquire él, y se dispone a untar su segunda tostada.

—Aquel tipo comenzó a aporrear la puerta. Hubiese querido huir; pero, por algún motivo, no podía moverme. Estaba petrificada. Sólo podía quedarme quieta y ver cómo la puerta cedía ante los golpes de aquel... de aquel animal. Finalmente, los goznes se desprendieron y el invasor derribó la puerta.

—¿Cómo era él?

—Pues era... Tenía... —Bea sacude la cabeza—. Iba vestido entero de negro, como un ladrón. Hasta llevaba uno de esos pasamontañas para cubrir su rostro. «¡Usted no puede estar aquí!», le grité. «¡Esto es propiedad privada!». «Pues claro que puedo», repuso él. «Entérese, señora: su íntimo rincón también me pertenece, y puedo entrar y

salir de él cuando me plazca. Y ahora, ¡hagamos galletas!». Entonces me dio un empujón para hacerme a un lado y entró en la cocina. Y luego... luego... —Bea enmudece, incapaz de proseguir. Sus piernas tiemblan bajo la mesa.

—¿Qué pasa, Beatriz? —dice Armando—. ¿Quieres beber un poco de café? ¿Una tostada quizá? —Le ofrece su recién untada tercera rebanada.

—No, gracias, no tengo hambre —rehúsa ella—. Es sólo que... todo se vuelve tan oscuro, tan tétrico en adelante... Señor, qué horrible sueño...

—Vamos, vamos, Bea. Serena tus afectos y recomparte. Te hará bien acabar de contarlo.

Bea respira hondo y deja salir el aire por la boca. Después, dice:

—Tienes razón. Está bien, sigamos. ¿Dónde me había quedado?

—El tipo —dice él con la boca llena de pan—. Acababa de pasar a la cocina.

—Ah, sí, es verdad. Entonces yo ya podía moverme. Fui tras él para intentar detenerlo; pero fue en balde, porque era mucho más fuerte que yo y le bastó otro empujón para derribarme.

—¿Por qué tanta agresividad por unas galletas?

—Lo de las galletas era sólo una excusa para entrar en la casa —dice Bea—; en realidad, no tenía ninguna intención de hacer galletas.

—¿Qué quería, pues, ese señor?

—No lo sé —reconoce la esposa—. Algo oscuro, algo perverso... Verme sufrir, supongo.

—¿Qué te hace pensar eso? —Armando se limpia las comisuras de los labios con una servilleta—. ¿Hizo algo más después de... ya sabes, después de entrar en tu cocina?

—Él... creció. —Bea extiende los brazos a título ilustrativo—. Se situó en el centro de la cocina y empezó a crecer y crecer. A inflarse de forma descomunal, como si se tratase de un globo gigante. Recuerdo oírlo reír mientras crecía. Reía de un modo macabro y lascivo, como si... como si... como si disfrutara de lo que hacía. ¿Entiendes lo que digo?

—Bueno, no es fácil de imaginar —dice el marido.

—De cualquier manera, no tardó en llenar cada recoveco de la cocina, ¡y aún así siguió creciendo! Me tenía aprisionada contra la pared, dolorida y sin apenas poder respirar. Entonces... Oh, Dios, es una imagen tan espantosa...

—Continúa.

—Entonces, la estructura de mi casa no pudo aguantar más la presión y empezó a agrietarse. Y de las grietas comenzó a brotar... sangre. Sangre a borbotones. Yo estaba horrorizada, no paraba de chillar y de suplicarle que parara. Pero él no hacía más que reír y crecer y hacerme daño. Y cuando creía que ya no podía soportarlo más, sucedió lo más espantoso de todo, algo que todavía ahora, estando despierta, me provoca escalofríos y me pone la piel de gallina...

—Dilo de una vez, Beatriz.

A la mujer le sudan las palmas de las manos. Mira de soslayo a su marido antes de seguir hablando.

—El... ser... desplazó su cabeza hasta donde yo estaba, de manera que quedamos enfrentados cara a cara. De súbito, el pasamontañas que llevaba salió disparado, dejando su rostro al descubierto. —Bea hace una pausa. Se aprieta los dedos de las manos—. Era... era tu cara, Armando. Aquel despreciable ser tenía tu cara. —El hombre guarda silencio. Se inclina hacia delante y cruza los tobillos—. Me miraste... Me miró —se retracta— durante unos segundos más... Tenía los ojos casi blancos y una sonrisa enorme llena de espumarajos... Y luego... estalló. Fue una explosión ensordecedora que me provocó el despertar. Ahí acaba mi sueño. —Bea aguarda en silencio durante un largo minuto, pero su marido permanece callado, en actitud meditabunda, así que agrega—: ¿Qué opinas tú de todo esto?

Armando la mira por un instante. La pregunta parece sacarlo de su ensimismamiento. Estira los brazos y dice:

—Opino que no deberías comentar estos sueños con nadie más. —Se bebe el café de un trago rápido y se pone en pie—. Se hace tarde. Debo irme.

—Pero Armando —dice Bea cogiéndolo por la manga de la chaqueta—, ¿no crees que todo lo que te he contado podría tener un... significado?

—Lo dudo mucho. No es más que un sueño, un burdo e irracional producto de tu mente dormida. Si me aceptas un consejo, creo que deberías ocupar tus pensamientos en cosas más prácticas. Hoy, por ejemplo, es día de colada, ¿no? Toca cambiar las sábanas y airear el colchón.

Bea agacha la cabeza.

—Sí. Sí, hoy es día de colada.

—Perfecto —dice Armando—. ¿Ves? Ya tienes algo más útil en lo que pensar. Me marchó. Adiós.

Besa a su mujer en la mejilla y desaparece tras la puerta. El piso recupera el silencio de hace media hora atrás. Pero ya no salta la tostadora ni corre el agua por las tuberías. Ahora el silencio es absoluto.

Bea continúa sentada. Mira la silla vacía de Armando, y su plato vacío con la superficie recubierta de migas. Mira la taza con los posos del café. Se mira las manos. Le tiemblan. Se las mete bajo los muslos. Al cabo de unos minutos se las vuelve a mirar. Tiemblan menos, pero tiemblan aún. Resopla, se frota los ojos y se pone de pie. Friega y guarda los cacharros que ha usado Armando. Luego, cubre algunas tostadas con un plato y las deja en la mesa para más tarde.

Abre las persianas. Va al baño y orina. Toma una larga ducha. Una vez seca, se encamina hacia el dormitorio para hacer el cambio de sábanas. Retira las mantas con cuidado de que no rocen el suelo, las dobla y las deja en una silla. Está quitando la funda de su almohada cuando mira el colchón y repara en la mancha de sangre de la noche anterior. El rojo oscuro de la sangre seca contrasta con el verde pálido de la tela de las sábanas. Bea se queda petrificada, como en el sueño. Luego, cuando recupera el movimiento, extiende lentamente su mano hacia la mancha. La roza con las yemas de los dedos: está áspera. Aparta la mano y se la lleva a la boca. Los ojos se le llenan de lágrimas, y ella hace por contenerlas. El llanto asoma por su garganta y hace vibrar involuntariamente sus cuerdas vocales, y ella trata de reprimirlo. Las piernas hacen amago de fallarle, y ella intenta mantenerse en pie.

Se queda así, temblando, en un equilibrio precario y delicado. Se pregunta cuánto más podrá aguantar. Se pregunta si finalmente se quebrará y caerá de rodillas. Mientras tanto, el resto del edificio abandona el mundo de los sueños y las fantasías y retorna a la vigilia. Alcanza a oír la voz de la vecina del piso de arriba, que le refiere a su marido haber tenido una horrible pesadilla. «¿Pesadilla?», dice el marido. «¡El mundo real sí que es una pesadilla!», exclama entre carcajadas.

Bea solloza.

LEPTOSPIROSIS

Cuando Margo entra por la puerta de la cocina lista para irse a trabajar, Gonzalo todavía lleva puesta la bata y está untando la mantequilla en sus tostadas.

—Anoche estuviste genial, querido —le comenta. Envuelve una manzana en papel de aluminio y se la echa al bolso—. Cuando vuelva querré repetir, no te quepa duda. —Le guiña un ojo y se despide.

A sus cincuenta y dos años, Margo ha experimentado un poderoso resurgir de su libido. Gonzalo lleva varias noches intentando aplacar el apetito de su esposa, si bien ella nunca parece tener suficiente.

Añade un poco de mermelada a su desayuno y le da un mordisco a una de las rebanadas; pero enseguida agarra una servilleta y escupe el bocado: el pan se ha tostado demasiado y tiene un sabor amargo.

—El menú completo, por favor. —Cuando no hay ganas de cocinar, Gonzalo suele acudir al kebab de la esquina de su edificio—. Con patatas *deluxe* y una lata de cerveza.

Al cabo de unos minutos, el dependiente le entrega el pedido en una bolsa. Paga al joven en efectivo y sube la comida al piso. Se acomoda en el salón, saca la cerveza de la bolsa y le da un amplio trago. Le llama la atención un detalle: en la hendidura de la lata hay posos de una especie de líquido amarillento. Se acerca la lata a las fosas nasales y lo olisquea. Luego le da otro trago. Deja la cerveza sobre el posavasos y se mete una patata en la boca. Mientras mastica, mira de soslayo la cerveza. La coge de nuevo. La observa. Vuelve a soltarla. Va al despacho a por su portátil. Se lo pone en el regazo y teclea «pis de rata» en el buscador a la vez que da cuenta de algunas patatas más.

No tarda en toparse con una palabreja: leptospirosis. «Enfermedad zoonótica bacteriana que se contrae por contacto directo o indirecto con la orina de animales infectados, especialmente roedores», pone en internet. «Suele producir fiebre, cefalea, escalofríos, vómitos, ictericia, anemia y/o erupción. En algunos casos, puede adoptar

formas asintomáticas. Si no recibe tratamiento, puede ocasionar daño renal severo o incluso la propia muerte». Desvía la mirada hacia la lata. La olfatea una última vez. Continúa informándose: «Aunque no existen datos concluyentes al respecto, algunos estudios minoritarios señalan el contacto sexual como posible vía de contagio».

Un rato después, Gonzalo baja la tapa del ordenador y engulle con avidez el resto de su almuerzo.

Margo regresa de trabajar a las nueve menos cuarto. Encuentra a Gonzalo en el salón, viendo las noticias de la tarde. Suelta el bolso y el abrigo, se sienta sobre su marido y comienza a besarle los labios. Gonzalo corresponde los primeros besos; pero la interrumpe cuando ella se adentra en su cuello.

—Cariño. Tenemos que hablar —dice—. Estoy preocupado. Creo que podría haber bebido de una lata contaminada.

—¿Qué? ¿Una lata?

—Sí. —Gonzalo compone una mueca—. Perdona, ¿te importa levantarte? Es que... las rodillas... Gracias. Verás —dice, y se aclara la voz—, hoy he ido a almorzar al kebab de abajo de casa. Cuando he terminado de comer, me he percatado de que había algo raro en la lata de cerveza... Eran como restos de un líquido amarillo y pestilente. He estado investigando. ¿Sabes lo que es la leptospirosis? —Margo se encoge de hombros.

—Ilumíname —dice.

—Pues es una enfermedad que transmite la orina de roedor. —Gonzalo se inclina hacia delante—. Margo, ¿sabes cuántos estadounidenses la contraen al año a causa de las latas de refresco? Al parecer, no es infrecuente que las ratas de los almacenes hagan sus necesidades sobre las existencias —dice torciendo el gesto—. Supongo que los comerciantes tampoco comprueban las mercancías como Dios manda...

—Gonzalo, ¿qué pretendes decirme? ¿Lo dices porque quieres que vayamos a ver a tu médico?

—¿Al médico? No, no podemos ir a mi médico. Ya sabes cómo es. Me diría que soy demasiado aprensivo. No, yo... Mira, Margo, no quiero contagiarte nada. He leído que también puede pillarse por... Bueno, ya sabes, en la cama.

—En la cama.

—Sí. —Gonzalo resopla—. ¿Te importaría..., no sé..., te importaría que esperásemos unos días? No creo que tenga nada, es sólo por asegurarnos. Ya sabes, por precaución.

—Por precaución.

—Sí.

—Vale. Esperaremos. ¿Cuánto?

—Veinte días. Por lo menos veinte días.

—Veinte días —repite Margo. Asiente con la cabeza, sale de la habitación y se mete en la ducha.

Gonzalo apaga el televisor. Ya se han dado todas las noticias de la tarde.

Ha pasado algo más de una semana desde que decidieron tomarse un descanso. Están echando *Instinto básico* por el canal público. El matrimonio acaba de terminar de cenar y la está viendo. Cada vez que Sharon Stone ha mostrado los senos o alguna otra zona íntima, Gonzalo ha tenido que agarrar un cojín y ponérselo con disimulo sobre la entrepierna.

Mira de reojo a Margo: su mujer tiene las mejillas encendidas y los pezones erectos por debajo del camisón. Mueve a un lado el cojín, que ya no le hace falta. Se levanta y se dirige a la cocina para servirse un vaso de *whisky* con hielo. Los cubitos emiten pequeños crujidos al entrar en contacto con el alcohol. Desde allí oye la pegajosa voz de Wayne Knight interrogando a la sospechosa. Regresa al salón con la bebida y vuelve a sentarse junto a Margo.

—¿A ti no te pone cachondo esta película? —inquire ella. Y acto seguido coloca la mano en el pene de su esposo. Éste, desprevenido, da un brinco que provoca que parte del contenido del vaso vaya a parar al sofá.

—¡Narices, Margo! —exclama Gonzalo—. ¿Quieres hacer el favor de no darme esos sustos? Dios, mira la que has montado... Además, ¿qué hay de lo que habíamos acordado? ¿Acaso lo has olvidado ya?

—¡Oh, vamos, Gonzalo! —dice Margo haciendo un aspaviento—. Han pasado varios días y estás perfectamente. Y sé por ese cojín que no paras de pasear que tú también estás excitado. Así que, dime, ¿cuál es el problema?

—No. No, Margo. —Gonzalo sacude las manos—. Las cosas no funcionan así. Me lo prometiste. Me diste tu palabra de que no haríamos nada hasta pasados veinte días.

—Empiezo a pensar que eres tú el que no quiere que hagamos nada —dice Margo con tono airado. Luego, abandona el salón de malos modos y se encamina hacia el dormitorio. Una vez allí, retira la colcha de un tirón, apaga las luces y se mete en la cama.

Gonzalo deja pasar un buen rato antes de acostarse.

En la televisión, Michael Douglas comparte un momento de lo más picante con la actriz de reparto principal. Gonzalo contempla la escena distraídamente. Entretanto, se mete uno de los hielos en la boca y juega con él hasta reducirlo al tamaño de un copo de nieve. Cuando Douglas llega al clímax, apaga el televisor y se va a dormir también.

Margo se está cepillando los dientes. Mientras, Gonzalo navega por internet desde la cama. El reloj digital de la mesilla marca las 22:25. Mañana se cumplen veinte días desde lo del incidente con la lata. Gonzalo se ajusta las gafas al caballete de la nariz. Escucha cómo su mujer escupe en dos veces la espuma del dentífrico. Después bebe un poco de agua y hace gárgaras.

—Esto... ¿Cariño? —dice Margo cuando sale del baño. Gonzalo baja un poco la tapa del ordenador y se vuelve hacia ella—. Sólo quería decirte que..., bueno, que lamento haber estado un poco brusca estos días atrás. Creo que no he sabido llevar muy bien esto de la abstinencia.

—Ya, bueno —dice él—. En fin, olvídalo, Margo. No pasa nada.

—¿Seguro? Sé que he sido muy injusta. Sé que sólo querías protegerme.

—Margo. —Posa una mano en el hombro de su esposa—. En serio, no le des más vueltas. Confía en mí: ya está olvidado. —Al ver que ella no reacciona, trata de esbozar una sonrisa.

—Eres demasiado bueno —dice al fin—. Gracias, Gonzalo. Eres un cielo.

—Anda ya, mujer. No digas bobadas. —Gonzalo reanuda su actividad informática. Minimiza la ventana que estaba utilizando y abre una nueva.

—Oye.

—¿Sí?

—Mañana ya habrán pasado los veinte días.

—Cierto. Muy cierto —dice él.

Margo se le acerca un poco.

—Estoy deseando que lo retomemos —le susurra al oído—. Echo de menos a mi fiera.

—También yo estoy impaciente, querida —dice Gonzalo mientras modifica los patrones de búsqueda del navegador.

Ella se sonríe como una colegiala y le da un beso fugaz en los labios. Entonces se da la vuelta y se echa a dormir. Unos minutos después ya ronca sonoramente.

Gonzalo cierra la ventana que está usando y amplía la anterior. Vuelve a introducir palabras en el buscador. «Todo lo que necesitas saber sobre enfermedades de transmisión sexual», reza la cabecera de la web en la que acaba de clicar. A continuación hay una lista con nombres de diversas infecciones. Gonzalo se detiene en una: «Virus del papiloma humano». Lee con atención lo que dice la web al respecto. «Puede contagiarse en baños, piscinas y saunas». Él suele visitar un par de veces por semana la taberna de enfrente. El dueño del local no suele poner mucho ahínco a la hora de higienizar los servicios, y él alguna vez, por cuestiones de fuerza mayor, ha tenido que hacer uso de ellos. Continúa buscando información sobre el virus del papiloma humano.

La luz de su mesilla permanece prendida hasta bien entrada la noche.

Sorprendentemente, se desvela antes que Margo a la mañana siguiente. Se incorpora, se echa la bata por encima y se va a la cocina sobre sus babuchas. Prepara un poco de café y pone a tostar pan. Luego, recubre las rebanadas con mantequilla y agrega un poco de mermelada. Vierte el café en una taza y lo dispone todo en una bandeja.

—¿Gonzalo? —Oye la voz de Margo desde el dormitorio. No parece demasiado soñolienta—. ¿Dónde andas, amor?

—Estoy en la cocina, cielo. Justo iba a empezar a desayunar.

—¿Por qué no te pasas un segundo por la habitación? Te prometo que no te entretengo.

Gonzalo suspira.

—Voy. Ya voy —dice.

Contempla las tostadas con anhelo. Le da un mordisco a una antes de irse. Entonces, sin previo aviso, escupe el bocado al aire, que va a parar, en forma de pequeños perdigones, sobre la superficie de la tostadora. Corta un pedazo de papel de cocina y se restriega la lengua con él. Otra vez se le han vuelto a quemar las tostadas. Otra vez tiene en la boca ese resabio amargo. Maldice por lo bajo, se enjuaga con un poco de agua y se va a ver a Margo con el sabor amargo aún en el paladar.

ESOS QUINCE MINUTOS QUE PASO A OSCURAS EN EL GARAJE

Estoy en el garaje. Acabo de terminar de aparcar. Se trata de un espacio colectivo —deprimente, polvoriento y con alguna que otra rata— que compartimos los inquilinos del edificio y dos o tres vecinos de la zona. A esta hora, sin embargo, nadie suele bajar a por el coche ni entrar a estacionarlo; lo sé porque últimamente paso mucho tiempo aquí abajo, al igual que también sé que la luz está a punto de apagarse... Se apaga. Inclino el asiento hacia atrás y me recuesto con los ojos cerrados. Me quedo así un rato; transcurren, por lo menos, un centenar de misisipis. Luego, vuelvo a incorporarme y acciono la luz del interior del vehículo. Extraigo un desgastado cuadernito de la guantera. Me palpo los bolsillos del pantalón en busca de un bolígrafo; lo encuentro en el izquierdo. Abro el cuaderno y contemplo lo último que he escrito. No es más que un breve título: «Mi huerto». Destapo el bolígrafo y escribo lo siguiente: «Algún día, tendré mi propio huerto. Plantaré verduras, legumbres, frutas y cereales». Al lado del texto, dibujo un par de patatas, tres zanahorias y una papaya. La papaya es, junto con el mango, mi fruta preferida. Cierro el cuaderno y lo devuelvo al interior de la guantera. Después cojo mi riñonera del asiento del copiloto y saco una bolsita a medio acabar de anacardos crudos y sin sal. Apago la luz. Termino de comerme los frutos secos en la oscuridad del garaje. Los mastico despacio. Los ensalivo a conciencia. Tardo alrededor de cuatro centenares de misisipis. Calculo que, en total, llevaré un cuarto de hora aquí abajo. Sigue sin haber un alma. Doy un par de largos y estridentes bocinazos con el claxon. Antes de abandonar el coche y subir al piso, guardo el cuaderno en la riñonera.

Introduzco la llave en la cerradura y la hago girar. De no ser por la televisión, el piso estaría completamente en silencio. Mi mujer, María José, está en el salón viendo una de sus telenovelas.

—Buenas tardes, María José —digo.

—Hola, Francis —contesta ella sin apartar la vista de la pantalla. Su voz es débil, apenas audible. Sólo habla así cuando yo estoy cerca.

En los últimos tres meses, nuestra comunicación ha involucionado a ese par de frases cordiales. Todo comenzó con mis visitas a la consulta de naturopatía de mi médico y amigo Antonio. Llevaba años sintiéndome mal, enfermo, y por muchos especialistas a los que acudiera, la medicina tradicional no era capaz de diagnosticar mi problema. Antonio fue el único que lo logró. Por medio de un minucioso análisis de las manchas de mi iris, me diagnosticó fiebre intestinal. María José, que es enfermera, dice que jamás ha oído hablar de algo así, y tiene serias dudas de que los procedimientos de Antonio estén respaldados por la ciencia. Pero la cuestión es que, a raíz de seguir su tratamiento, he empezado a mejorar de manera notoria. Antonio me ha recetado empezar una dieta ovolactovegetariana, crudívora en su mayor parte. Asimismo, me ha explicado los beneficios de ducharse con agua fría (según él, el agua a altas temperaturas puede ser muy perjudicial para las neuronas) y de andar descalzo de vez en cuando. Unas dos veces por semana me practica sesiones de acupuntura. Nunca me había sentido tan saludable. Sin embargo, María José no ve con buenos ojos nada de lo que hago. Desaprueba mi alimentación, tacha de peligrosos mis hábitos y desacredita a Antonio cada vez que se le presenta la oportunidad. Ella cree que no es más que un farsante que ambiciona mi dinero. Con tal de ayudarla a superar esos prejuicios, le he propuesto presentárselo en más de una ocasión; pero se niega en rotundo a conocerlo. En consecuencia, discutimos a menudo, apenas nos hablamos y, por supuesto, hemos dejado de hacer el amor. Javi y Dani preguntan frecuentemente cuándo vamos a solucionar lo que nos pasa. Uno tiene doce años y el otro, siete. Tarde o temprano, ellos esperan una reconciliación.

Suelto las cosas y me dirijo a la cocina, ubicada frente al salón. Cojo la batidora y saco del frigorífico los ingredientes necesarios para preparar gazpacho. Los echo en el recipiente y empiezo a batir. María José se acerca:

—Ventila cuando termines; el ajo apesta —dice antes de cerrarme la puerta y poner otros cinco centímetros de madera entre nosotros.

—Descuida —digo, aunque sé que ya no me oye.

El gazpacho está listo. Lo vierto en un vaso y me lo llevo al despacho. Vuelvo al salón a por mi cuaderno. Ninguno de los dos dice nada. Regreso al despacho. Cierro. Le

doy un sorbo al vaso. Lo degusto. Abro el cuaderno. Leo lo que había escrito: «Algún día, tendré mi propio huerto. Plantaré verduras, legumbres, frutas y cereales». Y añado: «Frente a los cultivos, yo mismo erigiré una cabaña de madera. Sencilla, rural..., para poder llevar una vida lo más natural posible». Cierro el cuaderno. Le doy otro sorbo al gazpacho. Me recuesto y dejo descansar los párpados. Cuento: un misisipi, dos misisipis, tres misisipis... El sueño no tarda en llegar.

Estoy subiendo las escaleras del edificio; vengo del garaje, donde acabo de pasar mis rutinarios quince minutos a oscuras y en silencio. También he dado un par de bocinazos, como de costumbre. Hoy he contado treinta y un misisipis antes de que la luz se apagase. Normalmente, se desconecta al trigésimo misisipi. Es la primera vez que la cuenta me falla...

Ya estoy arriba. Introduzco la llave en la cerradura y la hago girar. Nada más entrar, me llega el inconfundible olor de la muerte: María José está friendo carne. Procuro no hacer ruido y cuelgo las llaves en el llavero del recibidor. Me paro un segundo a observar el motivo de su superficie: una pareja de patos nadando apaciblemente. La sartén chisporrotea desde la cocina. Paso los dedos por encima del llavero y acaricio brevemente a ese par de patos bidimensionales. Oigo más chispazos de aceite hirviendo.

—Deberías controlar ese fuego. —María José da un pequeño respingo. Se gira, reparando en mi presencia, y vuelve a darme la espalda—. Podrías quemarte...

—Está controlado, Francis. —Voz débil, inaudible.

Suelto las cosas. Miro el reloj: las tres menos cuarto. Los niños suelen llegar sobre y cuarto. Todavía hay tiempo.

—¿No comisteis carne anteayer? —pregunto. María José continúa cocinando sin reaccionar, así que añado—: Deberíais restringir un poco vuestra ingesta de productos cárnicos; en exceso, pueden resultar muy dañinos para el organismo. Hay estudios que relacionan el cáncer con...

—Francis —me interrumpe ella—, tú come lo que quieras; pero haz el favor de no decirnos a los demás lo que tenemos que comer.

—Sólo digo que los niños...

—... necesitan proteínas —dice cortándome por segunda vez—. Sé lo que les conviene. Soy enfermera. Tengo un título que lo certifica y que, por cierto, no me han dado en ninguna tómbola.

—Yo no he dicho en ningún momento que...

En la sartén, una enorme burbuja aceitosa explota con tanta fuerza que alcanza a salpicar la campana extractora.

—Tengo que atender el fuego —zanja ella. Y con voz débil, inaudible, agrega—: O me reprocharás que no lo hago...

Abandono la cocina y salgo al pasillo en dirección al despacho. A medio camino, no obstante, me detengo y retrocedo hasta María José.

—¿Hasta cuándo vamos a estar así? —Mi tono es suave, muy suave.

Ella tensa la espalda. Apoya su mano libre sobre el mármol de la encimera. Titubea un poco antes de responder, indecisa:

—No eres el hombre con el que me casé. —Trémula su voz, firmes sus palabras.

Guardo silencio durante varios misisipis. El burbujeo de la sartén se ha aplacado. Al final, me marcho sin decir nada. Cierro la puerta del despacho. Abro la tapa del cuaderno. Leo lo que había escrito antes: «Algún día, tendré mi propio huerto. Plantaré verduras, legumbres, frutas y cereales. Frente a los cultivos, yo mismo erigiré una cabaña de madera. Sencilla, rural..., para poder llevar una vida lo más natural posible». Y añadido: «Ésa es la vida que deseo, la del hombre autosuficiente, que a todo el mundo quiere pero a nadie necesita... La del hijo pródigo que se reencuentra con la Madre Naturaleza..., que vuelve a las raíces de la vida misma».

Otra vez estoy en el garaje. Empiezo a contar: un misisipi, dos misisipis... Cuando llego al trigésimo y observo que no sucede nada, aprieto las manos alrededor del volante. Treinta y uno. Nada. Treinta y dos. La luz se apaga. Golpeo con fuerza el volante, que emite un inesperado bocinazo. Miro al techo, respiro hondo. Oprimo el volante otras dos veces, con violencia, y grito una maldición. Doy un puñetazo en el techo y le propino una patada a los pedales. Después empiezo a tocar la bocina frenéticamente y sin razón a la par que profiero juramentos contra el matrimonio y suelto tacos. De pronto, la luz se enciende. Doy un respingo en el asiento y salgo del vehículo rápidamente. Es un vecino que viene a por su coche.

—Muy buenas, Fran —me saluda—. ¿Qué tal con...?

—Estaba tratando de espantar a una rata —me justifico, aun cuando él no me ha pedido ninguna explicación—. Hay muchas. Deberíamos hacer algo.

Y me encamino hacia la salida sin perder un segundo, dejándole con la palabra en la boca.

Miro al techo, respiro hondo. Introduzco la llave en la cerradura y la hago girar. Entro. Suelto las cosas. María José está almorzando en el salón. Esta vez no ha encendido la tele. Le pongo la mano sobre el hombro antes de empezar a hablar:

—No estamos bien. Hace mucho que no lo estamos. Tú quieres que cambie; pero yo no puedo dejar de ser lo que soy por nada ni por nadie. En esta casa ya no se respira paz; de hecho, la única paz que yo tengo son esos quince minutos que paso a oscuras en el garaje. Esto no es bueno para nadie. Ni para ti, ni para mí. Y mucho menos para los niños. Si no podemos estar juntos, lo mejor será que no lo estemos.

María José no dice nada. La cucharada de garbanzos que estaba a punto de meterse en la boca se ha quedado suspendida en el aire, como si alguien hubiese congelado la imagen. Retiro la mano de su hombro y salgo de la habitación. Me voy al despacho. Tomo asiento. Dispongo mi cuaderno sobre el escritorio y leo lo que llevo escrito: «Algún día, tendré mi propio huerto. Plantaré verduras, legumbres, frutas y cereales. Frente a los cultivos, yo mismo erigiré una cabaña de madera. Sencilla, rural..., para poder llevar una vida lo más natural posible. Ésa es la vida que deseo, la del hombre autosuficiente, que a todo el mundo quiere pero a nadie necesita... La del hijo pródigo que se reencuentra con la Madre Naturaleza..., que vuelve a las raíces de la vida misma». Añado: «Eso que muchos considerarán soledad para mí es libertad. ¿Y mi compañía? Nada más y nada menos que el milagro de la Creación».

He olvidado cerrar la puerta. Oigo el sonido metálico de la cuchara al caer por fin en el plato. María José se levanta. Despacio. Sale del salón. Despacio. Entra en el dormitorio y cierra la puerta. El piso se queda en silencio durante veinticinco misisipis. Luego, se empiezan a escuchar unos sollozos débiles —como su voz cuando se dirige a mí— provenientes del dormitorio. Una respiración agitada... María José sorbiendo los mocos producto de la llantina. Me pongo en pie. Me detengo en el umbral de la puerta

del despacho. Aguardo once misisipis exactos... Lentamente, deslizo la puerta hasta cerrarla. Ahora son diez los centímetros de madera que nos separan.

Al día siguiente, decido prescindir de mi cuarto de hora en el garaje, así que, cuando termino de aparcar, subo directamente al piso. Introduzco la llave en la cerradura y la hago girar. María José está sentada en el sofá. Tiene puesta una de sus telenovelas, aunque no parece estar prestándole mucha atención.

—Buenas tardes —digo.

—Hola —contesta sin mirar.

Le echo un vistazo a la pareja de patos del llavero: uno es de color azul y verde; el otro, rojo y amarillo. Me voy al despacho. Dejo la puerta entrecerrada. Saco el cuaderno. Leo el texto: «Algún día, tendré mi propio huerto. Plantaré verduras, legumbres, frutas y cereales. Frente a los cultivos, yo mismo erigiré una cabaña de madera. Sencilla, rural..., para poder llevar una vida lo más natural posible. Ésa es la vida que deseo, la del hombre autosuficiente, que a todo el mundo quiere pero a nadie necesita... La del hijo pródigo que se reencuentra con la Madre Naturaleza..., que vuelve a las raíces de la vida misma. Eso que muchos considerarán soledad para mí es libertad. ¿Y mi compañía? Nada más y nada menos que el milagro de la Creación».

Estoy a punto de añadir un par de frases nuevas cuando oigo que alguien llama al porterillo. María José se levanta a atenderlo. Son los niños. Miro el reloj: las tres en punto. Hoy llegan temprano.

María José los llama desde el salón en cuanto entran por la puerta. Hablan en voz baja; no consigo escuchar lo que están diciendo, así que empiezo a contar: un misisipi, dos misisipis, tres misisipis... Se llevan así un buen rato. Alcanzo a contar hasta tres centenas de misisipis. Luego, la conversación cesa. El piso se queda en silencio. Un misisipi, dos misisipis, tres misisipis. Un sollozo. Alguien respira rápida y entrecortadamente. Se suma un segundo sollozo y, al poco, el tercero. Me quedo inmóvil, con el boli suspendido en el aire, como si alguien hubiese oprimido el botón de pausa. Ciento ochenta misisipis después, abandono ese estado de enajenación y me pongo en pie de un salto. Salgo al pasillo con determinación; pero, a medio camino, me percató de que aún tengo el bolígrafo en la mano. Regreso al despacho para soltarlo.

Antes de irme, contemplo el cuaderno abierto de par en par sobre la mesa... Me inclino y subrayo las dos primeras palabras del texto.

«Algún día».

JAULAS

Jacinto está viendo un partido de fútbol que televisan en el canal público. Oye sonar el porterillo. Agarra el bastón, que previamente había apoyado en la esquina junto a su butaca, y se levanta con dificultad y una mueca de dolor. Cuando llega al telefonillo pregunta quién es. Es Belén, su hija. Le abre. Deja la puerta entreabierta para que pueda pasar y regresa a la salita.

Un minuto después, Belén entra en la salita sacudiendo su abrigo.

—¿Qué pasa, papá? —dice a modo de saludo. Jacinto la saluda también—. ¿Cómo sigues con la cadera? ¿Te duele?

Jacinto compone otra mueca.

—¿No han venido Manuel ni el niño? —inquire.

—Qué va. Le han mandado tareas; Manuel se ha quedado para echarle una mano.

Jacinto asiente. Devuelve la mirada al partido. Belén se mordisqueea un padastro. Aún tiene el abrigo entre los brazos.

—Oye, papá... —Jacinto vuelve la cabeza hacia ella—. En realidad, quería aprovechar para hablar contigo de una cosa...

—Claro. Dime. —Baja el volumen del televisor.

—Verás... —dice Belén—. Es sobre... Hugo.

Jacinto parpadea.

—¿Qué le pasa al niño? —dice.

—No, al niño no le pasa nada... O sea, el niño... —Belén se aprieta el entrecejo con el pulgar y el índice—. A ver, papá, el niño *ahora* es la niña. ¿Lo... lo entiendes?

Jacinto frunce el ceño.

—No. ¿Qué quieres decir?

Belén resopla y se deja caer hacia atrás. Se queda mirando el techo por unos instantes.

—A ver, papá, lo que quiero decir es que Hugo ahora se llama Laura, y que no es un niño, sino una niña. Tendrás... tendrás que acostumbrarte a tratarla en femenino. Y, por favor, no olvides llamarla Laura; se molesta mucho cuando usan el otro nombre.

—Pero... pero ¿eso cómo va a ser? —Jacinto alza un poco la voz—. Tiene pene... Y testículos. Pene y testículos... Los tiene, ¿verdad?

Belén se remueve en el asiento.

—Papá, esto... esto no es una cuestión de genitales. Laura lleva mucho tiempo sintiéndose mujer. Al principio, Manuel y yo pensamos que sería alguna tontería de críos y que se le pasaría. Pero tuvimos que informarnos, papá, cuando vimos que no lo era, que insistía. Y es... es bastante normal, al parecer.

—¿Normal? ¿Cómo va a ser eso normal? Ana Belén, escúchame bien: tiene cuatro años. Los críos de cuatro años tienen esa clase de ideas. Hoy quiere ser mujer, pero ¿y mañana? ¿Y si mañana decide que quiere alistarse en el ejército? ¿También se lo vais a consentir?

—Papá, no es lo mismo en absoluto. Este tema está documentado. De hecho, incluso hemos ido a hablar con un psicólogo. ¿Y sabes qué nos ha dicho? Nos ha dicho que sería contraproducente coartar su libertad de expresión. Que podría tener trastornos de identidad en el futuro si nos emperramos en decirle que es un niño.

—Ah, bien. Si lo ha dicho el loquero, entonces estupendo, no hay problema. —Jacinto se inclina hacia delante—. Supongo que el tal Freud también os habrá prevenido de las burlas y conflictos que eso va a ocasionarle en el colegio...

—Por raro que pueda parecer, los niños suelen ser muy tolerantes con este tipo de cosas. Somos los adultos quienes les metemos nuestros prejuicios en la cabeza...

—Así que a partir de ahora lo vestiréis con ropa de niña y le regalaréis muñecas por Reyes...

Belén deja escapar un suspiro.

—Mira, papá, yo sé que tienes una edad y la cabeza amueblada como los de tu generación. Por eso mismo no te pido que lo comprendas, sólo que lo respetes. Y ya que te interesas por los Reyes, sí, vamos a comprarle lo que nos pida. Y esto —saca un recorte de revista de juguetes del bolso— es lo que Laura ha dicho que quiere que le traigan en casa de su abuelo.

Jacinto observa el recorte: se trata de una enorme cabeza de muñeca, con una larga melena rubia y diversos accesorios de peluquería para ensayar peinados. También incluye un pequeño kit de maquillaje.

—Yo... —dice Jacinto—. No sé si puedo participar en todo esto.

—Quédate el recorte de todos modos, por si cambias de opinión. —Belén se enfunda el abrigo y se pone en pie—. En fin, papá. Me marcho ya. Por favor, el 25 cuando vengamos a comer, tú... no la llames Hugo, ¿vale? O no le digas nada si lo prefieres. —Se da la vuelta y hace amago de irse, pero se detiene—. A mí también me costó asumirlo al principio, ¿sabes? Pero luego pensé: «Niño, niña... ¿Qué más da? Lo importante es que sea feliz». Y lo mantengo. Su sexo era una jaula para ella, papá. Ahora ha salido y ni siquiera parece la misma persona. Está más sociable que nunca, ha perdido esa seriedad y timidez que tenía, es... feliz —dice.

Y se va.

Esa noche, Jacinto no consigue pegar ojo.

El 25 de diciembre, todos almuerzan en casa de Jacinto. Belén y Manuel se han sentado a ambos lados de Laura, que se ha puesto una falda azul y una diadema con orejas de gato, y se ha pintado de rojo las uñas para la ocasión. Jacinto la mira mientras mastica un trozo de calamar relleno. Tal como dijo Belén, la niña no para de sonreír e interactuar con la gente. Jacinto traga el bocado. Después, se sirve otro pedazo más de calamar.

Tras tomar el postre, los comensales empiezan a recoger y fregar los cacharros de la mesa. Jacinto se pone una copa de vino y se va a la salita a hacer la digestión. Al llegar, ve que Laura se ha dejado en la mesa una de sus muñecas. La coge por las piernas, la examina, la vuelve a dejar donde estaba y suelta un bufido.

Al poco rato, Laura irrumpe corriendo en la salita para recuperar su juguete. Jacinto aprovecha la ocasión y la toma del brazo:

—Hugo —dice—, ¿tú por qué dices que eres una niña? ¿Tú no quieres ser un machote y un campeón como tus primos?

La niña se le queda mirando con el ceño fruncido.

—Yo no me llamo Hugo. Yo soy Laura —responde con gesto irritado.

—Pero vamos a ver, Hugo... —empieza Jacinto, pero Laura lo interrumpe:

—¡Yo no me llamo Hugo! ¡Yo soy Laura! —chilla. Se zafa de él y se aleja corriendo.

Jacinto se deja caer en la butaca. Permanece en silencio con la mirada perdida hasta que llega Mari, hermana de Belén e hija suya.

—Anda, papá... Anda que vaya tela —dice.

Jacinto la mira, pero no contesta. Mari coge su abrigo y se marcha sin despedirse. De hecho, nadie aparece por la salita para despedirse de él ese día.

—... y entonces lo cogí por el brazo y le dije lo que os he dicho —dice Jacinto. Está en un bar de adultos con otros dos jubilados, Marcelo y Teodoro. El establecimiento es de madera oscura, queda justo abajo de su casa y tiene muy barata la cerveza.

—¿Y qué te dijo él? —pregunta Marcelo.

—Sí, eso, ¿qué dijo? —se suma Teodoro al tiempo que da un trago a su bebida.

—Pues la cuestión es que me dejó bastante sorprendido. —Jacinto pasa las yemas de los dedos por las gotas adheridas al cristal de la jarra—. Me dijo que su nombre era Laura. Pero lo dijo muy serio y mirándome muy fijamente, casi como si estuviera decepcionado conmigo. No sé, me quedé perplejo al ver tanta convicción en una criatura tan pequeña...

—Oh, vamos, Jacin. —Teodoro le da una palmada en la espalda a su amigo—. No te nos vayas a ablandar. No es más que un niño, no sabe lo que quiere...

—¡Otra por aquí, jefe! —dice Marcelo dirigiéndose al camarero.

—Sí, sí, ya sé que sólo es un niño. —Jacinto sacude la cabeza—. Pero... no he podido evitar quedarme pensando en lo que dijo Belén. Al final, se trata de que el crío sea feliz, ¿no?

Sus amigos lo observan sin decir nada. Luego, Marcelo rompe el silencio:

—A ver, compadre, no te lo tomes a mal, pero... Es decir, claro que quiero que mis nietos sean felices; pero tampoco quisiera tener por nieto a un transformista en miniatura, no sé si me entiendes... Eso... Eso me daría repelús. —Marcelo finge un temblor.

Teodoro se echa a reír enérgicamente ante la ocurrencia de Marcelo.

—Un transformista... —dice, y vuelve a partirse de la risa.

—Creo que no estáis entendiendo nada... —murmura Jacinto cabizbajo.

—¿Qué? ¡Pues claro que te entendemos, Jacin! ¿A que sí, Teo? —Teodoro asiente, solemne—. Lo único que queremos decir es que nos parece un disparate toda la cancha

que se le está dando al antojo de un niño chico. En nuestros tiempos, decíamos una tontería así, nos largaban dos hostias y, ea, a correr. Ay..., la de cosas que podían curar dos buenas hostias dadas a tiempo...

Jacinto levanta la cabeza.

—Eres un animal. Yo no creo que esto sea una cuestión de disciplina. El niño, o la niña, tiene dos padres excelentes que se han encargado de que reciba una educación exquisita.

—¿Tú crees? ¿Y entonces por qué te levantó la voz el otro día cuando fuiste a hablarle? —replica Marcelo apuntándole con la jarra.

—Bueno, puede que estuviera...

Marcelo interrumpe sus palabras con un aspaviento. Teodoro pide más cerveza al camarero.

—Mira, Jacin, lo que yo te diga. Ese criajo tan sólo necesita que alguien lo ponga en su lugar. Y si alguien no toma cartas en el asunto de inmediato, mucho me temo que conseguirá avergonzaros cuando lo lleven al colegio disfrazado de travesti...

—Eh. —Jacinto aprieta el asa de su jarra—. No te pases, es mi nieto.

Marcelo levanta las manos en señal de excusa.

—Sólo me remito a los hechos —dice—. No pretendía ofender —dice.

—Vamos, vamos, no os peleéis —interviene Teodoro—. Pidamos unas aceitunas...

—No —dice Jacinto—. Yo ya he tenido bastante.

Pone un billete en la barra con más fuerza de la necesaria y sale del bar.

Cuando llega al piso, no se quita el chaquetón ni las gafas de sol. Va hasta la salita. Empieza a abrir cajones y a revisar su contenido hasta que da con el recorte de la revista de juguetes que le había dado Belén. Se lo mete en el bolsillo y vuelve a salir a la calle.

Encuentra una juguetería a unas pocas manzanas; pero el dependiente le hace saber que han agotado las existencias del producto que solicita. Así que busca otra juguetería. Le cuesta un par de intentos más; pero al final halla una tienda que todavía dispone de la muñeca. Compra eso y un rollo de papel de regalo. Da las gracias y emprende el camino de regreso.

Una vez de vuelta en el hogar, se pone cómodo, en bata y con zapatillas. Coge fiso y tijeras, y comienza a envolver el regalo. Cuando termina, corta un pedazo de papel adhesivo y escribe: «Para Laura, de parte de su abuelo». Y lo pega en el regalo, justo en

el centro. Pero al momento rectifica, quita la pegatina y la destruye. Corta otro pedazo y vuelve a escribir: «Para Laura, de parte de...». Se da unos toques en el labio inferior con el capuchón del rotulador. Mira de soslayo el teléfono, gruñe y sacude la cabeza. Vuelve a coger el rotulador y escribe lo siguiente: «Para Laura, de parte de su Rey Mago favorito». Pone la pegatina y contempla el resultado final. Esboza una sonrisa.

Guarda el regalo para Laura en el ropero de su dormitorio.

Un rato después, se calza de nuevo. Despega la lista de la compra de la puerta imantada del refrigerador, coge un par de bolsas de papel y sale de casa.

Por el camino, vuelve a pasar frente al bar donde dejó bebiendo a Marcelo y Teodoro. Se detiene y se asoma: los susodichos todavía están ahí, algo más acalorados que unas horas atrás.

—¡Eh, imbéciles! —dice Jacinto. Sus amigos se giran, un tanto desorientados—. ¡Tengo una nieta! ¿Me oís? ¡Una nieta!

Abandona el garito antes de que acierten a contestar y reemprende la marcha. Y, al cabo de unos minutos, se descubre a sí mismo silbando alegremente una cancioncilla popular.

APARIENCIAS

El anciano sale del edificio al despuntar el alba. Una pequeña mochila cuelga de su espalda. Echa un vistazo a su alrededor: las calles del centro están prácticamente vacías a esta hora de la mañana —el Rolex de su muñeca marca las 6:45—; los alumbrados navideños, aún sin encender. Se toma unos instantes para rascarse el ojo izquierdo; lo hace con brusquedad, frotándose enérgicamente el párpado con los nudillos. Luego, echa a andar. Sus zapatos, recién abrillantados, despiden rayos de luz en todas direcciones.

Baja un par de calles. Se detiene enfrente de un contenedor de basura. En la otra acera, un tendero está abriendo su negocio. El anciano lo observa por unos segundos y vuelve a reemprender la marcha. Dobla un par de esquinas hasta encontrar un nuevo contenedor. Mira a ambos lados de la calle: la vía está completamente desierta. Entonces, acciona el pedal del contenedor e introduce medio cuerpo dentro. El interior del contenedor está bastante cargado. Saca una vara de metal de la mochila y empieza a remover la basura con ella. De vez en cuando, examina algunos de los objetos que la gente del barrio ha desechado. Unos se los guarda en la mochila; otros —la mayoría— los arroja directamente a la vía pública. Para cuando ha terminado, una buena montaña de basura acumulada yace sobre la acera, obstruyendo el paso a los peatones.

Por fin, saca la cabeza del contenedor. Le está dando la espalda cuando, de pronto, se vuelve para estudiar un pequeño montón de bazofia que le había pasado desapercibido. Coronan la cima un par de cuentos infantiles de cartón. Uno va sobre princesas, dragones y caballeros andantes; el otro es de piratas. Los sacude un poco. Los echa en la mochila. Se aleja del contenedor.

—¡Ramiro! —dice una voz tras él.

El anciano vuelve la mirada.

—¡Hombre, Fernando! —Extiende los brazos a modo de saludo—. ¡Dichosos los ojos que te ven!

El anciano llamado Fernando intenta aproximarse a Ramiro mientras aparta a golpe de bastón los desperdicios que este último ha dejado tirados en la acera.

—¿Te lo puedes creer? —Fernando contrae el gesto en una mueca—. Mira que hay que ser guarro: teniendo el contenedor ahí al lado y aun así la gente se empeña en dejar su mugre fuera. ¡Qué asco!

—Si es que estos jóvenes de hoy en día... —Ramiro niega con desaprobación—. En fin, compañero, ¿qué te voy a decir yo que tú no sepas?

Los ancianos despotrican un rato más de la juventud. Después hablan sobre salud, enfermedades, molestias y medicamentos. Al término de la conversación, se despiden dándose la mano, se desean los buenos días y cada uno se va por donde ha venido.

Ramiro contempla cómo Fernando se va haciendo diminuto en el horizonte. Mientras tanto, se frota el ojo izquierdo.

Cuando por fin lo pierde de vista, busca otro contenedor y repite el mismo proceso.

Ramiro está abriendo y cerrando todos los cajones de la cocina.

—¿Qué haces? —Su esposa está preparando la comida—. No puedo cocinar contigo aquí en medio.

—Las bolsas de plástico. ¿Dónde están?

—Estarán donde siempre. Eso si no las has movido de sitio, claro.

Ramiro la mira de reojo.

—¿Dónde es «donde siempre»?

—En el último cajón del mueble, ya lo sabes. Y ahora, haz el favor de salir de la cocina, que me estorbas.

Ramiro se demora unos minutos más en escoger la bolsa. Está acuclillado, y ocupa la parte del habitáculo que su esposa necesita para trabajar —aunque tiene espacio de sobra al otro lado—. Finalmente, se decide por la primera bolsa del montón y sale de la cocina. Su esposa suelta un suspiro y, tras éste, algunas murmuraciones.

Ramiro se rasca el ojo izquierdo. Luego, agita la bolsa en el aire para que se abra.

Se encamina hacia su dormitorio. Abre el ropero. A continuación, el primer cajón inferior. El movimiento hace que los botines de sus expediciones rueden y se deslicen por la superficie de madera. Echa un rápido vistazo y coge dos viejas y oxidadas placas de ordenador. Las mete en la bolsa y anuda sus extremos. Sale del dormitorio.

Se detiene en el dormitorio de su mujer. Sobre el joyero de la cómoda hay diversos abalorios. Se fija en una pareja de pendientes plateados; cada uno tiene un resplandeciente pedrusco de esmeralda en el centro. Coge uno de los pendientes y se lo echa al bolsillo del pantalón; el otro lo deja —desparejado— donde estaba.

—Me voy a ver a tu hija —le dice a su esposa desde el pasillo.

—También es hija tuya —replica ésta desde la cocina.

—Ya. —Se da unos cuantos frotos en el ojo izquierdo. Parpadea—. En fin, ahí te quedas.

La oye murmurar. La ignora. Sale de la casa.

—¿Quién es? —pregunta una voz masculina a través del porterillo.

—Soy Ramiro, Alfonso. Vengo a traeros unas cosas.

La puerta del edificio queda abierta. Ramiro entra y coge el ascensor. También han dejado abierta la puerta del piso. Su yerno, Alfonso, está en la cocina.

—Muy buenas. ¿Te pillo ocupado?

—Estoy preparando el almuerzo.

Alfonso lleva puesto un delantal. Ramiro lo observa trabajar con el ceño fruncido.

—¿Es que no está en casa mi hija?

—Sí está. —Alfonso asesta un par de golpes con el cuchillo a una zanahoria—. Está durmiendo. Turno de noche.

Ramiro se queda callado. Se frota el ojo izquierdo; el roce de los nudillos sobre el párpado produce un sonido viscoso.

—Por cierto, te he traído esto. —Ramiro levanta la bolsa con las placas. Sonríe—. Igual tú les puedes dar uso.

—¿Qué es? —Alfonso continúa cortando pimientos y pelando cebollas.

El anciano saca las cochambrosas placas de la bolsa. Por un momento, Alfonso se para en seco y las observa desde la distancia.

—Parecen bastante viejas... ¿De dónde las has sacado?

—Estaban en mi casa.

—Pero si tú no tienes ordenador...

—Ya, bueno.

Alfonso se le queda mirando por unos instantes. Luego, menea la cabeza y reanuda sus labores culinarias.

—¿Te las dejo en la mesa del despacho?

—¡No! En el escritorio no. Tú sólo... —Alfonso desvía la mirada—. Déjalas por ahí, ¿vale? En el suelo mismo.

Ramiro hace lo que le pide.

—Bueno, voy a saludar a mi nieta antes de irme.

—Como quieras. —Tomates, rábanos, calabacines.

Ramiro sale de la cocina. Cruza el pasillo. Antes de llegar al dormitorio de su nieta, se detiene en el despacho de Alfonso. Contempla el escritorio. En un extremo, bajo una pila de papeles, hay una carpeta de color lila. La saca con cuidado. La abre: dentro hay más papeles. Los extrae. Los mete de cualquier manera entre los demás documentos de la pila. Se esconde la carpeta bajo el chaleco. Sale. Vuelve a la cocina.

—Estaba estudiando. No he querido desconcentrarla.

—Como quieras, Ramiro. —Vuelan verduras, se cuecen legumbres. Alfonso trocea una lechuga iceberg.

—Bueno, me marcho ya. Hasta la próxima.

—Hasta luego.

La mañana de Navidad, Ramiro se levanta temprano. Se ducha. Se afeita. Se aplica unas gotas de colonia en las mejillas y en el cuello.

Hace rato que su esposa está despierta, pero aún no se ha levantado de la cama. Ramiro entra en la habitación, se sitúa frente al espejo y comienza a peinarse.

—¿Piensas pasarte ahí todo el día? —espetea al reflejo de la anciana.

—¿Acaso te hago alguna falta hoy? —Su voz suena apagada.

—No.

—Entonces, ¿qué más te da?

—Tú misma.

Ramiro sale de la habitación. Entra en su dormitorio. Abre el armario. Abre el cajón de los cachivaches. Saca de él la carpeta lila de Alfonso y dos objetos rectangulares envueltos en papel de periódico. Cierra el cajón. Cierra el armario. Sale del dormitorio. Vuelve a la habitación de su mujer.

—Me voy a comer con mi familia. Ahí te quedas.

—También es mi familia —replica la anciana, pero Ramiro no responde.

Sale del piso y cierra la puerta con llave.

—¡Feliz Navidad! —Saluda con la mano y una gran sonrisa a unos vecinos. Éstos musitan otra felicitación y desaparecen por el rellano de la escalera.

Ramiro se rasca el ojo.

La familia está sentada en el sofá. Un par de niños corretean alrededor. Hay polvorones y papel de regalo por todos lados.

—¡Ahora los regalos del abuelo! —Uno de los niños da saltitos junto a Ramiro.

—¡Sííí! —La hija de Alfonso, de la misma edad que su primo, imita al crío.

—Bueno, bueno. Espero que hayáis sido buenos los dos, ¿eh? —Ramiro rebusca en su abrigo y saca la carpeta de color lila. Mientras la abre y coge los dos regalos envueltos en papel de periódico, mira a Alfonso con el rabillo del ojo: éste tiene la mirada clavada en la carpeta y la boca entreabierta; mueve los labios como si quisiera decir algo, pero al final desiste y guarda silencio—. Aquí tenéis. —Ramiro les entrega los regalos a los niños.

Sus nietos no tardan en desenvolverlos: se trata de un par de cuentos de aspecto algo maltratado; uno va sobre piratas, en el otro hay princesas, dragones y caballeros andantes.

—¡Muchas gracias, abuelo! —Los niños se abrazan a las rodillas de Ramiro; éste les da sendas palmaditas en la espalda.

—Cariño —dice la madre del crío—, deja que papá y yo te guardemos eso.

—¡Sí! —salta de repente Alfonso—. Dame el tuyo también, Raquel. Ya tendrás tiempo de leerlo luego.

Los adultos intercambian miradas. Ramiro se rasca el ojo izquierdo.

—Voy un segundo al baño. —Se levanta y sale al pasillo. Oye murmurar a los adultos, pero no se detiene a escuchar.

Atraviesa el pasillo y pasa de largo el baño. Entra en la habitación de Raquel, su nieta. Enciende la luz y comienza a ojear los juguetes y pertenencias de la niña. Encuentra unos cordones de colores en un estante; Raquel estaba fabricando muñecos de cuerda con ellos. Ramiro los enrolla en una bola y se los echa al bolsillo.

—¿Abuelo? —El anciano se gira bruscamente. Es Raquel. Está junto a la puerta, y observa su bolsillo con el ceño fruncido—. ¿Por qué coges mis cordones, abuelo? Son un regalo de mamá.

Ramiro se lleva la mano al ojo izquierdo. Frota, frota, frota. Entonces sonrío ampliamente.

—Ven aquí, hija. —Se sienta en la cama y se da unas palmaditas en los muslos—. Cierra la puerta y ven aquí. El abuelo quiere contarte una cosa.

Esa misma noche, antes de dormir, Ramiro no se rasca el ojo izquierdo. En lugar de eso, se introduce los dedos en la cuenca y extrae de ella la esfera de cristal que todos los días hace pasar por globo ocular. Después de sumergirla en un vaso de agua que coloca en la mesilla, apaga la luz y cierra su único ojo para conciliar el sueño. En la oscuridad, el párpado del ojo vacío palpita rítmicamente.

HOGAR SANO, MUEBLES BRILLANTES

Mi marido Benito está viendo ese concurso de la televisión que tanto le gusta. En él, los concursantes tienen que abrir cajas que unas veces les hacen ganar dinero y otras perderlo. El programa contrata modelos despampanantes, que son quienes abren las cajas por las que se deciden los concursantes. A los modelos varones los visten con prendas de cuero muy ceñidas; a las hembras diría que apenas las visten. Él siempre ha sido muy aficionado a esa clase de concursos, pero éste es sin duda su favorito.

Parece que hoy Benito tiene uno de esos días tranquilos. De camino a la cocina, paso junto a su butaca y me detengo a darle un beso en la cabeza. Apenas conserva tres o cuatro pelos, lo que no deja de ser meritorio a sus ochenta y dos años. También a mí empiezan a clarearme ya algunas zonas del cuero cabelludo. Humedezco un paño, cojo un par de guantes de goma y me dispongo a limpiar la madera del salón. Yo siempre digo que esa madera atrae el polvo como la miel a las moscas. Llevo peleada con ella desde que tengo uso de razón.

Empiezo a frotar. Primero, la vitrina con la vajilla y la cubertería para invitados; luego, la consola del televisor y las repisas. Benito se queja porque, aun en cuclillas, le tapo una fracción de la pantalla. Me hace señas con las manos para que me aparte. No quiero irritarlo, así que me doy un poco de brío y sigo con los muebles contiguos. Cuando el trapo comienza a volverse plomizo, dejo de frotar y lo llevo al fregadero para aclararlo.

—Madera, madera y más madera —refunfuña Benito. Se levanta de la butaca; su programa ha terminado—. Tu vida gira en torno a la madera de esta casa.

—Hogar sano, muebles brillantes —contesto yo. Se trata del eslogan de la marca de líquido abrillantador que suelo utilizar—. Hogar sano, muebles brillantes —repito, esta vez para mí misma. Y continúo buscando motas de polvo en los recovecos del mobiliario.

* * *

Tras terminar con la limpieza, me preparo un baño de sales. Mi médico dice que son buenos para las articulaciones. También me ha recomendado practicar algo de *mindfulness*; según él, a mi edad, una tiene que aprender a relajarse y tomarse la vida con más filosofía. Estoy ensayando algunos ejercicios de respiración que me ha enseñado cuando Benito irrumpe en el cuarto de baño dando un portazo.

—¿Dónde está?! —exclama con voz furibunda—. ¡Más te vale decirme dónde lo tienes!

—¡Benito! Benito, por Dios, ¿qué quieres? ¿No ves que me estoy bañando?

Pero Benito no me oye. Mira en todas direcciones, como quien está siendo acechado por un depredador. Luego, abre el armario de las toallas y se pone a vaciarlo como un loco.

—¡Benito! ¡Benito, ¿se puede saber qué estás haciendo?! —Desde donde estoy, tan sólo veo la mitad de su cuerpo que está fuera del armario, de donde no paran de salir escopetadas toallas de todos los colores, como si un cañón de circo las estuviese disparando desde dentro—. ¡Benito, por favor, para! ¡Detente, por lo que más quieras!

En ese momento, Benito saca la cabeza del armario. Contempla su interior con la boca torcida y el ceño fruncido, y le arrea una patada que hace que uno de los azulejos de la pared se resquebraje.

—¡Ay! —chillo sobresaltada por el golpe—. ¡Ay, Dios mío, la cerámica! Con lo cara que nos costó esa pared...

—¡Dime dónde lo escondes! ¡Dime dónde está o te prometo que echo abajo toda la puta pared! —Benito zarandea los puños mientras se desgañita—. ¡Te lo juro, Reme! ¡Te lo juro por los clavos de Cristo, nuestro Señor!

—¿El qué, Benito?! ¿Dónde está el qué?!

Él me fulmina con la mirada. Entonces, por un momento, deja de gritar y de agitar los brazos, y se queda mirando fijamente la bañera, sin parpadear, como si estuviera sopesando alguna idea. Dirige hacia mí su dedo índice y dice con gesto grave:

—Está ahí, ¿verdad? Bajo el agua. Entre tus piernas.

De pronto, vuelve a tensarse y, antes de que pueda reaccionar, tiene medio cuerpo metido en la bañera. Benito empieza a revolver el agua y la espuma con violencia, palpando el suelo con las manos en busca de algo que sólo él sabe. Yo chillo sin contención, pero a él no parece importarle. La brusquedad de sus movimientos hace que

se formen olas, por lo que el agua comienza a bosarse y a empapar las toallas que yacen esparcidas por todos lados.

—¡Hijo de puta, hijo de puta! —vocifera Benito.

En una de sus idas y venidas, sus dedos me pellizcan sin querer los labios de la vagina. El dolor me hace dar un respingo y meterle un empujón involuntario que lo hace caer de culo. Por unos segundos todo se queda en silencio. Después, él vuelve en sí y se pone en pie.

—Benito —digo.

Él da un alarido. Pasa por encima de las toallas y se marcha, aún chorreando y cubierto de espuma. Me llevo las manos a la cabeza. Me toco la vagina. Miro a mi alrededor. Las toallas no han podido contener toda el agua derramada, que se ha abierto paso hasta la moqueta del salón en forma de pequeños riachuelos.

Tardo un buen rato en arreglar el estropicio del baño. Benito y yo no volvemos a dirigirnos la palabra en lo que resta de tarde. Esa noche, antes de acostarme, veo cómo le cambia la pila a la linterna que siempre guarda en el cajón de la mesilla. Me meto en la cama, de espaldas a él. Y aunque estoy agotada, el sueño tarda en llegar.

Me desvelo a altas horas de la madrugada, cegada por un potente haz de luz que me apunta directamente a los ojos.

—Os he oído —dice Benito. Sujeta la linterna como si fuera el guarda de seguridad de un museo—. Estabais haciendo el amor.

—¿Benito? ¿Qué...? ¿Qué hora es? —Me cubro el rostro con una mano para protegerme del resplandor. Trato de incorporarme, todavía somnolienta y desorientada.

—Hacíais el amor —replica Benito, obcecándose en mantener el chorro de luz a escasos centímetros de mi cara—. Os he pillado in fraganti.

—Benito, hazme el favor de guardar ese cacharro. Hoy no tengo cuerpo para tus desvaríos.

—Antes quiero verme las caras con ese cabrón.

—Tú mismo; pero haz el favor de apagar la linterna.

—Que sepas que te estás trajinando a un cobarde, Reme —dice Benito—; los hombres de verdad no se esconden debajo de la cama: dan la cara.

—Benito —digo con voz cansina—, no hay nadie debajo de la cama. Compruébalo si quieres; pero, por favor, déjame dormir. Por favor. Es lo único que te pido.

Benito apaga la linterna. Se agarra a las patas de la cama y agacha la cabeza para mirar debajo. Me recuesto, por fin, y vuelvo a cerrar los ojos. Benito permanece un rato agazapado, inspeccionando a conciencia el hueco bajo el lecho. Al cabo de unos minutos, se resigna y se vuelve a acostar. Y empieza a farfullar cosas. Y yo lo chisto para que se calle. Y él se calla. Y yo empiezo a adormilarme con los ruidos de la calle residencial. Y entonces, cuando por fin estoy a punto de quedarme dormida, vuelvo a sentir la linterna y el aliento de Benito en mi cuello.

—Ya sé cómo lo habéis hecho. —Su voz suena triunfal.

—Benito... —digo.

—Cuando he bajado a mirar, él se ha subido arriba contigo; y luego, cuando me he subido yo, él se ha vuelto a bajar. Por eso no he podido verle.

—Benito... —vuelvo a decir.

—Se te ve el plumero a la legua, Reme. Se nota que esto de la infidelidad no es lo tuyo.

—Se acabó —digo. Me destapo, me siento en el borde de la cama y tanteo el suelo con los pies en busca de las zapatillas—. Me voy a dormir al sofá.

—Claro. Cómo no. Así podréis seguir haciendo el amor sin que os moleste.

—Sí, Benito, lo que tú digas. ¿Me alumbras aquí abajo, por favor? No soy capaz de localizar las zapatillas...

Benito apaga la linterna. Suspiro. Me arrodillo con cuidado y doy al fin con las zapatillas.

—Al menos, podrías reconocerlo —dice él cuando ya me estoy yendo—. Así serías sólo una zorra, en lugar de una zorra embustera.

Aprieto el paso y salgo del dormitorio. Una vez en el salón, me dejo caer en el sofá y me quedo tumbada bocarriba, con los ojos abiertos y las manos entrelazadas sobre el regazo. Por alguna razón, a Benito le da por ponerse a encender y apagar la linterna. Las ráfagas de luz iluminan buena parte del pasillo, lo que termina por despabilarme del todo, y, por si fuera poco, se me mete en la cabeza el «clic, clic, clic» del interruptor. Se pasa así un buen rato, por lo menos media hora. Para cuando por fin le vence el sueño, yo ya no soy capaz de dormirme. Así que me levanto, cojo un paño de los de limpiar y

me pongo a quitarle el polvo a la madera. «Hogar sano, muebles brillantes», reza la etiqueta del bote de mi abrillantador de confianza. Vierto un poco de líquido en el paño. Y froto, y froto, y froto hasta ver reflejada en la madera a una anciana con cara de cansancio.

Al día siguiente, aprovecho el tiempo que Benito ocupa en ir a comprar el periódico para llamar por teléfono a Virginia. Alguien descuelga a los tres tonos.

—Hola, mamá —dice Virginia—. ¿Qué tal todo?

—Buenos días, hija. Pues aquí estamos —digo yo—. ¿Qué tal están Eugenio y los niños? —Dice que bien, que Borja está sacando mejores notas en matemáticas y que Sofía se ha apuntado a clases extraescolares de voleibol—. Suena genial, hija. Diles que me alegro mucho por ellos. A propósito, Virginia... —digo, y después suspiro y no digo nada más.

—¿Mamá? ¿Sigues ahí?

—Sí, sí, cariño. Sigo aquí. Perdona.

—Ibas a decir algo.

—Sí. Sí, sí, perdón. A ver, cielo, es que... —Vuelvo a suspirar. Me paso una mano por la cabeza y me aliso el pelo revuelto mientras busco las palabras—. Cielo, es tu padre. Ha vuelto a hacerlo. Y yo... pensaba que podría aguantarlo... Pero no. Esto me supera. Últimamente, está tan descontrolado que ni lo reconozco. He estado dándole vueltas a lo que dijiste la última vez que hablamos. Lo del... Lo de la...

—Residencia —dice ella por mí.

—Sí —digo yo—. Lo de la residencia. —Se hace el silencio. Enrollo un dedo en el cable del teléfono, a la espera de una respuesta.

—Y tú... —dice Virginia al cabo de unos segundos—. ¿Tú estás convencida de esto, mamá?

—No —contesto al instante—. No, para nada. Por supuesto que no lo estoy. Hablamos de más de cuarenta años de matrimonio, Virginia. Cuarenta años de convivencia con la misma persona. ¿Crees...? ¿Acaso crees que soy capaz de imaginarme la vida sin tu padre al lado?

—Ya... Supongo que no.

—No —ratifico yo.

—Supongo que entonces la situación se ha vuelto insostenible.

—Supones bien, hija. Supones bien.

—Ya... —Virginia guarda silencio durante varios segundos. Aguardo—. De acuerdo, mamá —dice al cabo—. Está claro que papá está enfermo. Y no es cuestión de que tú lo sufras, o acabarás enfermado también. De acuerdo —vuelve a decir, esta vez como para sí misma—. Escucha, mamá. Convendrás conmigo en que, tal como están las cosas, papá no va a ingresar en una residencia por voluntad propia...

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que, si queremos trasladarlo, primero vamos a tener que incapacitarlo. —Me quedo callada. Oigo la respiración de Virginia al otro lado de la línea. Giro la cabeza y me topo con la fotografía de mi boda: Benito y yo, jóvenes, sonrientes, muchos años atrás. Hay unas cuantas motas de polvo adheridas a la madera del marco. Le paso la manga del pijama por encima para quitárselas—. Sé que no suena muy bien, mamá; pero hemos de pensar en el bienestar de papá. Y en el tuyo. Ahora mismo, ésta es la mejor opción.

Vuelvo a mirar la fotografía: jóvenes, radiantes, muchos, muchos años atrás.

—¿Qué hay que hacer? —pregunto.

Escucho a Virginia tomar aire antes de empezar a explicarme el proceso.

Lo primero que hacemos es someter a Benito a un examen psicológico. Benito relata a la profesional que lo atiende sus historias y teorías sobre mi supuesta infidelidad. La psicóloga lo deja hablar y asiente con la cabeza de cuando en cuando. Al cabo de un rato, toma la palabra y trata de explicarle por qué sus pensamientos son irracionales y sus sospechas sobre mí, infundadas. Craso error, ya que Benito no se demora en llamarla por el nombre de un animal silvestre y en acusarla de estar compinchada con nosotras. La psicóloga lo invita a abandonar la consulta, sin perder los papeles en ningún momento a pesar de sus imprecaciones. Cuando Virginia y yo nos quedamos a solas con ella, le bastan dos palabras para referirnos el diagnóstico: esquizofrenia paranoide. Nos asegura que así lo testificará ante juez si es necesario.

Esa tarde, poco después de llegar a casa, agarro todos mis trapos y dedico varias horas más de lo normal a limpiar la madera, vertiendo con frecuencia unas cantidades

generosas de «Hogar sano, muebles brillantes». Benito se sienta a ver su programa; pero no me habla, ni se queja, ni me mira.

Un tiempo después, gracias al testimonio de la psicóloga, el juez declara a Benito legalmente incapacitado y nos nombra a Virginia y a mí sus tutoras. No tardamos en encontrar una buena residencia para él, con magníficas instalaciones y personal capacitado para atenderle en todas sus necesidades. Por supuesto, a él no le contamos nada; ni de lo del juez ni de la residencia. La directora de Los Olivos comprende al momento la situación del enfermo (el temperamento, las paranoias, la agresividad), por lo que se ofrece a enviarnos auxiliares a domicilio para que se encarguen de recoger y transportar a Benito a su nuevo hogar. Virginia y yo aceptamos sin dudar, conscientes de que entre las dos jamás conseguiríamos hacerle entrar en razón.

Llega el día señalado. Oigo sonar el timbre y me encamino a abrir la puerta. Hallo a tres muchachos en el umbral: altos, corpulentos, vestidos de uniforme. Han aparcado detrás la furgoneta, en cuya pintura puede leerse el nombre de la residencia escrito con letra vistosa y elegante. Me informan de que el vehículo está equipado para garantizar la comodidad del paciente durante el transporte. Mientras tanto, Benito está en su butaca, viendo su concurso en la televisión y ajeno a nosotros.

Uno de los auxiliares se dirige hacia donde está, se arrodilla junto a él para quedar a la misma altura y se presenta y le estrecha la mano cortésmente. Luego, le explica a Benito que debe acompañarlos, y aunque lo hace con tacto y delicadeza, Benito se pone como un energúmeno en cuanto entiende la situación. Me llama por la palabra que empieza por zeta y jura y perjura que nadie, ni siquiera el mismísimo Dios, lo va a obligar a irse de su casa. Entre todos tratamos de tranquilizarlo; pero nuestros esfuerzos son en balde. Al cabo de tres cuartos de hora, al personal no le queda otra que sujetarlo y sacarlo por la fuerza, entre improperios y pataletas.

—¡Enhorabuena! —dice el presentador del programa una vez han conseguido meterlo en el vehículo y arrancar el motor—. ¡Enhorabuena, caballero: acaba de ganar usted el premio gordo!

La furgoneta se aleja. Cuando la pierdo de vista, todavía puedo oír en mi cabeza a Benito maldiciéndome de las formas más impensables.

Agarro mis paños, me pongo a limpiar la madera y, cuando termino, rompo a llorar.

* * *

Han pasado varios meses desde que Benito ingresó en la residencia. Virginia ha venido a verme con frecuencia, y juntas hemos ido a visitar a Benito; sin embargo, todavía no hemos conseguido sacarle ni una sola palabra amable. Desde que se marchó, la casa permanece la mayor parte del día en silencio. Un silencio que sólo rompe su programa de la televisión. No lo veo; pero me he acostumbrado a ponerlo de fondo mientras me dedico a los muebles, los cuales estoy limpiando mucho más a menudo; a veces, hasta tres veces al día. La casa está resplandeciente; sin embargo, siempre tengo la sensación de que no termina de lucir del todo. Le falta algo.

Por las noches, antes de dormirme, suelo coger la linterna de Benito. De vez en cuando, me entretengo alumbrando el techo y proyectando en él sombras con los dedos. A veces, pongo voces a las sombras, y las sombras rompen el silencio permanente de la casa. Cuando me levanto por las mañanas, mi rutina vuelve a empezar de cero, se reinicia: limpieza, programa, silencio y sombras. Y eventualmente visitas a la residencia de Benito, donde también reinan el silencio y la rutina.

Pasan los días. En nuestras conversaciones por teléfono, Virginia me dice que está preocupada por mí, que me ve apagada y deprimida desde que Benito se fue. Yo siempre le digo que se equivoca, que lo que me ve es tranquila, un estado del espíritu que era impensable con Benito en casa, que de ahí el error, que se despreocupe. Cuando colgamos, busco el programa de Benito en la televisión y saco el abrillantador del armarito de productos de limpieza. «Hogar sano, muebles brillantes», pone en el bote.

—¡Hogar sano, muebles brillantes! —digo a viva voz, y dejo caer un chorro tan desmesurado que el líquido anega el trapo y va a parar al suelo.

Estoy sentada en la butaca de Benito. De mi mano derecha pende un bote de abrillantador vacío y sin tapón; en la otra tengo el teléfono. Hay un número marcado desde hace rato; pero aún no he apretado el botón de llamada. El abrillantador me resbala de la mano y cae al suelo, lo que me hace dar un pequeño respingo y parpadear repetidamente.

Me incorporo un poco y me acerco al teléfono. Luego pulso finalmente el botón de llamada y me lo llevo a la oreja.

—Residencia Los Olivos. ¿En qué puedo ayudarle?

—Quisiera hablar con Benito Ferreiro. Su habitación es la 516.

—No cuelgue —dice la recepcionista y me pone música de espera.

Al cabo de unos segundos, oigo cómo alguien descuelga; sin embargo, nadie contesta. Escucho una leve respiración al otro lado de la línea.

—¿Benito? —digo; pero no obtengo respuesta. No obstante, continúo oyéndolo respirar—. Benito, no hace falta que digas nada. Entiendo que estés enfadado. Pero, por favor, escúchame. —Sigue sin haber réplica. Empiezo a hablar—: Me he equivocado. He cometido el mayor error de mi vida haciéndote ingresar en esa residencia. Tu lugar está aquí en casa. Conmigo. No en un lugar cualquiera rodeado de gente que no conoces. Lo siento, Benito. De verdad que lo siento. Y no espero que me perdones; soy consciente de que lo que he hecho es imperdonable. —Las respiraciones de Benito se vuelven más agitadas, como si bufara. Pero sigue sin decir una palabra. Digo lo siguiente—: ¿Sabes qué? Tenías razón. Soy... Soy una zorra. Acertaste. Tenías razón en todo. Tus teorías, tus explicaciones... eran ciertas. Yo y mi... mi amante... te eludíamos tal cual lo contabas. En la cama, en el baño... En fin, ya sabes. Me he equivocado. Te he engañado y traicionado. Yo y sólo yo soy la mala de esta historia. Y sé que después de todo lo que te he hecho no tengo derecho a pedirte nada; pero te necesito de vuelta, Benito. Tu ausencia me está matando. Me estoy volviendo loca. —Mi voz flaquea al decir eso, y entonces rompo a llorar. Alejo un poco el auricular. No se me ocurre qué más decir. La respiración de Benito se mantiene imperturbable al otro lado de la línea, a pesar de mi llanto. En ese momento, el sol de la mañana se refleja en la madera del salón, produciendo un pequeño destello que hace que me encandile. Me acerco de nuevo el teléfono—. Benito, sin ti esto no es un hogar —digo. Y enseguida añado—: Aunque los muebles reluzcan.

Al fin, escucho la voz de Benito:

—Recógeme cuanto antes —dice—. Y trae mi linterna —se apresura a añadir antes de colgar.

Después de eso, suelto el teléfono y dejo caer la cabeza en el respaldo de la butaca. Paseo la mirada por el mobiliario del salón. La foto de nuestra boda está ladeada, y el cristal despidе algunos reflejos. Debajo están la consola y la tele, que se ha quedado encendida; el presentador de las noticias de la tarde da paso al pronóstico meteorológico. La voz del hombre del tiempo es suave, y el tipo no deja de sonreír a la cámara. Desvío la mirada hacia las estanterías y la vajilla de invitados, que, como todos

los días, acabo de limpiar. Pero, a decir verdad, hoy los muebles se ven diferentes... Algo ha cambiado. Y es que no cabe duda de que la madera de nuestro hogar brilla como nunca antes.

Memoria justificativa de la obra de creación

Un retortijón en el alma

1.- Punto de partida de la creación: objetivos y fundamentos

1.1.- Objetivos

Se trata de un libro de relatos cortos que siguen la estela, en mayor o menor medida, del estilo narrativo de Raymond Carver. Por ello, se plantean como objetivos el análisis estilístico de la obra carveriana para, posteriormente, aplicar y poner de manifiesto dichas características en los relatos adjuntos. Se estudiará, asimismo, el grado en que estos relatos se ajustan al prototipo de cuento carveriano y tratarán de dilucidarse posibles motivos por los que se aproximan o distancian del mismo.

1.2.- Fundamentos

En este apartado, se hará una síntesis de los elementos que resultan característicos de los cuentos de Carver. Para ello, se estudiarán en primer lugar los movimientos literarios en que se suele encuadrar a dicho autor. Posteriormente, analizaremos su estilo, sus personajes, la clase de temas que suele predominar en sus ficciones, así como el tipo de lector que éstas requieren.

Comenzando, pues, por los movimientos literarios, parece que hay un cierto consenso entre los estudiosos en enmarcar a Carver dentro de dos grandes corrientes: el realismo sucio por un lado y el minimalismo por el otro. Con respecto al realismo sucio, Raymond Carver es considerado su más destacado precursor¹ (Rojas, 2015: 4). Dentro del realismo sucio, encontramos «historias mínimas, de personajes patéticos, o bien hiperrealistas [...], que retratan a personas solas, aquejadas por su propia existencia»

1 Siguiendo a Rojas (2015: 4), el término «realismo sucio» fue acuñado por Bill Buford en 1987. Buford lo utilizó para referirse a determinados escritores de cuento corto de aquella época (entre quienes incluyó a Carver), cuyas ficciones solían ser minimalistas, de pocos adverbios y mostraban preocupación por los trabajadores de ambientes ordinarios, sin mucho dinero ni expectativas. La mayor parte de la bibliografía consultada para este trabajo no duda en considerar a Carver como autor perteneciente al realismo sucio; sin embargo, nosotros queremos enfatizar, en la línea de lo que señala Rojas (ibídem), su condición de *precursor* del movimiento, más que de representante o integrante del mismo. En este sentido, podemos pensar en lo mucho que distan las narraciones de Carver de las de, por ejemplo, Charles Bukowski, quien concede mucha más visibilidad a la descripción de los bajos fondos de la sociedad. Por lo tanto, de cara al futuro, tal vez sería más apropiado hablar de Carver en términos de realismo urbano que de realismo sucio.

(ibídem: 5). Son historias que se recrean en los matices oscuros de la realidad (Rodríguez, 2013), construidas a partir de fotogramas, a modo de álbum fotográfico o película (Priede, 2004: 118; Rojas, 2015: 93).

En cuanto al minimalismo, se define como un estilo literario que se inclina por la narración breve y escueta, con acción, escena y personajes mínimos (Rodríguez, 2013). Millán (2017) habla de la técnica de la «lengua quemada» como un recurso propio del escritor minimalista que consiste en decir las cosas intencionadamente mal, retorciéndolas, con el fin de obligar al lector a recorrer el texto con suma atención. Asimismo, es característica consustancial al cuento minimalista la construcción de la historia en torno a situaciones de la vida cotidiana, anécdotas convencionales y aparentemente carentes de trascendencia (ibídem).

Por último, Rojas (2015: 92) también defiende la pertenencia de Carver al posmodernismo literario, en tanto en cuanto su narrativa necesita de un gran esfuerzo por parte del lector (como veremos más adelante, el ideal de lector carveriano es activo y consciente, y está plenamente involucrado en comprender e interpretar el texto)².

En lo tocante al estilo de Raymond Carver, se habla de una narrativa caracterizada por la sencillez más absoluta: un texto parco en adornos, adjetivos, adverbios y descripciones, breve, directo, de frases cortas (Bernardo, 2014; De Lorenzo, 2018; Millán, 2017; Rojas, 2015: 29). Aranguren (2001: 112) lo describe de la siguiente manera: «Se trata de narraciones que recuerdan [a] esos jardines japoneses de arena, piedra y rastrillo». El propio Carver (1981: 1608), que curiosamente renegaba del minimalismo, admitía en el ensayo titulado *Escribir un cuento* que de nada sirve utilizar palabras oscuras u enrevesadas, pues ello implicaría que el lector tuviera que volver sobre sus pasos.

Otra de las características definitorias de sus relatos es su enfoque predominantemente conductista (Amir, 2010: XIV³), esto es, la inclinación de sus narradores por referir todo lo relativo al comportamiento manifiesto de los personajes, en detrimento de los

2 Rojas (2015: 16-18) enumera hasta nueve características de la literatura posmodernista; no obstante, a efectos de este trabajo, sólo hará falta tener en cuenta la ya señalada (y explicada con más detenimiento en líneas ulteriores), esto es, el destacado papel que las ficciones posmodernistas otorgan al lector en calidad de intérprete del texto.

3 En *The Visual Poetics of Raymond Carver*, su autora, Ayala Amir, utiliza numeración romana para las primeras páginas de la obra, lo cual, para mayor comodidad del lector, respetamos en este trabajo.

contenidos relacionados con el mundo interno de los mismos (pensamientos, emociones, etc.). Tal como señala Amir (ibídem: 60), los narradores carverianos raramente hacen uso del privilegio de poder penetrar en las mentes de los personajes, optando casi siempre por describir sus conductas; sin embargo, no es infrecuente encontrar en sus cuentos alusiones puntuales a lo que están sintiendo o pensando en momentos concretos. Diríamos, por lo tanto, que a pesar de que el narrador carveriano actúa por regla general como un narrador deficiente (o narrador cámara) es, en realidad, un narrador omnisciente que, por expresarlo de alguna forma, se muestra reservado u obra con mesura a la hora de compartir esta clase de contenidos con el lector. Lo mismo sucedería en sus relatos con narradores homodiegéticos, con la salvedad de que, como es evidente, éstos sólo podrían referir (de manera eventual) sus propios pensamientos y/o sentimientos, no así los de otros personajes.

Esta falsa objetividad entronca con lo que sugiere Amir (ibídem: XIV): las historias de Carver, lejos de mantener un punto de vista neutral, como puede parecer en un principio, son profundamente subjetivas. A este respecto, Priede (2004: 117) saca a colación una cita de Richard Ford: «A los escritores norteamericanos no les interesa entender la vida en general, se conforman con entender la vida en particular».

Los diálogos también son muy idiosincrásicos de la manera de escribir de Carver. Baricco (2006: 5) los describe así:

Muy secos. Acompasados por aquel extenuante «dijo» que, en la prosa, termina volviéndose una especie de batería que da el tiempo, con exactitud implacable.

Con respecto a la estructura narrativa de sus cuentos, ya hemos señalado que ésta se asemeja a un álbum de fotografías, «inmortalizando un momento concreto en una vida corriente» (De Lorenzo, 2018). Carver plantea situaciones escénicas como si de fotogramas se tratase, utilizando para ello el mecanismo de la elipsis interescénica y eludiendo de este modo la clásica distribución de la trama en torno a planteamiento-nudo-desenlace (Rodríguez, 2013). Esto se relaciona con el hecho de que sus relatos no parecen tener principio ni final; empiezan *in media res* y acostumbran a presentar finales muy abiertos (De Lorenzo, 2018; Rojas, 2015: 93). Baricco (2006: 7) afirma que Carver escribía finales mudos, puesto que «nada sucede y todo podría suceder». Rodríguez (2013), por su parte, sostiene que Carver, como Hemingway, practicaba la

teoría de la omisión, dado lo camuflados que se hallan sus mensajes en el texto. Incluso el propio Carver (1981: 1609) reconoce abiertamente que las cosas que dejamos fuera del relato (pero que permanecen, aun así, implícitas en él) son igual de importantes que las que se cuentan.

Como indicábamos al hablar del posmodernismo literario, esta forma de narrar historias precisa de un lector que reúna una serie de atributos muy concretos. Millán (2017) lo expresa del siguiente modo:

[...] se requiere de un ojo observador y perceptivo que realice la lectura del texto, al cual no se le debe escapar el más mínimo detalle de la historia contada, ya que cualquier acción, objeto y/o palabra puede ser relevante y trascendental para descifrar lo sustancial de la obra o lo que puede ser significativo para la resolución del dilema que aborda; incluso el silencio y los vacíos de información juegan un papel importante en esta tarea encargada implícitamente al lector. Aquí es donde entra en juego la interpretación, terreno en el que el lector puede darse libertades y tomarse atribuciones que Hemingway y Carver no le han otorgado formalmente, pero que sí puede reclamarlas al haber sido atrapado por la trama y el drama de la narración.

Así pues, señalamos como dos características fundamentales del lector objetivo de Carver la atención al detalle y la disposición a interpretar y completar el texto. Priede (2004: 117) habla de «un lector vigilante, partícipe de la creación y dispuesto a reconstruir lo elidido». Entroncando con los comienzos *in media res*, De Lorenzo (2018) apunta que es precisamente eso, la sensación que tiene el lector de haberse perdido algo, lo que lo obliga a volcar toda su atención en la historia.

Por último, Gies (2005: 80, 83) apunta un par de cuestiones interesantes respecto al estilo de Carver y, en concreto, respecto al efecto que suele producir su narrativa. Afirma, por un lado, que si bien sus cuentos pueden parecer tranquilos en la superficie, por regla general esconden una «resaca mortal». Y, en relación con eso, sostiene también que el propio Carver aseveraba que toda obra literaria debe:

[...] propinar cierto número de golpes emocionales, y uno puede juzgar esa obra por la fuerza y el número de esos golpes.

Concluido el estudio del estilo, nos centraremos ahora en analizar el prototipo de personajes carverianos. A este respecto, Rojas (2015: 93-94) pone de relieve un detalle

esencial: los personajes que pueblan los cuentos de Carver no suelen ser héroes ni heroínas en el sentido épico de la palabra; se trata tan sólo de gente corriente librando sus batallas del día a día. Asimismo, Carver siente predilección por los fracasados, los perdedores y los solitarios, individuos que, de algún modo, anhelan su independencia, se cuestionan su existencia y tienden a experimentar las emociones en su polo negativo (Aranguren, 2001: 115, 118; Millán, 2017; Rodríguez, 2013).

Todo ello va muy acorde con los temas que suele escoger el autor para sus ficciones. Al hablar de sus personajes, ya hemos anticipado de alguna forma la parcela de la realidad que es objeto de estudio en sus relatos: Carver escribe sobre la cotidianidad, sobre acontecimientos de la vida diaria (Rojas, 2015: 30). Para De Lorenzo (2018):

Carver es la voz de las tragedias mundanas. [...] Escribía sobre la gente común. [...] Sobre sus dramas silenciosos perdidos en un océano de dramas silenciosos.

Dentro de este espectro de temáticas mundanas, uno de los asuntos en los que con más frecuencia ahonda Carver son las relaciones de pareja (Bernardo, 2014; Millán, 2017; Rodríguez, 2013). En este sentido, Aranguren (2001: 119) defiende la tesis de que, al fin y al cabo, las historias de Carver son casi siempre historias de amor. Un amor que se explora desde la conflictividad y lo disfuncional de la convivencia (ibídem: 112), pero un amor que el autor postula, a fin de cuentas, como lo único capaz de dar sentido a la vida, si bien desconoce la manera de implementarlo o las razones que motivan este firme convencimiento (Bernardo, 2014).

2.- Estructura de la composición

En lo tocante al orden de los relatos, se han implementado dos organizaciones diferentes. En primer lugar, se ha construido un índice donde se especifica cuál es el tema central de cada relato. Esto se ha hecho de forma sucinta y sugestiva, esto es, acompañando el título de cada cuento con una palabra que resume aquello sobre lo que versa principalmente. Decimos que es sucinto porque se ha utilizado un solo sustantivo para describir cada relato, y sugestivo porque el sustantivo en cuestión tan sólo permite al lector formarse una idea vaga de cómo será la historia, estimulando su imaginación previamente a la lectura y cobrando sentido una vez se ha recorrido todo el texto.

Así, por ejemplo, la palabra que acompaña a *Regresión* es «derrota», puesto que durante la narración somos espectadores de una sucesión de fracasos: primero, vemos cómo la protagonista alcanza el éxito, y luego, cómo va perdiéndolo progresivamente mientras se sume en una espiral de decepciones que acaba socavando su autoestima y su relación de pareja. A *Leptospirosis* le corresponde la palabra «libido»: el conflicto sobre el que se yergue la historia viene dado por el deseo sexual desequilibrado de los personajes: uno tiene demasiado y el otro no tiene el suficiente.

Con esta organización, se pretende implicar al lector en la tarea de dar un orden a la lectura de los relatos, otorgándole así la oportunidad de decidir por qué relato empezar y por cuál acabar. Por ende, el orden será distinto para cada lector, y vendrá determinado por sus intereses e inquietudes particulares hacia cada temática. Cabe decir, asimismo, que este índice sigue muy de cerca al de la obra *Cuentos para después de hacer el amor* (Carmona, 2003), que sirvió como inspiración a raíz de una sugerencia por parte del tutor.

Por otra parte, también se ha contemplado la posibilidad de que existan lectores que no quieran implicarse activamente en esta propuesta. Por ello, se ha diseñado un sistema alternativo para estos casos. Presuponemos que esta clase de lectores optará por seguir el orden en que le son presentados los relatos en el libro. Así pues, lejos de ordenar arbitrariamente los relatos, también se ha otorgado un sentido a este segundo tipo de distribución. De este modo, los relatos han sido dispuestos de manera que conformen un recorrido cronológico por las distintas etapas de la vida.

Así, el libro comienza con *Hermanos*, que abarca la infancia y la adolescencia; continúa con *Parecidos*, que cubre el período universitario; *Regresión* comprende el fin de la universidad y los primeros contactos con el mercado laboral; *Dueño, amo y señor de uno mismo* correspondería a la juventud, al inicio de la adultez y la vida en pareja, y una etapa similar (aunque ligeramente ulterior) atañería a *Un retortijón en el alma*; en *Vigilia* vemos ya a una joven pareja estable y consolidada, con varios años de matrimonio a sus espaldas; un tiempo después, tendría lugar *Leptospirosis*, donde ya se empiezan a atisbar los problemas típicos de la adultez media; estos problemas de convivencia se vuelven superlativos en *Esos quince minutos que paso a oscuras en el garaje*, y nos llevan a la posibilidad de plantearnos el divorcio; le seguirían *Jaulas* y

Apariencias, protagonizados por mayores aparentemente jubilados pero que conservan su salud y lucidez mental; y, por último, cerraría la obra *Hogar sano, muebles brillantes*, en el que asistimos a una etapa avanzada de la vida donde los problemas de la vejez se hacen notar y enturbian la convivencia y la felicidad de quienes los padecen.

Se trataría, pues, de dos formas distintas y complementarias de recorrer la obra.

Por último, aprovechamos este epígrafe para comentar que la elección del relato *Un retortijón en el alma* para titular la obra en su conjunto se debe al hecho de que funciona bastante bien como síntesis de la cosmovisión que plasman estos cuentos: la concepción de la vida como un camino que, independientemente de la valía particular que cada cual le atribuya, está lleno de complicaciones. De complicaciones que, muchas veces, nos tocan y nos dañan en lo más profundo de nuestro ser... Como si nos diera un retortijón en el alma.

3.- Técnicas y estilos ensayados

Una de las técnicas más representativas y relevantes de la presente obra es la utilización de lo que podríamos llamar «narrador carveriano». Como hemos señalado líneas arriba, se trata de un narrador omnisciente eminentemente conductista (de ahí que en un principio podamos confundirlo con un narrador cámara) que, sólo de cuando en cuando y de manera muy superficial, puede penetrar en la esfera cognitiva y emocional de los personajes. Cuando, por otro lado, el narrador no es heterodiegético sino homodiegético, éste se ve afectado por las mismas reglas, con la salvedad de que los pocos contenidos relativos a sus sentimientos o pensamientos que comparte se referirán únicamente a sí mismo.

Todos los relatos del trabajo están contruidos partiendo de esta clase de narrador. En total, la obra se compone de siete relatos con narrador heterodiegético (a saber: *Apariencias*, *Hermanos*, *Jaulas*, *Leptospirosis*, *Parecidos*, *Regresión* y *Vigilia*) y cuatro con narrador homodiegético autodiegético (*Dueño, amo y señor de uno mismo*; *Esos quince minutos que paso a oscuras en el garaje*; *Hogar sano, muebles brillantes* y *Un retortijón en el alma*). Se optó por utilizar títulos cortos para los primeros y largos para los segundos.

A modo de ejemplo del narrador heterodiegético carveriano, atiéndase al siguiente extracto del relato *Leptospirosis* (pp. 54-55):

Se acomoda en el salón, saca la cerveza de la bolsa y le da un amplio trago. Le llama la atención un detalle: en la hendidura de la lata hay posos de una especie de líquido amarillento. Se acerca la lata a las fosas nasales y lo olisquea. Luego le da otro trago. Deja la cerveza sobre el posavasos y se mete una patata en la boca. Mientras mastica, mira de soslayo la cerveza. La coge de nuevo. La observa. Vuelve a soltarla. Va al despacho a por su portátil. Se lo pone en el regazo y teclea «pis de rata» en el buscador a la vez que da cuenta de algunas patatas más.

No tarda en toparse con una palabreja: leptospirosis. «Enfermedad zoonótica bacteriana que se contrae por contacto directo o indirecto con la orina de animales infectados, especialmente roedores», pone en internet. «Suele producir fiebre, cefalea, escalofríos, vómitos, ictericia, anemia y/o erupción. En algunos casos, puede adoptar formas asintomáticas. Si no recibe tratamiento, puede ocasionar daño renal severo o incluso la propia muerte». Desvía la mirada hacia la lata. La olfatea una última vez. Continúa informándose: «Aunque no existen datos concluyentes al respecto, algunos estudios minoritarios señalan el contacto sexual como posible vía de contagio».

Un rato después, Gonzalo baja la tapa del ordenador y engulle con avidez el resto de su almuerzo.

Como podemos observar, son las conductas del personaje las que se encargan de narrar qué está sucediendo en su cabeza: Gonzalo descubre un líquido de color amarillo en su lata de cerveza; piensa que tal vez pueda tratarse de orina de rata; lo huele para comprobarlo y no le da importancia en un principio, pero, movido por la curiosidad, busca en internet al respecto; luego, al constatar los efectos perjudiciales para la salud que puede acarrear, vuelve a preocuparle que pueda tratarse de eso, por lo que huele una vez más la lata para, finalmente, convencerse de que no es el caso y seguir disfrutando de su almuerzo con tranquilidad.

Otro ejemplo, en este caso de narrador homodiegético, podemos encontrarlo en *Esos quince minutos que paso a oscuras en el garaje*, donde Francis, el narrador protagonista, consigue hacernos partícipes de su mundo interior de forma indirecta, a través de la lectura de un texto que revisita con frecuencia a lo largo del relato donde vuelca sus ilusiones (en este caso, abandonar la vida urbanita para irse al campo y

sembrar un huerto). Utiliza dicho texto (que relee y amplía) como vía de escape, pues su matrimonio está en una situación delicada y en el ambiente familiar se respira tensión. En un momento dado, decide divorciarse, pero más tarde escucha cómo su esposa le comunica la noticia a sus hijos pequeños, que la reciben con gran pesar. El texto vuelve a ser utilizado como un recurso de carácter conductual que nos permite saber qué está pensando el personaje en tales circunstancias. Así, entendemos que Francis va a sacrificar sus ilusiones durante algún tiempo más en aras de salvaguardar su vida familiar al subrayar las dos palabras que dan inicio al texto: «Algún día».

Ambos relatos ejemplifican también el tipo de lector atento que apuntábamos con anterioridad, puesto que para entender el texto en su totalidad el lector ha de estar pendiente al detalle, así como interpretar las conductas de los personajes en términos cognitivos y emocionales.

En otros relatos, también podemos advertir cómo el narrador comparte esporádicamente información relativa a pensamientos y sentimientos, pero siempre sin excederse (ya que el grueso de estos datos serán dados al lector por la vía conductual). Por ejemplo, en *Dueño, amo y señor de uno mismo*, el protagonista piensa en un momento dado que los pies (y más tarde los pechos) de su fugaz amante no se parecen en nada a los de su pareja (pp. 35 y 36). De igual modo, en *Hogar sano, muebles brillantes*, Reme, la anciana narradora, nos aclara que esa frase que da título al relato no es sino el eslogan de su marca de abrillantador (p. 79), o nos confiesa más adelante lo agotada que se siente al terminar el día (p. 81). Finalmente, en *Hermanos*, el narrador nos refiere el alivio infinito que siente Miguel cuando los abusos que están dándole una paliza dejan de golpearlo (p. 2), o nos revela ese paralelismo entre su hermano y un león que se le pasa por la cabeza mientras están de caza (p. 8).

Por otro lado, en consonancia con el estilo minimalista de Carver, todos los cuentos han sido escritos haciendo uso de un lenguaje sencillo, sobrio y carente de artificios. Asimismo, también se ha priorizado el empleo del «dijo» sobre el resto de verbos *dicendi*, con la salvedad, eso sí, de que Carver los escribe en tiempo pasado y aquí se han utilizado en su forma presente (posteriormente, abordaremos el motivo y la función de este cambio de tiempo). Valgan a título de ejemplos los siguientes extractos de *Hermanos* (p. 3) y *Jaulas* (p. 71):

—No, no, no... —dice. Se quita la mochila a toda prisa—. Joder, no... —dice al ver que es ésta la que gotea—. ¡Joder, joder, joder! —dice luego, cuando la huele y comprueba que se trata de pis de Borja.

* * *

—Sólo me remito a los hechos —dice—. No pretendía ofender —dice.

—Vamos, vamos, no os peleéis —interviene Teodoro—. Pidamos unas aceitunas...

—No —dice Jacinto—. Yo ya he tenido bastante.

Respecto a la estructura narrativa de los cuentos, destaca el uso de la elipsis interescénica (exceptuando *Vigilia* y *Dueño, amo y señor de uno mismo*, que se desarrollan en ausencia de saltos temporales). En *Esos quince minutos que paso a oscuras en el garaje*, casi todas las escenas son calcos y repeticiones de las mismas situaciones con alguna que otra variación; la elipsis, en este caso, potencia esa sensación de monotonía en que vive atrapado el protagonista y permite entender al lector los saltos en el tiempo que se plantean y que van desgastando paulatinamente a los personajes.

No obstante, quizá el ejemplo de elipsis más paradigmático se halle en *Regresión*, donde cada salto en el tiempo conlleva una involución hacia la infantilidad por parte de Amanda, la protagonista de la historia. Así, la primera escena comienza con una Amanda madura, con pareja estable y a punto de graduarse de forma honorífica, mientras que el relato termina con una chica adicta a las golosinas infantiles, que viste pijamas con motivos de dibujos animados, incapaz de alisarse el pelo sin ayuda de su madre y cuya actitud egoísta la ha hecho quedarse sola.

Asimismo, cabe señalar el uso de inicios *in media res* en buena parte de los textos. *Hogar sano, muebles brillantes* empieza mostrando los efectos de un matrimonio socavado por culpa de una enfermedad degenerativa de uno de los miembros que debutó en algún momento anterior al inicio de la historia. *Dueño, amo y señor de uno mismo* da comienzo con un par de extraños que despiertan juntos y en paños menores; no sabemos qué han hecho, ni qué clase de relación los une, ni por qué están tan tensos; sólo a *posteriori* el relato arrojará luz sobre el asunto. Tanto en *Vigilia* como en *Leptospirosis*, somos espectadores de una relación de pareja aparentemente normal, y sin embargo todo apunta a que ocurre algo entre ellos que se nos escapa. En éstos y otros casos, no sabemos como lectores qué ha llevado a los personajes a las circunstancias en que los

encontramos al inicio de sus respectivas historias. Ello nos obliga a mantenernos ojo avizor para ir rescatando las pistas que el cuento nos dé al respecto.

También en lo tocante a los finales se ha intentado reproducir el estilo carveriano. Así pues, en mayor o menor medida, todos los relatos concluyen con finales abiertos, siendo tal vez los ejemplos más representativos *Apariencias*, *Parecidos* y *Regresión*. En el primero, queda a cargo del lector imaginar qué ha pasado (o si ha pasado algo) entre el abuelo y la nieta. En el segundo, el relato termina dando una pincelada tenebrosa al personaje del profesor, si bien es el lector quien debe rellenar el vacío relativo a su pasado y teorizar por dónde van los tiros. Por último, en el tercero se vuelve a encomendar al lector la tarea de determinar cuál ha sido la decisión de Amanda respecto a la continuidad o no de su relación de pareja.

El final abierto sirve, por lo tanto, como una suerte de recurso para volver más participativo a nuestro público e involucrarlo de manera más activa en la lectura. De esta forma, los lectores también juegan un papel fundamental en la construcción de los personajes, puesto que, una vez han recibido los datos que el cuento les proporciona acerca de los mismos, depende de ellos decidir cómo concluyen sus arcos argumentales. Los lectores tienen, por así decir, la última palabra sobre la historia y sus personajes.

En relación con esto, podemos explicar ahora la elección del tiempo verbal presente para los relatos. El motivo de no haber seguido a Carver (él acostumbra a escribir en tiempo pretérito) en este aspecto radica en que, a nuestro juicio, el tiempo presente refuerza la sensación de inmediatez en el lector, de que todo está ocurriendo en este preciso momento y de que, por consiguiente, el final aún no ha sido escrito. Ello nos resulta beneficioso porque, como comentábamos, deseamos que sea él quien escriba este final. Creemos, en definitiva, que de la conjugación de tiempo presente y finales abiertos puede emerger una sinergia muy funcional y oportuna.

En última instancia, los finales abiertos también nos posibilitan poner en práctica la llamada teoría de la omisión, dado que, a fin de cuentas, el mensaje del relato aparece velado, implícito, y se presenta intencionadamente de forma ambigua en aras de que nuevamente sea el lector quien le dé un sentido con su interpretación. Esto implica que, al menos en la mayoría de los casos, no se ofrecen moralejas como tales; por el contrario, todos los cuentos son más o menos amoldables a la persona que los lee, en

tanto en cuanto la persona puede, gracias a esta ambigüedad deliberada, extraer una lección adaptada a sus principios, a su propia forma de pensar y entender el mundo.

Pongamos por caso el siguiente fragmento de *Un retortijón en el alma* (pp. 46-47):

Me miro en la pared-espejo: mi rostro apenas es una silueta borrosa entre tanto humo. Al cabo del rato, ya ni siquiera me veo las manos, ni mi reflejo en el espejo, ni al resto de personas de la discoteca. Pero sí veo a Gloria. La cojo de la mano, ella me sonríe. Me siento ingrátido, diminuto. Gloria, en comparación, se me antoja inmensa.

Tanto humo me marea. Pienso en marcharme. Entonces noto la presión de la mano de Gloria. La miro a los ojos. Me quedo en mi sitio. Y finalmente el deseo, todo el deseo, se desvanece.

Ante este mismo extracto, un lector A podría concluir, por ejemplo, que finalmente Rubén, el protagonista, decide quedarse con su pareja al entender, cuando se miran a los ojos, que ésta es parte consustancial e inseparable de su ideal de felicidad. En este sentido, podría interpretar ese desvanecimiento del deseo como una señal de que, en efecto, su relación es más importante que cualquier insignificante contratiempo (sus dolores de barriga, su incomodidad). De igual modo, entenderíamos entonces como algo positivo esa inmensidad con que percibe momentos antes a su novia (ella es «lo más grande» que hay en su vida). En contraposición, un lector B podría extraer una moraleja menos esperanzadora, esto es, que al final el protagonista se resigna a permanecer a su lado aun con todo el infortunio que ello le acarrea (el dolor, la incomprensión, el sacrificio). Interpretaríamos, por lo tanto, esa confrontación de la mirada como algo amenazante y perturbador (le ha dado un ultimátum), y de igual modo la presión que ejerce sobre su mano (que en el caso del lector A podría ser un indicador de calidez y afectuosidad). La percepción de inmensidad (y la sensación, en cambio, de que él es diminuto) también pasaría a representar algo negativo: ella acapara todo su espacio (físico y psicológico), ella es sofocante, no le deja a él espacio para crecer. Por último, la desaparición del deseo sería entendida como una fatalidad: él, como le auguraba el psicoanalista (p. 44), ha dejado de existir para siempre.

Valga todo ello como ejemplo de lo abierto que está el texto y lo accesible que puede resultar a toda una pluralidad de lectores.

Siguiendo la estela del realismo sucio y del minimalismo, todos los relatos podrían considerarse «historias mínimas»: narración sucinta, pocas escenas, poca acción, una plantilla de personajes reducida, etc. Además, dos ingredientes indispensables del trabajo han sido la narración de situaciones de la vida cotidiana, por un lado, y la acentuación de los aspectos más oscuros y aciagos de la realidad por el otro. En unos relatos está más presente este ingrediente de la cotidianidad (*Hermanos, Jaulas, Leptospirosis...*), mientras que en otros es el elemento de lobreguez el que sobresale (*Apariencias, Parecidos, Vigilia...*); también encontramos casos en que ambos factores han sido combinados de manera equitativa (*Hogar sano, muebles brillantes; Esos quince minutos que paso a oscuras en el garaje...*).

Para terminar, se ha tratado de presentar personajes realistas y creíbles, sin características especiales que los conviertan en héroes o heroínas; sencillamente, gente normal y corriente sumida en sus tribulaciones del día a día. Igualmente, las relaciones de pareja (tan presentes en la obra de Carver) han constituido el tema por excelencia de los relatos; de hecho, tan sólo cuatro de los once cuentos (*Apariencias, Hermanos, Jaulas y Parecidos*) exploran temas ajenos al amor (y su faceta disfuncional) en convivencia (y aun así éste suele estar presente en el trasfondo).

4.- Dificultades y soluciones

A lo largo de este apartado, haremos mención de algunas de las dificultades más señaladas que surgieron durante la escritura de los relatos y, de igual modo, se indicarán también los remedios que se idearon para subsanarlas. Con este fin, realizaremos un breve comentario de cada uno de los cuentos de la obra.

- *Hermanos*

Los cambios más importantes atañen sobre todo a los diálogos: se modificaron vocablos y expresiones para volver más natural y espontánea la manera de interactuar de los personajes. Junto con *Dueño, amo y señor de uno mismo*, fue uno de los relatos que menos cambios sufrió.

- *Parecidos*

Tan sólo se realizaron algunos cambios menores. Por ejemplo, en el primer borrador, el profesor decía cuando se presentaba a sus alumnos «Me llamo Eduardo José Cavanillas. Seré vuestro profesor de Historia del Derecho». Se notaba demasiado que esa frase estaba ahí para el lector, puesto que entendemos que los alumnos, al disponer de horarios académicos, ya saben en qué asignatura están. Fue sustituida por «Historia del Derecho no es una asignatura fácil ni demasiado amena, pero, por suerte para vosotros, yo soy muy buen profesor» (p. 13), que suena mucho más natural.

- *Regresión*

En este relato, el paso del tiempo en general y las elipsis (en calidad de señaladoras del mismo) en particular juegan un papel fundamental. Sin embargo, en un primer momento advertimos que, puesto que los saltos en el tiempo que se dan son de gran tamaño, no nos bastaría con dejar un espacio en blanco entre escenas como en el resto de relatos; esto habría podido desconcertar al lector, haciéndole creer que cada nueva escena tiene lugar poco después de la anterior, imposibilitando así una lectura ágil y fluida. Por esta razón, se decidió incluir fechas al inicio de cada escena, evitándose así cualquier confusión al respecto.

Además, el final también fue objeto de modificaciones bastante significativas. Obsérvese cómo era el primer final que se ideó:

[...] Agacha la cabeza. Muerde la piruleta, a pesar de que acaba de empezarla, y mastica los pedazos enérgicamente. Escupe el palo a la papelera. Luego, abre el menú de opciones del chat con Luci y, tras unos segundos de inacción, pulsa sobre «Bloquear contacto». De inmediato, la foto de perfil de Luci desaparece y es sustituida por un vacío de color blanco.

Regresa al salón con una nueva piruleta.

—¿Algo importante, amor? —pregunta su madre volviendo a cogerle el pelo.

—Nada —responde Amanda—. Qué va. Nada en absoluto.

Este final atentaba abiertamente contra la idea de los finales abiertos de Carver. En él, quedaba claro cuál era la decisión que finalmente tomaba la protagonista respecto a su relación. En cambio, en el nuevo final no se explicita nada sobre esto: tal como

indicábamos previamente, queda a cargo al lector asignar una u otra decisión al personaje.

- *Dueño, amo y señor de uno mismo*

Fue uno de los pocos cuentos que apenas experimentó ninguna modificación de importancia. Si acaso, podemos destacar el duodécimo párrafo de la página 32, que al principio era como sigue:

Entra un poco de luz por las rendijas de la persiana. El rayo luminoso recorre parte del suelo y se extingue antes de llegar a la cama, justo ante mis pies, como si estuviera besando mis yemas. Se oyen los primeros ronroneos de motor de la mañana. La ciudad se está despertando.

Se eliminaron un par de frases («[...] como si estuviera besando mis yemas», «La ciudad se está despertando»), bajo la indicación del tutor de que quizá resultaban excesivamente poéticas dado lo embarazoso de la situación y el sofoco del protagonista.

- *Un retortijón en el alma*

Entre otros cambios menores, se alteró el final del relato. El del primer borrador rezaba así:

Me miro en la pared-espejo: mi rostro apenas es una silueta borrosa entre tanto humo. Al cabo del rato, ya ni siquiera me veo las manos, ni mi reflejo en el espejo, ni al resto de personas de la discoteca.

Pero sí veo a Gloria.

En ese momento, Gloria es toda mi realidad.

En nuestra opinión, se trataba de un final demasiado abrupto. El nuevo final es ligeramente más extenso e introduce, como decíamos líneas arriba, más elementos que fomentan la ambigüedad, esto es, la sensación de final abierto: la percepción de los tamaños, la presión de la mano, la mirada de la pareja, el desvanecimiento del deseo...

- *Vigilia*

A este relato, se le aplicaron tanto cambios menores como cambios mayores. Respecto a los primeros, por ejemplo, se modificaron aspectos como el tipo de desayuno que preparaba la esposa (al principio, eran huevos revueltos, lo que nos transportaba

inmediatamente a un contexto americano; fueron sustituidos por tostadas y cruasanes, alimentos de carácter más internacional) o la mención al bigote del marido (en el primer borrador, no se decía que tenía bigote hasta que empezaba a desayunar, lo que podría trastocar la imagen que el lector se hubiese formado ya de él y resultar molesto; por ello, el bigote pasa a ser mencionado en la primera descripción que se hace del personaje).

En lo referente a los cambios mayores, el final de la historia fue alterado notablemente. El final original decía lo siguiente:

Intenta mantenerse en pie; pero las piernas le fallan y cae de rodillas al suelo. Se agarra a las sábanas y aprieta la cara contra el colchón. Entonces deja escapar sus gritos, su dolor; el colchón amortigua el sonido, atenuando la intensidad de sus gemidos.

Mientras Beatriz derrama lágrimas sobre la sangre de su propio sexo, el resto del edificio abandona el mundo de los sueños y retorna a la vigilia, la realidad, que nos es dada tal cual, sin máscaras ni disfraces, sin artificios ni dobles sentidos, sin fantasías, como un jarro de agua helada por la mañana.

El tutor y yo acordamos que era un final demasiado explícito, demasiado dramático. Ello contradecía la regla de los finales abiertos de Carver, y además el último párrafo se alejaba en exceso del tipo de narrador elegido para los relatos. Por ello, se reescribió este final, intentando que, más que explicar, sugiriese, y restando dramatismo a la escena. Pensamos que la efectividad del título del cuento, que cobraba sentido en las últimas líneas, también se ha logrado mantener en este nuevo final, gracias al fragmento de conversación de los vecinos que alcanza a oír la protagonista y que, a pesar de su naturaleza cotidiana y distendida, consigue reflejar de algún modo su intrincada situación: ella ha tenido una desagradable pesadilla, pero sus circunstancias reales (un marido que no la escucha como es debido y a quien no parece importarle demasiado cómo se sienta —entre otras cosas que puede o debe intuir el lector—), esto es, la vigilia, son mucho peores.

- Leptospirosis

De nuevo, la modificación más relevante que se aplicó a este relato concernió a su final. En este caso, sin embargo, lo que se pretendía era aclarar un juego de palabras que no terminaba de entenderse de forma óptima. La primera escena del cuento finaliza con

Gonzalo, el protagonista, escupiendo un pedazo de pan que le sabe *amargo*. Recordemos que el nombre de su esposa, con quien se muestra reacio a mantener relaciones sexuales durante todo el texto, no es otro que *Margo*. El relato acaba con su mujer llamándolo desde la cama y con Gonzalo nuevamente escupiendo un bocado que le sabe amargo (a Margo). Se trataría, pues, de una manera de dar a entender que a Gonzalo le desagrada tener sexo con su mujer, pero sin abordar el tema de forma explícita, en aras de lograr esa narración implícita de las cosas tan propia de Carver.

Yo, en calidad de artífice del texto, pensé en un primer momento que el mensaje subyacente quedaba bastante claro; sin embargo, el tutor, en calidad de lector imparcial, me refirió no haberlo captado. En lugar de renunciar al juego de palabras (que consideramos una pista fundamental para entender el quid de la cuestión), lo que se hizo fue aproximar las palabras «Margo» y «amargo» en la última línea del texto: «[...] y se va a ver a Margo con el sabor amargo aún en el paladar». Creemos que, de este modo, es poco probable que el subtexto pase desapercibido al lector o, cuando menos, que la intencionada similitud de los sonidos no llame su atención sobre un posible mensaje subliminal.

- *Esos quince minutos que paso a oscuras en el garaje*

El principal obstáculo que presentó este relato tuvo lugar en la fase de planificación, es decir, antes siquiera de empezar a redactarlo. El mundo interior de Francis, su protagonista, era tan complejo y particular que fue menester idear un modo de que éste pudiera ser compartido con el lector sin hacer uso de la narración directa de sus pensamientos o sentimientos (recordemos que una de las características esenciales de nuestro narrador es que es eminentemente conductista). De lo contrario, el conflicto no se entendería en su totalidad, pues, más allá de ese resumen inicial sobre el *statu quo* de su matrimonio en el que se evidencia que los problemas comenzaron a raíz de que Francis empezase a acudir a un curandero, el lector no comprendería que no se trata simplemente de una diferencia de opiniones entre él y su mujer: en realidad, Francis ansía deshacerse de las cadenas que lo atan a su angustioso día a día urbanita e iniciar una vida rural en el campo, el divorcio no es más que un catalizador.

Por este motivo, se pensó que quizá podría resultar de utilidad dotar al personaje de una libreta donde periódicamente fuera tomando nota de sus proyectos e ilusiones, a modo

de diario privado. En el cuaderno encontramos, por lo tanto, una forma de que el personaje abriera al lector las puertas de su imaginario personal sin incumplir con los requisitos de nuestro narrador. Cabe señalar, asimismo, que existen otras formas de conseguir este mismo efecto: los pensamientos y emociones pueden ponerse de manifiesto, por ejemplo, a través de conversaciones con otros personajes. No obstante, en nuestro caso queríamos que, más allá de los tensos y escasos diálogos con su mujer, primara el silencio en la narración, recargando así todavía más la atmósfera. Es por esto que el mecanismo del cuaderno se nos presentó como una opción idílica a nuestros objetivos.

- *Jaulas*

Se realizaron sólo cambios menores. Uno de los más destacables fue en la siguiente línea de diálogo (p. 70):

—A ver, compadre, no te lo tomes a mal, pero... Es decir, claro que quiero que mis nietos sean felices; pero tampoco quisiera tener por nieto a un transformista en miniatura, no sé si me entiendes... Eso... Eso me daría repelús. —Marcelo finge un temblor.

En el texto original, en vez de decir «un transformista en miniatura», ponía «una Carmen de Mairena en miniatura». El tutor y yo conversamos acerca de las referencias a la cultura popular en la literatura, y concretamente sobre cómo éstas pueden a veces suponer una molestia para el lector que no las entiende a la primera o constituir un problema a la hora de internacionalizar una obra. En este caso concreto, se decidió realizar esa sustitución de carácter más genérico, puesto que ello no alteraba de manera reseñable la intención del diálogo original.

Por otra parte, aunque como señalábamos, no se han hecho más que cambios menores, sí que se ha reflexionado en profundidad sobre algunas cuestiones. Obsérvese, por ejemplo, el comienzo de la segunda escena (p. 69):

El 25 de diciembre, todos almuerzan en casa de Jacinto. Belén y Manuel se han sentado a ambos lados de Laura, que se ha puesto una falda azul y una diadema con orejas de gato, y se ha pintado de rojo las uñas para la ocasión. Jacinto la mira mientras mastica un trozo de calamar relleno. Tal como dijo Belén, la niña no para de sonreír e interactuar con la gente. Jacinto traga el bocado. Después, se sirve otro pedazo más de calamar.

A raíz de este extracto, el tutor y yo reflexionamos acerca de si un narrador imparcial (que relata y describe los acontecimientos sin posicionarse moralmente) debería hablar de un niño o una niña en relación con el personaje de Laura. En un primer momento, pensamos que quizá al tratarla en femenino, el narrador de algún modo estaba posicionándose a favor de Belén y en contra de Jacinto. Sin embargo, una vez atendimos mejor a la escena, concluimos que, precisamente siendo el narrador imparcial, no debería sino hablar de una niña, dado que en todo momento lo que vemos es un ser humano que lleva falda y diadema y las uñas pintadas, y a quien, presumiblemente, la mayoría de los comensales tratan en femenino y llaman Laura. Un narrador imparcial, por lo tanto, debe referirse al personaje en femenino, puesto que, dejando a un lado los juicios morales de cada cual, no hay en la escena indicio alguno de que ese personaje no sea otra cosa que una niña. Así pues, se mantuvo el susodicho trato en femenino.

- Apariencias

Se alteró el título del relato, que en un principio se llamaba «Recolector» en alusión al afán del protagonista por rebuscar en la basura y atesorar lo que la gente desecha. Consideramos, con todo, que el título que finalmente se seleccionó plasma mejor la esencia del cuento: que las apariencias, como el anciano protagonista, engañan. Esta hipocresía característica del personaje se pone de manifiesto en varias escenas: cuando se encuentra con su amigo y finge que la basura desperdigada por la acera ha sido cosa de otro, cuando va a casa de su yerno con la excusa de visitar a su nieta y acaba robándole, cuando regala a sus nietos libros sacados del contenedor en lugar de gastarse dinero, etc. Es alguien que quiere quedar bien frente a los demás, pero es todo fachada, porque en el fondo dista mucho de ser quien aparenta.

Asimismo, también se agregaron un par de detalles significativos a las primeras líneas del texto: el hecho de que su reloj sea un Rolex, de que viva en el centro y de que lleve zapatos resplandecientes no estaban en el primer borrador. Todo esto se añadió *a posteriori* bajo la indicación del tutor de que, sin detalles de esta clase, uno tendería a pensar, a juzgar por los actos del anciano, que es una persona pobre, en cuyo caso sus acciones quedarían justificadas y no podrían tacharse de hipócritas. Estos añadidos

contribuyen a clarificar que se trata de alguien más que acomodado en cuestiones de economía.

- *Hogar sano, muebles brillantes*

Este relato se titulaba originariamente «Desconfiado»; se optó por cambiar el título al resultar el anterior demasiado vago y con escasa capacidad sugestiva. También se modificaron algunas palabras y expresiones con el fin de adaptarlas a la forma de hablar de una mujer de la edad de la protagonista, adaptándonos así también a la idea general que puede tener un lector promedio sobre la vejez.

Por otro lado, el cambio más importante consistió en reescribir el final. El final inicial decía así:

Al fin, escucho la voz de Benito:

—Eres una mujer con suerte, Reme —dice—. Voy a regresar. Aunque no te lo merezcas. Porque no te lo mereces —aclara—. Eso sí, ten por seguro que esta vez no pienso quitarte el ojo de encima. Voy a estar pendiente de todo lo que hagas. De cada movimiento. De cada parpadeo. De cada vez que respires. Voy a ir contigo allá donde vayas. Se acabó eso de tomarme por el pito del sereno. Te voy a enseñar a respetarme.

—Vale —me apresuro a decir—. Vale, vale, vale. Me parece bien. Me parece genial, Benito.

Después de eso, Benito cuelga. Suelto el teléfono y dejo caer la cabeza en el respaldo de la butaca. Paseo la mirada por el mobiliario del salón. Los muebles se ven diferentes. Algo ha cambiado. Y es que no cabe duda de que la madera de nuestro hogar brilla como nunca antes.

Con este final, garantizábamos como escritores un futuro fatal para la protagonista. Con el nuevo final, donde se elimina todo el terrorífico monólogo de Benito y sólo se le otorgan un par de breves frases, tan sólo esbozamos (*sugerimos*) la posibilidad de este porvenir fatídico. Asimismo, en el nuevo final, el último párrafo del texto está ampliado. Ello se hizo siguiendo la recomendación del tutor de cerrar con un «párrafo de mirada», esto es, un párrafo de pura descripción (el narrador describe aquello que el/la protagonista ve) que cierra el relato y tiene lugar tras la conclusión de los acontecimientos dramáticos de mayor peso. Sería algo así como los créditos en una película: algo que permite al lector seguir en la ficción por unos minutos más antes de

abandonarla y volver al mundo real, o, en nuestro caso, antes de pasar al siguiente relato y olvidar el que acaba de terminar. Se supone que este párrafo de mirada vendría a evitar justamente eso, cediéndole un pequeño espacio para digerir lo que acaba de suceder.

5.- Resultados

Para realizar esta valoración de conjunto de la obra, debemos retrotraernos a los objetivos que nos planteábamos al inicio. En primer lugar, nos proponíamos llevar a cabo un análisis estilístico de la obra de Raymond Carver. El estilo del escritor ha sido estudiado con cierto nivel de profundidad en el apartado de «Fundamentos», por lo que nada nos impide afirmar que este objetivo se ha visto satisfecho.

En segundo lugar, pretendíamos, por una parte, aplicar el estilo de Carver a los relatos y, por otra, reflexionar sobre cuán parecidos eran los productos finales a los cuentos del escritor. Tal y como hemos justificado a lo largo del epígrafe de «Técnicas y estilos ensayados», varios de los rasgos característicos de la literatura de Carver están presentes en nuestros relatos. Asimismo, en el apartado de «Dificultades y soluciones» hemos recapitado y apuntado múltiples diferencias entre nuestros cuentos y los suyos, implementando en la medida de lo posible soluciones y recursos que redujeran estas distancias. Creemos, por lo tanto, que también hemos cumplido en mayor o menor medida con este objetivo.

Ya a título personal, quisiera dejar constancia de que, más allá de lo meritorio que pueda considerar o no el resultado final en calidad de obra literaria, me siento muy satisfecho con el proceso que he seguido junto al tutor hasta alcanzarlo. Puede que mi sensación al leer algunos de mis relatos se aproxime o se aleje de la que experimento cuando leo los de Carver, pero me doy cuenta de que, al final, valoro más el aprendizaje sobre el autor y su obra y la autoobservación que he desarrollado al escribir que el mero hecho de haber replicado más o menos fielmente su narrativa.

Así pues, creo que el Trabajo de Fin de Máster me ha servido, sobre todo, para desarrollar mi capacidad de autocrítica como escritor, algo que no hubiera sido posible sin el andamiaje que me han supuesto las atentas apreciaciones del tutor y su constante

invitación a empatizar con el lector y ponerme en su lugar. Considero, por lo tanto, que los relatos aquí presentes son un reflejo de este proceso de evolución, y confío asimismo en que, para mí, no supongan sino el primero de los muchos pasos que conforman el camino hacia la madurez en el noble arte de escribir.

6.- Bibliografía consultada y aplicada

- AMIR, Ayala, 2010. *The Visual Poetics of Raymond Carver*. Estados Unidos: Lexington Books.
- ARANGUREN ECHEBARRÍA, Javier, 2001. «Los cuentos de Carver ¿son siempre cuentos de amor?». *Pensamiento y Cultura* [en línea], no. 4, pp. 111-120 [consulta: 2 de mayo de 2020]. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=70100410>
- BARICCO, Alessandro, 2006. «El hombre que reescribía a Carver» [en línea]. *Oswaldo Chanove*. 29 de agosto de 1999 [consulta: 2 de mayo de 2020]. Disponible en: <http://chanove.rupture.net/baricco.htm>
- BERNARDO SAN JUAN, José, 2014. «El “trasfondo desconcertante” de Raymond Carver» [en línea]. *Nueva Revista*. 14 de septiembre de 2014 [consulta: 2 de mayo de 2020]. Disponible en: <https://www.nuevarevista.net/libros/el-trasfondo-desconcertante-de-raymond-carver/>
- CARMONA, José Carlos, 2003. *Cuentos para después de hacer el amor*. Sevilla: Signatura.
- CARVER, Raymond, 1981. «On Writing». En Ann CHARTERS (ed.). *The Story and its Writer: An Introduction to Short Fiction*. Boston: Bedford/St. Martin's, pp. 1606-1610.
- DE LORENZO, Manuel, 2018. «Raymond Carver, el mejor escritor de relatos del siglo (junto con Chéjov)» [en línea]. *Jot Down Cultural Magazine*. 20 de octubre de 2018 [consulta: 2 de mayo de 2020]. Disponible en: <https://www.jotdown.es/2018/10/raymond-carver-el-mejor-escritor-de-relatos-del-siglo-junto-con-chejov/>
- GIES, Martha, 2005. «El maestro: recuerdos de Raymond Carver». *La Palabra y el Hombre* [en línea], no. 133, pp. 75-88 [consulta: 2 de mayo de 2020]. Disponible en: <https://cdigital.uv.mx/bitstream/handle/123456789/283/2005133P75.pdf?sequence=2&isAllowed=y>
- MILLÁN NIETO, Jorge, 2017. «El minimalismo como arte narrativo; Hemingway y Carver especialistas del estilo» [en línea]. *Revista Espora*. 22 de julio de 2017

[consulta: 2 de mayo de 2020]. Disponible en: <https://espora.udlap.mx/el-minimalismo-como-arte-narrativo-hemingway-y-carver-especialistas-del-estilo/>

PRIEDE, Jaime, 2004. «Distancias cortas». En Jaime PRIEDE. *Dejad que baile el forastero*. Madrid: Bartleby Editores, pp. 115-124.

RODRÍGUEZ CRIADO, Francisco, 2013. «El realismo pesimista de Raymond Carver» [en línea]. *Narrativa Breve*. Agosto de 2013 [consulta: 2 de mayo de 2020]. Disponible en: <https://narrativabreve.com/2013/08/realismo-pesimista-raymond-carver.html>

ROJAS FARIAS, Mariela, 2015. *El sinsentido de la vida en el paradigma postmoderno: Análisis deconstructivo a tres cuentos de Raymond Carver* [en línea]. Manuel Jofré Berrios, dir. Trabajo de fin de máster, Máster en Literatura. Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades, Santiago de Chile [consulta: 2 de mayo de 2020]. Disponible en: <http://repositorio.uchile.cl/bitstream/handle/2250/132357/El-sinsentido-de-la-vida-en-el-paradigma-postmoderno.pdf?sequence=1&isAllowed=y>